

LORENA FRANCO

LA
VERDAD
DE

Anna Guirao

D.J.57

LORENA FRANCO

LA
VERDAD
DE

Anna Guirao

La verdad de Anna Guirao es una obra de ficción. Nombres, personajes, lugares y circunstancias, aunque no sean por completo fruto de la imaginación de la autora, se utilizan con fines narrativos. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, con acontecimientos o espacios reales, debe ser considerado pura coincidencia.

Título original: *La verdad de Anna Guirao*

Publicado por:
Kindle Direct Publishing, Amazon Media
Marzo, 2019.

Copyright © Edición original 2019 por Lorena Franco
Diseño cubierta: Sol Taylor
Fuente de los refraneros de los meses del año: refranerocastellano.com

Todos los derechos están reservados.

Primera edición digital 2019

ISBN: 978-1730901201

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

ÍNDICE

[Sobre la autora](#)
[Páginas de la autora](#)
[Dedicatoria](#)
[Cita](#)

[AGOSTO](#)
[PARTE -3 | Mayo](#)
[PARTE -2 | Junio](#)
[PARTE -1 | Julio](#)
[PARTE 0 | Agosto](#)

SOBRE LA AUTORA

Nacida en Barcelona en 1983, Lorena Franco es actriz y escritora. Compagina la interpretación —en la que destacan sus actuaciones en series como *El secreto de Puente viejo* o *Gavilanes*, y largometrajes como *Paharganj*, la última película que ha protagonizado y que le ha abierto las puertas a Bollywood—, con una incipiente carrera literaria que la ha convertido en una de las autoras más leídas y mejor valoradas del momento.

Con dieciséis títulos publicados, a nivel editorial ha destacado con los thrillers *Ella lo sabe* (Ediciones B, 2017) y *Quién mueve los hilos* (La esfera de los libros, 2019), traducidos a varios idiomas. En Amazon, tras ser finalista del Premio Literario 2016 con *La viajera del tiempo*, se ha convertido en una de las autoras más buscadas con títulos como: *El club de medianoche*, *Lo que el tiempo olvidó*, *La vida que no elegí*, *Las horas perdidas* o *Quédate conmigo*, entre otros. La Trilogía del tiempo (*La viajera del tiempo*, *Perdida en el tiempo* y *La memoria del tiempo*), cuenta ya con más de 250.000 lectores en todo el mundo.

La verdad de Anna Guirao es su decimoséptimo título, un adictivo thriller psicológico imprevisible e imposible de soltar.

PÁGINAS DE LA AUTORA

Página web:

<http://www.lorenafranco.net>

Blog:

<http://lorenafranco.wordpress.com>

Facebook:

<http://www.facebook.com/lorenafranco.escritora>

Twitter:

<http://twitter.com/@enafp>

Instagram:

<http://www.instagram.com/enafp>

*Para Marc y Pol,
aunque aún tardéis años en poder leer
esta novela*

Quien lucha contra los monstruos
debería procurar no convertirse
en monstruo en el proceso.
Si miras demasiado tiempo un abismo,
al final el abismo te devuelve
la mirada.

FRIEDRICH NIETZSCHE

AGOSTO



*Agosto, por el día frío el rostro,
por la noche frío en el rostro*

Ojo por ojo, diente por diente, dice el refrán.

—Mira lo que me has hecho hacer —le digo al cuerpo frío e inerte que flota en el agua.

Sus ojos miran de cerca la oscuridad de la muerte. Sus ojos son el vacío. La nada más radical. Nadie reconocería ahí ningún signo de humanidad. Son los ojos de un objeto inanimado.

Creía que podía acabar conmigo. Que era más fuerte que yo. Se equivocó. Nunca subestimes a un enemigo que, a estas alturas, después de todo lo ocurrido, no tiene nada que perder.

Enciendo un cigarrillo, cojo el móvil y marco el único número que me sé de memoria. Contesta al tercer tono, no podía ser de otra manera.

—Ya está.

—¿Qué?

—Por fin soy libre. El mal ha muerto —le cuento sin un ápice de temblor en la voz.

—Dime dónde estás y voy para allá.

PARTE -3



MAYO, 2020

*Ni mayo sin llovida,
ni privado sin caída*

Inés

Durante los mejores trece meses de mi vida que, al mismo tiempo, también fueron los más amargos, había temido el momento que estaba a punto de llegar.

Parecía un mal sueño.

El timbre de mi casa, que no era mi casa en realidad, sonó con insistencia. A través de la ventana de la cocina, mientras preparaba el almuerzo del hijo que no salió de mis entrañas pero que había cuidado como tal, observé a dos agentes vestidos de paisano, un hombre y una mujer, fuertes como robles, que contemplaban el lujo que los rodeaba con curiosidad, mientras esperaban pacientes a que alguien les abriera la puerta.

Temblé.

No podían verme así.

—¡Ya voy! —exclamó Adrián desde la planta de arriba.

Adrián bajó las escaleras con la calma que lo caracterizaba. Fue lo primero que me enamoró de él. Su calma. También su poder, era obvio en una mujer de mi clase. Yo no era nadie hasta que el destino se compadeció de mí y lo cruzó en mi camino. Se trata de tener suerte. De estar en el lugar correcto en el momento oportuno.

Las voces de los agentes se me antojaron difusas. Quería creer que estaba dentro de una de mis pesadillas recurrentes, que nada de eso era real, pero me di de bruces cuando pude escuchar con claridad cómo el hombre dijo:

—Su mujer ha aparecido.

Un nudo en la garganta se apoderó de mí.

«Su mujer ha aparecido».

«No puede haber aparecido —me ofusqué—. Se trata de una confusión. Anna tiene que estar muerta. Muerta y enterrada. No puede aparecer después de un año como si nada».

Deshaciéndome del miedo paralizante, fui hasta la entrada. Me situé detrás de Adrián, tan confundido como yo, y miré fijamente a los dos policías.

—Su mujer soy yo —les dije.

No era verdad. Muy a mi pesar, legalmente Adrián seguía casado con Anna.

—Nos referimos a su primera mujer —aclaró la policía mirándome con severidad.

*

Inés

Miércoles 24 de abril de 2019

Cinco días desaparecida

Cinco días sin saber nada de Anna, mi jefa. Ni una sola pista de lo que pudo ocurrirle cuando el viernes, al llegar a casa, me despachó a mí y a Ágata, la mujer de la limpieza. Nos dijo, en el tono autoritario que usaba siempre con nosotras, que podíamos irnos a casa, que quería estar sola. Le encantaba estar sola. Fumar, beber una copa de vino, bañarse en la piscina incluso cuando hacía frío... Las primeras alarmas se dispararon por la colilla deshecha inundada en el fondo de la piscina y la copa de vino tirada en el césped. Alguien se había llevado a Anna, pero para cuando Adrián se dio cuenta, transcurrieron demasiadas horas. Cuarenta y ocho, para ser exactos. Dos días enteros.

Sospecharon de él.

—Si se enteran de lo nuestro será aún peor —le dije con miedo.

—Mi abogado lo tiene todo controlado, Inés. ¿Te das cuenta de la liberación que supone que Anna no esté?

Asentí sin dejar de temblar.

—Cuando esto pase, cuando dejen de hacer preguntas y den a Anna por muerta, me casaré contigo.

Su frialdad me dejó paralizada, pero esa promesa me hizo feliz. En ese instante, mirándome fijamente a los ojos, dejó constancia de que solo me quería a mí.

Anna

Era como un fantasma sin memoria. Un fantasma sucio vestido con ropa de muerta, hambriento y resentido, con llagas en la piel y veinte kilos menos.

El tiempo dejó de existir el día en que me encerró bajo tierra. Ni siquiera recordaba cómo era que el sol, brillante y poderoso, resplandeciente en un cielo azul y limpio, alumbrase mi cara.

Cerré los párpados con fuerza. Había caminado a tientas durante horas, como un invidente con miedo a tropezar por la molestia que supuso la claridad que regalaba la libertad. Era un fantasma ensangrentado que hedía a podrido, a muerte, pero estaba tan acostumbrada a mi propia peste, que ya no la percibía. Desorientada, corrí descalza por un bosque frondoso; la tierra húmeda mojaba mis pies descalzos. Aunque el calor todavía no remitía debía de faltar poco porque el aire estaba quieto y cuajado, cerniéndose sobre mí como un ave de presa a punto de atacar. Había ese olor a hierba húmeda que se percibe poco antes del alba. La resina de los pinos. Las hojas.

«¿Cuánto tiempo ha transcurrido?».

No lo sabía con exactitud.

Atravesé un riachuelo y seguí corriendo por el sendero con la esperanza de llegar a algún pueblo; no podía permitir que me alcanzase. Que me volviera a encerrar. Que me matase.

—La próxima vez que lo intentes, te rajo el cuello —amenazó un día, al principio, con esa voz mecánica, como un eco lejano y terrorífico que me ponía los pelos de punta.

Temblaba. No era solo de frío. Temblaba de miedo. Demasiado tiempo disimulando el pánico que sentía cuando mi raptor estaba cerca.

También lloré. No había parado de llorar, no sabía durante cuánto tiempo.

«No mires atrás», me dije envalentonada, sintiendo una brisa agradable haciéndome cosquillas en la piel. Todo cuanto podía percibir eran las lágrimas saladas corriendo por mis mejillas y la respiración agitada entremezclándose con el canto de un pajarillo que ubiqué en lo alto de la rama de un árbol envuelto en hiedra.

«Olvídalo todo. Vuelve a empezar», me ordené, en el momento en que las piernas empezaron a flaquear.

Quería moverme, pero me sentía demasiado débil para continuar. Tras un agudo pinchazo en la sien, me dejé caer. Me rechinaban los dientes e intenté gritar, pero tenía la mandíbula bloqueada como si estuviera dentro de un mal sueño del que era incapaz de despertar. Al final, conseguí zafarme de las cadenas imaginarias que había dejado atrás y emití un sonido que estaba entre el grito, el aullido y el suspiro; no obstante, el miedo que ya no me esforzaba en disimular seguía teniéndome bloqueada. Estaba en *shock*; oía sus pasos corriendo detrás de mí, esperando el momento en el que desfalleciera para volverme a atrapar.

—Mi hijo. Mi hijo —balbuceé.

A lo lejos, vi a mi hijo como si volviera a tener tres años, con su cabello rubio despeinado cayéndole sobre la frente y sus ojos grandes e inmensos de color azul. Sabía que solo se trataba de un espejismo, pero me dio fuerza. Me devolvió a la vida. Lo había visto en numerosas ocasiones desde que mi raptor me encerró como quien, sediento pero esperanzado, alcanza a ver un oasis ilusorio en el desierto. Todos los días había pensado en él. «¿Cuántos años debe tener ahora? —me pregunté desorientada. De veras no sabía cuánto tiempo había estado encerrada. Días, meses, años—. ¿Estará bien? ¿Estará a salvo? ¿Se acordará de mí?».

De un impulso, me arrastré. Ya no corría, caminaba, pero avanzaba. Poco a poco... Poco a poco... Me veía a mí misma como una tortuga lenta y fatigada obligada a llevar a cuestas su pesado caparazón. Sentía en mi piel arañazos, sangre, heridas. Eran zarzas que me desafiaban, inofensivas si las comparaba con las enormes manos de mi raptor.

«No mires atrás», me repetí, cuando oí unos pasos y, seguidamente, una voz.

Dios mío, esa voz.

«Corre, corre. No te detengas. ¡Corre!».

Lara

Esa mañana la redacción ardía, algo que solo ocurre cuando hay algo importante. Percibí el ambiente tenso, quizá excesivamente animado, no lo diferencié con claridad. O se habían vuelto locos de remate, que podía ser, o había una noticia espectacular de última hora. Si era eso último, maldije el momento en que decidí quedarme en el bar hasta las tantas de la madrugada bebiendo tequila como si no existiera un mañana. Joder, parecía que tenía un taladro en la cabeza; el repiqueteo constante de las teclas, las voces, el timbrado de los teléfonos y el zumbido de los fluorescentes no ayudaban a que la resaca se largara.

«Necesito estar despierta. Un café. Urge café en vena».

—Lara, puedes venir un momento, ¿por favor? —Era Pol, el jefe, asomando la cabeza por la puerta acristalada de su despacho.

—Ahora voy —contesté con desgana.

Metida en mi cubículo, donde hubiera estado escondida toda la mañana, miré a mi alrededor con el ceño fruncido. No iba a tardar en enterarme de lo que había ocurrido. Cuando pasé por delante de algunos compañeros para entrar en el despacho de Pol, a escasos metros de mi mesa, los que se percataron de mi presencia se callaron de golpe. Las miradas huyeron hacia los fluorescentes o se concentraron en las uñas, en los ordenadores, en los zapatos, cualquier cosa que les permitiera huir de mí.

La noticia que estaba a punto de recibir cambiaría mi vida por completo.

—Buenos días. Sé que llego un poco tarde, pero...

—Lara, es sobre tu hermana —apremió el jefe con voz ronca.

—¿Mi hermana?

—Ha aparecido.

Los nervios se aposentaron en mi estómago jugándome una mala pasada. Apareció una arcada que me desestabilizó empujando mi cuerpo hacia delante, dejándole la moqueta al jefe hecha un cristo por culpa de mi vómito. Descompuesta, sin poder articular palabra, pedí perdón, pero no pareció escucharme. Tampoco le importó que un montón de líquido marrón del tequila de anoche estuviera esparcido sobre la moqueta. Con calma, colocó la mano en mi hombro, se agachó para quedar a la altura de mis ojos y, con una sonrisa que se me antojó triunfal, alivió el dolor.

—Ha aparecido viva, Lara. Anna está viva.

*

Lara

Lunes 22 de abril de 2019

Tres días desaparecida

Cuando recibí la llamada pensé que debía tratarse de una broma de Anna.

—¿Desaparecida? Eso es imposible —reí.

Pero cuando mi cuñado me contó que el bolso con sus pertenencias más preciadas estaban en casa, incluido el móvil del que no se separaba para que él no le pillara los mensajes de sus incontables amantes, supe que el asunto era grave, que de verdad podía haberle ocurrido algo. Algo malo. Abandoné la costa de Italia donde llevaba apenas unas horas para cubrir la noticia de la muerte de varios inmigrantes que iban a bordo de una embarcación naufragada procedente del norte de Libia, y aterricé de madrugada en Barcelona con los ojos hinchados de tanto llorar. A la mañana siguiente, cuando entré en comisaría, me atenazó el mismo nudo en la garganta que sentí con la fatídica noticia que recibí quince años atrás.

Anna

Abrí los ojos con la seguridad de que mi raptor había vuelto a atraparme para devolverme a la cueva oscura, húmeda y fría, hasta que percibí la claridad que llegaba de una ventana. En la cueva no había ventanas, solo un agujero demasiado alto y pequeño como para poder escapar. El aroma a potaje me produjo un agradable cosquilleo en el estómago que me hizo ser consciente del hambre voraz que tenía. Me invadieron recuerdos de otra vida, como si tuviera siete años, fuera verano y hubiera vuelto a casa de los abuelos. Pero no estaba en casa. No reconocía el lugar. Estaba desnuda, cubierta con un par de mantas suaves al tacto, en una cama pequeña con cabezal de hierro. Colgado en la pared, Jesucristo en la cruz me miraba triste y piadoso. Había un vaso de agua en la mesita de noche que cogí con exasperación. Me moría de sed. No bebí, engullí el agua, si es que eso es posible, y terminé ahogándome y tosiendo sin tan siquiera darme cuenta de que había una mujer mirándome desde el quicio de la puerta.

—¿Cómo te llamas? —me preguntó con voz dulce y pausada, acercándose cautelosa a mí. En cuanto se sentó en el borde de la cama, pese a la prudencial distancia que había entre ambas, di un respingo y me puse a temblar como un pajarillo moribundo—. No tengas miedo, hija. Madre de Dios, ¿qué te han hecho? Te he quitado la ropa,apestaba y estaba cubierta de sangre, así que la he tirado a la basura. Te daré ropa de mi hija, aunque supongo que te irá grande. No te preocupes por nada, ¿sí? Ahora mismo voy a llamar a la policía. ¿Quieres darte un baño antes?

«Me encantaría darme un baño», quise decirle.

Por la cara de asco que puso la mujer, debía necesitarlo con urgencia. Por un momento, me dejé embriagar por el olor imaginario de unas velas aromáticas y el burbujeo de las sales mimando mi piel. Pero antes, quería preguntar dónde estaba. Dónde me había encontrado. Sobre todo, quería darle las gracias por haberme salvado, aunque mis cuerdas vocales seguían sin funcionar, como ocurre en las pesadillas, cuando un grito quemando en tu garganta podría salvarte, pero no sale.

No me salía la voz.

—¿No puedes hablar?

Oí unos pasos acercándose a la puerta. Sonaban como los de mi raptor: pie grande, entre un cuarenta y cinco y cuarenta y siete; botas de montaña. El terror me dominó, pero cuando la mujer posó su mano sobre la mía para tranquilizarme, noté mi cuerpo ingrátido, como si estuviera en un sueño. Como si nada de eso fuera real y estuviese encerrada en la celda. En la casa soterrada que a veces compartía con mi raptor desde un rincón en el que, hecha un ovillo con las rodillas encogidas rozando mi cara, no se atrevía a tocarme.

—Tranquila, joven, es mi marido. Hace unas horas, cuando ha salido al bosque a cazar, te ha encontrado desvanecida junto a un árbol y te ha traído a casa —me explicó.

Permanecí sentada en la bañera bajo el chorro, acurrucada, balanceándome adelante y atrás mientras lanzaba quejidos. El agua caliente se volvió tibia, luego fría, y acabó saliendo helada, pero aun así, sentí un resquicio de normalidad después de tanto tiempo sin saber qué era eso. Normalidad. Vida. Libertad. Tres simples palabras que valoré como el oro.

Envolví mi enclenque cuerpo en una toalla blanca que encontré encima del retrete y abrí un poco la puerta para saber qué decían las voces entrelazadas como un coro de grillos que sonaban desde alguna de las estancias de la casa. Al matrimonio se le había unido otra voz, la de un hombre que no identifiqué, pero que cabía la posibilidad de que fuera él. Mi respiración agitada no me permitió escuchar con claridad qué decían. Los latidos de mi corazón golpeaban tan fuerte en mi pecho que creí que iba a explotar. Murmuraban entre ellos, dijeron un nombre, supe que era el mío.

«Anna. Un año. Actriz. Desaparecida. Puede ser ella. Bosque. Lleida».

¿Lleida?

Me puse los tejanos. No eran de mi talla, me iban enormes y tenía que sujetarlos para que no se me cayeran. Retiré el vaho del espejo que había ignorado minutos antes cuando entré en el cuarto de baño. El espejo suele ser el elemento más incómodo de una estancia. Lewis Carroll se vio obligado a ponerle fantasía y meter a Alicia en sus maravillas; los Hermanos Grimm encerraron a una bruja en el reflejo. Me daba pavor comprobar lo que ya suponía: me había convertido en un saco de huesos. En el ogro feo del cuento. No me reconocí, como si mis ojos no fueran mis ojos, como si estuviera mirando a otra mujer, una más mayor repleta de arrugas, cortes superficiales y manchas, una de esas personas castigadas por lo que yo creía que eran malas decisiones y a las que solía mirar por encima del hombro en mi otra vida. Tenía el rostro más afilado, como si me hubiera quitado un tapón y me hubiera vaciado en parte. Aparté la vista, avergonzada de mi aspecto. Y también asustada. A lo largo de mi cautiverio me había preguntado a menudo hasta qué punto eran conscientes los enfermos mentales del deterioro que sufrían. ¿En qué grado percibían su empeoramiento? ¿Cuán visible era para ellos la línea entre realidad y ficción antes de que se borrara del todo?

¿Estaba yo enferma?

Me enfundé la sudadera gris, cubrí mi castigado cabello con la capucha para sentirme más segura, y di pasos imprecisos hasta donde seguían sonando las voces. Los vi reunidos en el salón, sentados a la mesa. La mujer había servido café, se olía a distancia. Al entrar, los tres se levantaron al mismo tiempo y me miraron con los ojos muy abiertos como si hubieran visto un fantasma.

—Anna Guirao. Usted es Anna Guirao, ¿verdad? —preguntó el policía, un hombre de cincuenta años barrigón y calvo que, por cómo pronunció cada palabra,

parecía que había descubierto un gran enigma.

Anna Guirao.

Ese era mi nombre.

Y no era la primera vez que me hacían esa pregunta.

«Usted es Anna Guirao, ¿verdad?».

Inés

Eran las diez y media de la mañana cuando los dos agentes nos acompañaron hasta el hospital donde se encontraba Anna. Adrián, que seguía en babia, con la mirada perdida a ninguna parte, escuchaba lo que le decían los policías, a los que se les sumó la psicóloga y la doctora que atendían a su mujer. «Su mujer». Lo decían con saña, mirándome mal sin disimulo, como si sobrase, castigándome por ser «la otra».

—Un hombre la encontró en el bosque. Estaba sin conocimiento. Milagrosamente, no presenta un severo *shock* postraumático como suele ocurrir en estos casos, aunque aún no ha hablado demasiado. Le hemos hecho un TAC y los resultados han sido normales. En cuanto esté preparada nos contará qué le pasó y esperemos que recuerde, ya que hemos barajado la posibilidad de que sufra amnesia disociativa, conocida también como memoria reprimida, bastante frecuente en casos de secuestro. Es probable que haya presenciado vivencias demasiado horribles como para poder resistirlo; la mente tiene tendencia a suprimirlas a modo de protección. Necesitará tiempo. Paciencia. Tiene la tensión baja y está muy por debajo de su peso; no soporta que la toquen, pero no hay signos de violencia física o sexual recientes. Reacciona a los estímulos y entiende lo que decimos. Algo es algo —resumió la psicóloga.

—Será mejor que usted no entre a verla —me dijo autoritaria la agente.

—Claro —contesté como una autómatas—. Lo entiendo —añadí, mirando a Adrián y colocando una mano sobre su hombro para que supiera que estaba con él. Que, pasara lo que pasase, seguiría siempre con él.

—Estoy bien.

Me lo dijo de manera seca, cortante. Adrián me miró durante un par de segundos, pero en realidad era como si no me viera, como si no existiera y, seguidamente, apartó mi mano de su hombro sin ningún tipo de delicadeza. Llevaba una hora sin dirigirme la palabra, desde que supimos que Anna había aparecido, como si yo fuera la culpable de todos sus males. Todavía no habíamos tenido ocasión de hablar a solas; no nos dejaron. Con la inesperada reaparición de su mujer, cuando Adrián ya había asumido que estaba muerta, temí perder la vida por la que llevaba tanto tiempo luchando.

Como un pasmarote, me quedé quieta en el pasillo junto a los dos agentes que no me quitaban ojo de encima. En el momento en que Adrián, acompañado de la psicóloga y la doctora, abrió la puerta que conducía a la habitación donde estaba Anna, me dio un vuelco el corazón. Como si, por el simple hecho de dejarlo entrar, ya no me perteneciera.

«Pero, dime, Inés, ¿cuándo te ha pertenecido?», razoné para mis adentros, luchando contra mis instintos, para no enloquecer.

*

Inés

Lunes 29 de abril de 2019

Diez días desaparecida

Era de locos. Adrián tenía los nervios crispados. La policía no paraba de hacerle preguntas mientras yo me mantenía en un discreto segundo plano. Nadie parecía conocer mi existencia, ni siquiera la avalancha de periodistas que noche y día estaban frente a su casa y lo seguían a todas partes como buitres carroñeros en busca del mejor titular con ansias de sangre y tragedia. Pasar desapercibida me mantenía a salvo.

—Lo que nos falta es que también sospechen de ti —me decía Adrián con un hilo de voz encendiendo un cigarro en la cama después de hacerme el amor.

—¿De mí? ¿Por qué? —disimulaba, robándole el cigarro.

Temía que Adrián lo supiera todo, que hubiera hecho algo que Anna, alocada y despreocupada, no hizo cuando me contrató: constatar datos sobre la persona que metía a trabajar en su casa. Ese pensamiento estuvo obsesionándome durante meses.

A pesar de la desaparición de su mujer, debíamos seguir ocultando nuestra relación. «¿Por cuánto tiempo más?», me preguntaba angustiada, pensando en las palabras que Adrián me decía cuando Anna seguía en casa: «Nunca dejaré a mi mujer por ti. Lo tienes claro, ¿verdad?». Pero las cosas habían cambiado. Era Anna quien lo había dejado a él, aunque se suponía que no voluntariamente, claro. Las sospechas de que iban a encontrarla muerta se volvían cada vez más evidentes con el transcurso del tiempo. Durante meses, no se hablaba de otra cosa que no fuera la desaparición de la actriz Anna Guirao; la veía hasta en la sopa, como se suele decir. Su sombra me perseguía a todas partes; no parecía que fueran a encontrarla y, aun así, a pesar de su sospechosa ausencia, me era imposible quitármela de encima.

Cada mañana, aparentando normalidad, me encargaba de llevar a Samuel al colegio y también lo iba a buscar. Nadie me seguía a mí. No sabían cómo era mi cara ni qué papel jugaba en la vida del pobre marido de la famosa desaparecida, por lo que el niño, conmigo, estaba a salvo de los molestos *paparazzi*. Por las tardes solía dejarlo con los padres de Adrián, que me trataban como a una vulgar chacha. A veces se quedaba a dormir allí mientras yo aprovechaba para apoderarme de cada estancia como si de verdad me hubiera convertido, de la noche a la mañana, en la señora del lugar. Como si fuera cierto que me hubiese ganado a conciencia todas esas posesiones que en realidad no me pertenecían. No todavía, pero me lo creí. Me engañé a mí misma sintiéndome rica y poderosa, responsable de un niño superdotado de siete años que pronto dejaría de preguntar por mamá. Mamá había desaparecido de la faz de la Tierra. ¡Puf! Se esfumó.

Mi única preocupación era Adrián.

«Que lo dejen tranquilo. Él no tiene la culpa».

Cada noche rezaba en un Dios en el que nunca he creído porque, de haber existido, jamás habría permitido nada de lo que me ocurrió.

Anna

Después de un viaje a Barcelona de casi dos horas en coche, de multitud de pruebas y caras desconocidas con preguntas a las que no fui capaz de responder porque mi voz seguía siendo un sollozo ininteligible, la llegada de mi marido provocó en mí un cúmulo de sentimientos que tampoco supe expresar. Cuando me enfrenté a su mirada, fue como si mi mundo hubiera vuelto a resurgir de la nada. Como si todos mis secretos carecieran de importancia. Porque no puedes eludir los secretos. Crees que puedes contenerlos, que puedes guardarlos, pero al final son ellos los que te poseen. Estuve dormida durante un año y verlo fue como despertar. Creí estar llorando; percibía un mar salado inundando mis mejillas pálidas y huesudas. También creí estar sonriendo; se me tensaron las comisuras de los labios, pero hubiera necesitado un horrible espejo para comprobarlo. Me sentía fatal. Me dolía todo el cuerpo. No quise empezar a tartamudear como horas antes, cuando me llevaron a una sala blanca con una mujer con bata que tomaba notas mientras me escudriñaba con atención. En ese momento era Adrián quien, acompañado de la psicóloga y la doctora, avanzaba hacia la cama sin saber qué hacer o qué decir. Me miraba interrogante, con las cejas arqueadas, pero había un atisbo de luz en su mirada. Me sonrió débilmente. Siempre me gustó verlo sonreír. Tan apacible y amistoso, era mi remanso de paz cuando me entraban los ataques de histeria por culpa de un mal día. Incluso cuando pagaba todas mis frustraciones contra él, bajaba la mirada, agachaba la cabeza y me soportaba. Siempre se le dio bien soportarme.

«Adrián, amor, ¿dónde está Samu? Trae a mi pequeño, por favor. Quiero ver a mi pequeño».

La voz seguía sin salir.

—Anna... —murmuró con lágrimas en los ojos.

«¿Por qué la mujer de la bata lo aparta de mí? Quiero que me abrace, que me bese, que me prometa que todo va a ir bien a partir de ahora. Que estoy a salvo, que mi raptor no va a volver a por mí. No, no lo apartes. Deja que se acerque, que me huela, que me sienta, que sepa que, por fin, estoy aquí. Que he vuelto con él y que no pienso volver a irme a ninguna parte».

De pronto, un estruendo. Un disparo sonó en alguna parte. Miré a mi alrededor con estupor; nadie, salvo yo, parecía haber escuchado nada. La mirada de Adrián seguía fija en mí, pero yo estaba lejos de él. Lejos de esa habitación. A mi mente se le antojó jugar conmigo durante un instante inoportuno.

«Estás a salvo», me repetí.

—¿Puedo quedarme a solas con ella, por favor? —pidió Adrián con voz grave. La psicóloga y la doctora me miraron con cara de circunstancias; asentí con la cabeza, o creo que lo hice, porque salieron por la puerta dejándome sola con él—. Anna. — Repitió mi nombre, como si le pareciera increíble pronunciarlo, como si no me hubiera nombrado en mucho tiempo. Contemplé su pelo moreno y ondulado, su mentón firme y

sus ojos azul verdoso detrás de las gafas de montura negra. Estaba tan guapo como siempre—. No tengo palabras. He soñado con este momento desde que te fuiste, pero después de un año no creí que fuera posible y, mírate, aquí estás. Me han dicho que no te agobie. Que no hablas, pero sí entiendes lo que pasa, ¿verdad? Entiendes lo que digo. Lo primero que quiero decirte es...

—Samu. ¿Dónde está Samu? —logré preguntar, con un nudo de ansiedad estrujándome la garganta. Adrián rio, se aproximó un poco a mí, pero no me tocó. Me inundó la tristeza, la rabia, la impotencia, porque mi mano tampoco era capaz de acariciarlo pese a las ganas.

—Samu está bien, en el colegio.

«¿Se acuerda de mí? ¿Le has hablado durante estos trece meses de mí?».

Esas palabras no brotaron de mi boca, solo las lágrimas, las mismas que derramé en el zulo, sobre todo los primeros días, cuando aún no estaba segura de lo que pasaba.

—Pero no puedo traértelo, Anna. Aún no. —Su tono de voz se agravó. Me dedicó una mirada sombría y agachó la cabeza susurrando—: Desde que te fuiste, las cosas empezaron a ir mejor para todos.

—¡Yo no me fui, maldita sea! ¡No me fui!

Supuse que esos gritos habían salido de lo más profundo de mi garganta, pero no. No eran reales. En realidad no había dicho nada; las palabras ardieron en la tráquea y murieron en mi boca. Adrián salió de la habitación con la misma parsimonia con la que había entrado.

Inés

Disfruté con la discusión entre Adrián y el pequeño Samuel, no puedo negarlo. Cuando Adrián le dijo a su hijo que *mamá* había aparecido, Samuel se puso a gritar como un histérico diciendo que él solo tenía una madre. Yo.

«Ese es mi chico», aplaudí internamente, concentrada en la preparación de la cena.

Samuel solo tenía ocho años, aunque su coeficiente intelectual era superior a la media, algo que le ocasionaba problemas en la escuela con sus compañeros. La directora del centro estaba preocupada por la conducta del chico mientras Adrián se mostraba ajeno, como si no le importase nada.

«Es normal —decía Adrián, escondiéndose siempre bajo la misma excusa—: Ha perdido a su madre».

Si algo le había enseñado a mi pequeño a lo largo de esos meses, era a tomar sus propias decisiones; el carácter fuerte le venía de fábrica.

Minutos más tarde, Adrián, cabizbajo tras la discusión con su hijo, bajó las escaleras y entró en la cocina. Simulé preocupación.

—¿Estás bien, amor?

Se sentó a la mesa con las manos hundidas en la cara. Tan solo murmuró:

—No quiere verla. En realidad yo tampoco quiero que la vea. ¿Por qué ha tenido que aparecer? Estaría mejor muerta.

Lo dijo con tanta frialdad que, en un momento de debilidad, me apiadé de Anna. Si su propio marido decía eso, ¿qué podía esperar del resto del mundo cuando saliera del hospital?

Como si Adrián hubiese tenido el fatal presentimiento del regreso de su mujer, llevaba días hablando poco y apenas dormía. Cerraba los ojos, lo intentaba, pero se desvelaba con cualquier cosa como quien se siente culpable por cometer un acto atroz. Se movía por la cama como un reptil en su guarida, hasta que se levantaba, a eso de las tres de la madrugada, y se encerraba en su despacho con la excusa de escribir. Creía que no lo escuchaba, pero sus sollozos llegaban hasta el dormitorio. Lloraba durante horas hasta que se hacía de día. Luego, antes de que el despertador sonara a las siete, volvía a la cama y me penetraba con furia, con la necesidad imperiosa de poseerme. En realidad, aunque aún no lo viera, esos arrebatos de pasión eran fruto de la culpabilidad, del miedo. De la incertidumbre. «¿Qué pasará ahora que toda la vida que hemos construido parece hundirse bajo nuestros pies?».

Ojalá hubiera sido capaz de meterme en su cabeza y adivinar sus pensamientos. Para cuando supe todo esto, ya era demasiado tarde.

Inés

Sábado 4 de mayo de 2019

Quince días desaparecida

Anna Guirao tenía el don natural de ser la protagonista de cualquier situación y arrebatarse la luz que a otros nos costaba un mundo conseguir. Hacía un mes, Adrián, loco por ella, me aseguró que nunca la dejaría. A la semana de que se la tragase la tierra, dejó entrever que solo estaba con ella por su dinero, que no la quería. Fueron días cargados de tensión, confusión y dudas. Adrián no hablaba con coherencia. Anna llevaba quince días desaparecida y, tanto la policía como la prensa, había dejado en paz a Adrián. Las sospechas iban en otra dirección gracias a los múltiples mensajes que se encontraron en su móvil, confiscado por la policía desde que Adrián dio aviso de que podía haberle ocurrido algo. Mensajes del tipo: «No sé qué voy a hacer si no te vuelvo a ver»; «Me has vuelto loco, Anna. Vuelve»; «Te voy a secuestrar para tenerte solo para mí», hicieron desfilar a varios candidatos que se sentaban confusos en una sala de interrogatorios con Adrián observándolos tras el cristal.

—¿Le suena de algo, señor Rojas? —le preguntaba Andreu Salazar, el inspector encargado de la investigación.

Adrián siempre contestaba que no, que no le sonaba ninguna cara, aunque era probable que a alguno de los hombres sí los hubiera visto en el set de rodaje cuando, pese a la furia que Anna le demostraba, la iba a buscar con un ramo de flores y bombones.

*

Inés

Hacía dos días que Anna había «resucitado»; así era como lo vendía la prensa. Presentía lo extraña que le debía resultar la vida desde la cama del hospital, donde seguía descansando bajo una exhaustiva observación por parte del personal médico y psicológico, custodiada por agentes policiales. Fuera, un montón de periodistas carroñeros seguían a la espera de conseguir una imagen para el titular:

ANNA GUIRAO REGRESA A LA VIDA

—¿Ha recordado algo? —le pregunté a Adrián con un nudo de ansiedad estrujándome la garganta.

—Sí. —Me puse a temblar—. Esta mañana he llamado a la doctora. Dice que ya habla con normalidad y que pregunta por su hijo. También ha comentado que tiene una de las mentes más fuertes y lúcidas que ha conocido tras haber vivido una experiencia traumática de ese calibre. Ha podido relatar qué le ocurrió, aunque aún tiene alguna laguna.

«¿A qué se refiere con que aún tiene alguna laguna?», evité preguntar.

Adrián se encogió de hombros, sacudió la cabeza y, en silencio y sin mirarme, salió al jardín a fumar un cigarro. Le gustaba contemplar el sol del atardecer que, al otro lado de la piscina, descendía sobre la ciudad. El cielo mostraba un despliegue de tonos púrpura y dorados; poder contemplarlo desde el privilegio de una casa en la zona alta de Barcelona que jamás creí que podría pertenecerme, me hacía aferrarme a esa vida y no iba a permitir que ni ella ni nadie me la arrebatasen.

Lara

Transcurridas ocho horas desde la aparición de Anna, me armé de valor y fui a verla. Mi hermana aún no tenía ni idea de hasta qué punto su secuestro había cambiado el curso de otras vidas. Solo había pasado poco más de un año, escaso tiempo en comparación con otros casos similares que también habían terminado en final feliz.

Antes de hacer acto de presencia en el hospital, me tomé un par de ginebras; sabía que tendría que lidiar con mis compañeros de la prensa.

Un año y un mes desaparecida, hostia.

Anna permanecía en observación. La doctora indicó que, pese al sufrimiento que debió padecer, estaba bien. Traumatizada, claro, pero ¿quién, en su lugar, no lo estaría? La psicóloga me dijo que empezó a hablar tras la visita de Adrián, mi cuñado, pero no era consciente de que su vida, la vida que conocía antes de que se la engullera la tierra, ya no existía. La miré por el cristal que separaba su habitación del pasillo. Estaba dormida. No parecía ella. Traté de reconocerla en las facciones pálidas y huesudas de su cara. En su cabello canoso, sin lustre, fino como telarañas. Los pómulos, de los que presumía temiendo el momento en el que necesitaría Botox para reafirmarlos, parecían uvas pasas. Tenía manchas en la piel agrietada, seca como la de un elefante; la doctora confirmó que durante los trece meses de su cautiverio estuvo sin ver la luz del sol.

—Probablemente desde el día que desapareció —añadió.

—¿Ha visto a su hijo? —pregunté.

—Aún no. Tememos el impacto que puede ocasionar, no solo en ella, también en el niño. El padre nos ha dicho que es un chico sensible y un tanto especial. Esperaremos.

«Si me entero que Adrián dejó de hablarle a mi sobrino de su madre, lo mato», me callé.

La inspectora Teresa Castro, a la que conocía desde hacía años, cruzó el pasillo con paso rápido y seguro hasta situarse a mi lado.

—¿Hay algún sospechoso? —le pregunté.

—Hay un muerto, Lara —contestó con un hilo de voz en cuanto la doctora se alejó—. No puede trascender a la prensa —añadió tensa.

—¿Un muerto?

—Sí —asintió—. El que probablemente la retuvo contra su voluntad en un zulo subterráneo que se usó durante la Guerra Civil —contestó mirando a mi hermana con un ápice de admiración—. Hemos encontrado el cadáver en la celda donde Anna estuvo retenida. Está escondida bajo una caseta de cemento en las profundidades del bosque por donde cruza el Río Noguera Ribagorzana, cercano a la Portella, un pueblo situado en la provincia de Lleida, donde vive el hombre que encontró a tu hermana y la

alojó. En unas horas voy para allá. Por el momento, mis compañeros están trabajando en el lugar; te llamaré en cuanto tengamos más información.

—Ella... ¿Ella lo mató? —titubeé—. ¿Era Ernesto, tal y como supuse desde el principio? —quise saber.

—No, Ernesto sigue en prisión por sus chanchullos. Como te digo, estamos trabajando para desvelar cuanto antes la identidad del supuesto secuestrador. Ya lo han trasladado al anatómico forense; en nada sabremos quién era.

—Entonces, si su raptor está muerto, Anna está fuera de peligro —supuse.

—No cantemos victoria antes de tiempo, amiga —murmuró Teresa—. Esperaremos a que Anna esté preparada para que nos cuente qué pasó.

Mi hermana, la famosa actriz protagonista de una serie de sobremesa española que anteriormente había triunfado en Bollywood, donde se hizo inmensamente rica tras rodar varias películas, tenía acosadores. Lo normal, decía riendo, sin ver un peligro real en ello. No le daba mucha importancia, incluso parecía gustarle que se obsesionasen con ella. Pero uno de ellos, Ernesto Vivar, se coló en su casa de Sarriá. Demandas, juicios y una orden de alejamiento. Cuando Anna desapareció, Ernesto se convirtió en el primer sospechoso, pero demostró que estaba en Bilbao desde hacía días, así que no pudo ser él. Fueron a por el resto de acosadores, aunque la mayoría eran anónimos. Amenazas cibernéticas, comentarios fuera de lugar en las redes sociales... todo valía. Cientos de interrogatorios que quedaron en nada, incluidos los amantes de Anna, que habían dejado su huella a través de wasaps con fotografías de sus penes, mientras yo seguía obsesionada con Ernesto, que fue encarcelado gracias a mi descubrimiento. Traficaba con drogas. Por lo visto, ahí seguía, entre rejas; mi fijación por él me ayudó a tener buenos contactos dentro de la policía, algo que benefició a mi carrera.

—Me quedará a pasar la noche con ella —le dije a la doctora cuando regresó, sin dejar de mirar a Anna a través del cristal.

*

Unas horas más tarde en Portella (Lleida)

Tras varias discusiones de ámbito territorial, el caso había sido asignado a Teresa Castro, inspectora de la División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra de Barcelona. Al llegar al lugar donde tuvieron encerrada durante trece meses a la actriz Anna Guirao, sintió un escalofrío por todo el cuerpo. Caminó por el bosque creyendo inimaginable la tortura a la que la mujer debió ser sometida.

—El zulo se utilizó durante la Guerra Civil —informó Pascual, el policía local con el que la víctima había tenido el primer contacto—. Nadie viene por aquí, ni siquiera los jóvenes a hacer botellón. Dicen que hay fantasmas —rio nervioso ante la imponente presencia de la inspectora, que había venido expresamente desde Barcelona para ver el lugar de los hechos.

Teresa, adentrándose en las profundidades del bosque a través de una rampilla escondida en el interior de una caseta de cemento, se preguntó cómo era posible que alguien pudiera sobrevivir durante trece meses en un lugar así. Se sentía transportada a una especie de apestosa madriguera de hobbit. Seguida de Pascual, viéndose a sí misma como la protagonista de una película de terror grabada con manos temblorosas, cruzó el pasillo oscuro alumbrando con la linterna todo cuanto encontraba a su paso: celdas con manchas de sangre reseca en las paredes de piedra corroídas por madre selvas y musgo. Había un total de cuatro celdas con letrinas viejas tras unos barrotes oxidados; la última, al final pasillo, acordonada con cinta policial, era el espacio donde estaba trabajando la policía científica.

—Si no fuera por ese agujero minúsculo que hay arriba, apenas entraría oxígeno —deliberó Teresa alzando la vista.

—Inspectora, esa mujer debe ser de otro mundo —opinó Pascual cubriéndose la nariz.

El olor era insoportable; había orín y defecaciones por todas partes. En las paredes de la celda donde Anna estuvo encerrada, hallaron restos de sangre reseca y también reciente, la de los sesos del cadáver hallado, entremezclada con el agua que caía de las numerosas goteras. La inspectora alumbró una zona en la que se podía leer: Samuel y, debajo, cruces y rayas. Esperanza. Anna Guirao sobrevivió en ese tétrico espacio de apenas cinco metros cuadrados gracias a la esperanza de volver a ver a su hijo. Teresa pensó que puede que fuera la manera en la que Anna se orientara para saber en qué día vivía, pese a que no parecía haber un orden preciso en las marcas.

—El secuestrador entró con el revólver —murmuró Teresa moviéndose por la celda con cuidado de no pisar la enorme mancha de sangre que había en el suelo—. Anna, hecha un ovillo, estaba ahí, en ese rincón —elucubró—. El hombre se puso en cuclillas frente a ella, pero se despistó, momento en que la víctima, en un alarde de valor, le arrebató el arma de las manos y, con frialdad, le pegó un tiro en la cabeza que

terminó al instante con su vida. Asustada, dejó caer el arma al suelo y huyó.

—No creo que una señora como Guirao sea una experta tiradora —comentó Pascual—. Y, además, estaba muy débil cuando la encontramos.

—A la escasa distancia en la que debían encontrarse no es necesario que Anna fuera una experta en la materia; sin embargo, sí sabe cómo funciona un revólver. Rodó una película en la que interpretó a una policía y, según su hermana, se pasó días enteros entrenando en un campo de tiro. Debe tener buena puntería. Respecto a su debilidad, cuando estás desesperado sacas la fuerza de donde no la tienes y, créeme, ella estaba desesperada por salir de aquí —finalizó Teresa mirando con asco el zulo.

—Entonces, ¿por qué esperar un año?

—Si ella lo mató, eso es lo que yo también me pregunto, Pascual. Pero nunca sabes cómo ni cuándo vas a sacar el valor para pasar a la acción. Hay quien necesita un solo día, otros un mes y, en la mayoría de ocasiones, transcurren años hasta que decides convertir en hechos tus pensamientos —reflexionó Teresa—. En la vida, como en el arte, al final solo hay una cosa que importa: los hechos —repitió en un murmullo.

*

Lara

Domingo 19 de mayo de 2019

Un mes desaparecida

El inspector encargado del caso de la desaparición de mi hermana era Andreu Salazar. Lo odiaba con todas mis fuerzas; su respuesta a mi ira descontrolada era:

—Vamos a tomar un café y te tranquilizas, Lara.

—¡¿Cómo es posible que no tengáis nada?! —vociferaba encolerizada a modo de respuesta en mitad de la comisaría. No me daba ningún miedo que me encerrasen por loca. Eso era lo que parecía: una loca poseída por el Demonio, especialmente cuando bebía.

Las búsquedas estaban resultando infructuosas. Era fácil culpar a mi cuñado por haber dado la voz de alarma demasiado tarde. En mi obsesión por descubrir qué le había pasado a mi hermana la tarde del 19 de abril, empecé a investigar por mi cuenta y hubo algo, además de mis sospechas respecto a Ernesto Vivar, su acosador principal al que tenía controlado, que despertó en mí el pánico. Cogí mi coche y en diez minutos me planté en casa de Anna, pero pese a las incontables veces que toqué al timbre, Adrián no me abrió la puerta. No parecía haber nadie, así que me quedé en el interior de mi coche esperando. Esperé y esperé..., hasta que el fastuoso Porsche plateado de Adrián hizo acto de presencia a la una de la madrugada. Arranqué el motor y, antes de que se abriera la verja que lo condujera al interior de la casa, le cerré el paso. No podía ver su cara, pero en cuanto puse un pie en la calle percibí dos siluetas en el interior del coche.

—¿Qué haces? —preguntó Adrián sacando la cabeza por la ventanilla.

—Tenemos que hablar.

Unos ojos asustadizos me miraban desde el asiento del copiloto. Era Inés, la ayudante y contable de Anna.

¿Qué hacía con Adrián?

Respiré aliviada al comprobar que mi sobrino no iba con ellos.

—Entra —se rindió mi cuñado poniendo los ojos en blanco.

Me subí inmediatamente a mi coche, le cedí el pasó y me enganché al suyo para que no le diera tiempo a cerrarme la verja.

—¿Qué hace esta aquí? —pregunté con desprecio dirigiéndome a Inés.

—Me está ayudando —la defendió Adrián.

—¿A qué? —me cabreé—. ¿A calentarte la cama?

—Entra, Inés —le ordenó mi cuñado a la empleada de Anna.

La mosquita muerta, con sus andares de *femme fatale*, cogió las llaves que le tendió Adrián y, sin decir ni mu, cruzó la pasarela hasta llegar a la puerta y entrar en casa.

—¿Qué le has hecho a mi hermana?

—¿Qué dices? ¿Se te ha ido la olla, Lara?

Tratando de disimular mi nerviosismo, metí la mano en el bolso, algo que provocó que Adrián se asustara y retrocediera un paso sin apartar la vista de mí. Me hizo reír.

—No voy a sacar una pistola, imbécil.

—Sé cómo te las gastas.

Finalmente, extraje los papeles y se los planté delante de las narices.

—¿Me puedes explicar qué es esto?

Anna

Los recuerdos reales suelen evolucionar con el tiempo; unos matices se difuminan mientras otros van adquiriendo nitidez. Los detalles suelen confundirse porque cambian, siempre cambian; no había nada que pudiera hacer para contradecirlos y tratar de contarles qué fue lo que de verdad ocurrió. No obstante, algo dentro de mí me decía que tenía que salir del hospital cuanto antes para recuperar mi vida y volver a ver a mi hijo.

Sobrevivir al infierno me hizo darme cuenta de lo fuerte que era. Había superado ese horrible año, trece meses para ser exactos, por lo que, un día después de mi llegada al hospital, fui capaz de hablar. Me había pasado la noche en vela practicando, tratando de ordenar las palabras en mi cabeza abotargada para no parecer una perturbada.

«Si quieres, puedes. No hay nada que no puedas conseguir», me animé a mí misma con la esperanza de que al día siguiente me dejaran salir.

Y, tras treinta y dos horas tumbada en esa fría cama de la habitación del hospital, logré hablar con la mirada fija en la pared, signo inequívoco de la concentración que necesitaba para visualizar algunas de las escenas más dolorosas de mi cautiverio:

—Sus ojos son tan oscuros que la pupila y el iris son indistinguibles. Siempre llevaba guantes; es posible que no encontréis sus huellas. Parecía muy cuidadoso con ese detalle. Iba vestido de riguroso negro, como quien se resiste a abandonar el luto por la muerte de un ser querido. Tiene la espalda ancha, la barriga hinchada, los brazos parecen fofos, el cuello vasto, gordo, blanco como la nieve. Se le marcaban las venas cuando me gritaba. Cubría su rostro con un pasamontañas abultado en la zona de la boca por un aparato distorsionador para que jamás pudiese reconocer su auténtica voz. Esa voz mecánica, firme como una roca, sigue presente en mis pesadillas.

—¿Nunca le viste la cara, Anna?

—Nunca. Igual que con los guantes, también era precavido con el pasamontañas.

—¿Recuerdas su estatura y complexión?

—Sí, ya te lo he dicho. —«Y odio repetirme», me callé—. Gordo. Foffo. Y alto, muy alto. Metro ochenta, ochenta y cinco, no sé. Tenía que agachar la cabeza para entrar en el zulo.

—Descansa, Anna —me sugirió la inspectora cerrando la libreta en la que estuvo tomando notas—. Mañana te dan el alta, ¿verdad?

Asentí.

«¿Preparada para el mundo real?», me pregunté. Nadie me lo había preguntado todavía.

—¿Cuándo me van a traer a mi hijo? —supliqué. La mujer, en silencio, me miró

con pena, como me miraban todos. Era muy confuso—. ¿Dónde está mi marido? ¿Por qué no ha vuelto?

—¡Doctora! —gritó alguien desde el pasillo temiendo que me volviera a dar un ataque de nervios como el que había sufrido la mañana anterior, cuando Adrián salió cabizbajo y confuso de la habitación.

—Anna, tranquila —susurró mi hermana acercándose a mí y acariciándome el cabello sin dejar de mirar a la inspectora, como si tramaran algo o compartieran un secreto—. Tranquila, ¿sí? —Pegó su frente a la mía y lloró conmigo, como cuando murieron nuestros padres, como cuando me dejó mi primer novio o perdí a mi primer bebé. Era un gesto muy nuestro que ella inventó, como el ingenioso atrapa sueños que fabricó con trozos de madera y perlas robadas a nuestra madre. Los colocó en los cabeceros de nuestras camas para que los monstruos no vinieran a vernos mientras dormíamos y tuviéramos sueños felices. Lara siempre había sido la más creativa y protectora de las dos—. Estoy aquí, Anna. Estoy aquí.

—Dime qué pasa, Lara. Dime qué me voy a encontrar cuando salga.

Tensó la mandíbula, cerró los ojos y le indicó a la inspectora con gesto severo que saliera de la habitación.

—Anna, ha pasado un año. Las cosas cambian —confesó cuando nos quedamos solas.

—Me disteis por muerta —asimilé.

—No. Durante los seis primeros meses no desistimos. Por favor, créeme cuando te digo que en todo este tiempo no te hemos olvidado.

—Recuerdo el día en el que el hombre horrible me secuestró.

—Cuéntamelo otra vez.

—¿Para qué? ¿Para retrasar lo que sea que tengas que contarme tú? ¿Dónde está Samuel? ¡¿Por qué no me dejáis verlo?! ¿Por qué Adrián no ha vuelto al hospital? ¿Ya no me quiere? —sollocé. En mi otra vida no sabía qué era eso. No sabía llorar; las lágrimas, simplemente, no salían de mis ojos aunque a veces me sintiera triste.

Lara inspiró profundamente. Me cogió la mano, la miró, y, con voz temblorosa, dijo:

—Samu no quiere verte, cariño.

*

Inspectora Teresa Castro

Teresa Castro observó a las dos hermanas desde el pasillo.

Anna Guirao recordaba lo que quería recordar. Hablaba de su raptor en presente, creía que seguía vivo, como si hubiese arrancado de su memoria el momento en que lo mató a sangre fría antes de huir y adentrarse en las profundidades del bosque. El revólver demostraba que fue la actriz quien disparó. Sus huellas estaban por todas partes, también en el gatillo, pero tal y como le había advertido la psicóloga, era conveniente no darle todavía esa información. Era probable que, después de todo, no lo soportase y, al fin y al cabo, si ella lo mató, fue en defensa propia.

—Anna Guirao es una superviviente —musitó la inspectora alejándose por el pasillo.

*

Anna

Viernes 19 de abril de 2019

El día de la desaparición

Era un viernes del mes de abril.

Me encantaba ese mes; mi estación favorita siempre ha sido la primavera, cuando no hace ni frío ni calor y las flores del jardín, especialmente las buganvillas, resucitan tras un invierno mustias y endebles. Estaba sola. Adrián había ido a casa de sus padres con Samuel y yo salí antes de rodar, como casi cada viernes, por lo que le dije a Inés, mi ayudante y contable, y a Ágata, la mujer de la limpieza, que podían irse. Me encantaba estar sola en mi casa. El silencio... valoraba el silencio más que cualquier otra cosa en el mundo.

Salí al jardín con una copa de vino y un cigarro. Eran alrededor de las cuatro de la tarde. Me quedé de pie, descalza frente a la piscina donde más allá de la cerca que rodea los cuadrados del césped se extiende la ciudad. Le di una calada al cigarro y, aunque el agua estaba fría, metí la punta del dedo con la intención de darme un baño. Eso fue lo último que pensé antes de notar el tacto de unos guantes de látex en mi boca y una mano tirando de mi camiseta, clavándome los dedos en el hombro. Su aliento caliente en mi cuello y su voz mecánica susurrándome al oído:

—Si colaboras no te dolerá.

El pánico aumentó en mi pecho. Me quedé sin respiración y, de repente, la vistas de pájaro de Barcelona desaparecieron para dar paso a la más absoluta oscuridad. Estaba atontada, ida..., apenas podía mover un solo músculo de mi cuerpo. Mi raptor me había pinchado algo en el cuello. Escocía como el aguijón de una abeja.

Cuando recobré la conciencia, supe que me hallaba en el maletero de un coche con las manos atadas a la espalda. Era incapaz de moverme. Notaba el traqueteo, como si fuera a una gran velocidad por una carretera con baches. El rugido del motor taladrando mi cabeza; un aire procedente del exterior me llegaba por un agujero. Olía mal, no sé a qué. A podrido, quizá, como si antes de mí hubiesen transportado un cadáver. Aún hoy, después de tanto tiempo, no he podido desprenderme de ese hedor. Luego, atontada, ida, y sin ser capaz de oponer resistencia, el hombre, sin mediar palabra, abrió el maletero y me sacó como si fuera una muñeca de trapo. Tenía fuerza, las manos grandes. Todo él era grande. Arrastró mi cuerpo por el suelo. Noté un olor a hierba mojada y a plantas aromáticas. Con la vista nublada, me dio tiempo a comprobar que me encontraba en un bosque. A lo lejos, oí el murmullo de un riachuelo. Luego, me enterró, literalmente, en la celda, donde hacía mucho frío. Diría que era de noche, pero no lo sé; no pudieron pasar demasiadas horas desde las cuatro de la tarde hasta que llegué a ese lugar.

Pensé que había llegado el fin. Mi fin. Que ese día iba a morir. Lo peor de todo

era que no dejaba de preguntarme: «¿Por qué? ¿Qué le he hecho a este hombre para que quiera matarme? ¿Quién es? ¿Lo conozco?». Una parte de mí quiso creer que todo se trataba de una broma macabra. Que, en cualquier momento, vendría una cámara de televisión y diría: «¡Inocente! En directo desde...». Eso me ayudó un poco a sobrellevar las primeras noches. Pero los días se convirtieron en meses y los meses parecieron años. Años que en realidad no existieron.

Perdí por completo la noción del tiempo.

*

Anna

Después del hachazo que me dio mi hermana al sincerarse y confesar que mi hijo se negaba a verme, Teresa, la inspectora, regresó a la habitación animándome a que continuase hablando.

—¿Qué pasó después? —preguntó.

—Mi raptor venía a verme cada día. No sabía a qué hora; estaba completamente desorientada. En el zulo no podía ver si era de día o de noche, aunque se intuía según la luz que se entreveía a través del agujero que hay en lo alto. ¿Habéis visto el agujero? —murmuré, recordando que a menudo solía soñar que lograba escapar porque la lluvia embarraba las paredes soterradas y que estas, cubiertas de lodo, se deshacían como la casita de chocolate del cuento de los hermanos Grimm, *Hansel y Gretel*—. El hombre me dejaba comida para alimentar a un regimiento, pero apenas probaba bocado porque tenía la certeza de que metía tranquilizantes para tenerme atontada. Desistí un tiempo. Me quería morir. Prefería morirme de hambre a que me violara, torturara o me matase con sus propias manos. Y, si lo hacía, no quería darme cuenta de nada. No hay mayor miedo que el de morir asesinado. Él, salvaguardando las distancias al principio, decía que no quería, pero me tenía que matar. Lo hacía con esa voz mecánica del artillero que distorsiona la voz y que llevaba siempre consigo, bajo el pasamontañas.

»«Órdenes de arriba», decía. «¿De quién?», le preguntaba yo. Y él se reía. Cuando se reía de mí, las paredes de piedra, húmedas y viscosas, se echaban a temblar con la misma facilidad con la que yo era capaz de desplazarme hasta un rincón hecha un ovillo. Mi raptor fue cogiendo confianza. Siempre llevaba una pistola, a veces una navaja con la que jugaba; la dominaba bien. Al principio, cuando me ataba, me acariciaba el cuello con la punta afilada, pero luego, puede que al cabo de tres o cuatro meses, no lo sé, dejaba la navaja en el suelo y llevaba su dedo, enfundado siempre en guantes de látex, hasta mi clavícula. Podía pasarse una hora, dos o tres, dibujando el contorno de mi cara como un enfermo. Aún veo sus ojos. Ojos negros. Negros como el plumaje de un cuervo. Puede que los reconozca si los vuelvo a ver. No estoy segura.

—¿Abusó de ti?

—No, nunca abusó de mí. No me violó. Tampoco me pegó. Su maltrato era psicológico, pero no parecía hacerlo a propósito, era como si le naciera de dentro, ¿entiendes? Como si estuviera enfermo.

—Anna, ¿pudiste ver su coche?

—Ni siquiera sé cómo me sacó de mi casa. No, no recuerdo cómo era el coche. ¿Cuándo podré ver a mi hijo?

Lara, a mi lado, parpadeó para ahuyentar las lágrimas que empezaron a formarse en sus ojos. Mi relato de lo que quería que creyesen que había ocurrido les estremeció. En realidad, el pobre hombre, aparte de ser un enfermo, jamás me maltrató verbalmente, aunque puede que hubiera algún capítulo que me perdiese. Me pasaba la

mayor parte del día dormida. Siempre tenía sueño; me pesaban los párpados. Necesitaba con urgencia que, además de que me vieran como la víctima y no como la maltratadora cruel que fui a veces, me notaran lúcida, capacitada para volver con mi familia, para recuperar lo que me pertenecía. No podía perder el tiempo en terapias, hipnosis o estúpidos juegos sensoriales para activar alguna laguna mental.

—¿Y las cicatrices que tienes en los muslos? ¿Cómo te las hiciste, Anna? — preguntó con cautela Teresa.

Las cicatrices.

Me hacían sentir tan bien...

No podía bajar la guardia y desvelar que me autolesionaba con la punta de mi clip de pelo que afilé en la piedra de la pared porque ese dolor era el único que me daba fuerzas para disimular el terror y enfrentarme a mi raptor. Me hubieran encerrado. Me limité a devolverle una mirada despavorida fingiendo que había imágenes espeluznantes presentándose a mi mente como ráfagas.

—Entiendo. —Fue todo cuanto dijo la inspectora mirando con el rabillo del ojo a mi hermana.

Se lo creyó.

Todos me creyeron.

Siempre había sido así y no iba a cambiar aunque hubiese estado trece meses muerta.

Lara

«No es mi hermana. No la reconozco —negué, tratando de no gesticular ni mostrar ninguna emoción—. Ni siquiera tiene la misma voz. Esta que habla, que cuenta en un susurro una historia que parece ajena a ella, que te mira fijamente como si estuviera leyéndote la mente, no se parece en nada a mi hermana», reflexioné para mí misma, mientras escuchaba lo que nos iba relatando como si se tratase de un cuento y no de su vida.

—Estaremos en contacto —se despidió Teresa haciendo un gesto para que saliera al pasillo con ella.

—Poco a poco, con paciencia. Nos veremos dentro de un par de días, Anna. No hagas esfuerzos y descansa —agregó la doctora saliendo con nosotras.

Anna sonrió y arqueó una ceja mirando a su alrededor con indiferencia. Le encantaba ser el centro de atención, en ese aspecto sí seguía siendo la misma de siempre.

—Ahora vengo —le dije.

Salí al pasillo con Teresa, la doctora y la psicóloga, asegurándonos de que Anna no pudiera vernos desde la habitación para no saber qué decíamos.

—¿Cómo es posible que no recuerde que mató a su secuestrador? —le pregunté a Teresa.

—Lo comenté el día en que la ingresamos —intervino la psicóloga a modo de recordatorio—. Amnesia disociativa. Es incapaz de recordar el episodio en el que mató al hombre debido al alto estrés que la situación le origina. Es el olvido de los recuerdos traumáticos; el recuerdo existe y se conserva, no se ha borrado de manera permanente, pero la dificultad está en el acceso consciente y en su recuperación.

—Se repara del recuerdo y le es imposible recordar —añadió Teresa asintiendo—. Lo he visto otras veces.

—¿Y qué hago? —pregunté desesperada—. ¿Es necesario que le deis el alta tan rápido? Solo han pasado dos días —me agobié.

—Ha dicho que quiere irse y está en buen estado, por lo que no podemos retenerla contra su voluntad. No te preocupes, se encuentra bien. No presenta problemas graves de salud y es preferible que esté en un entorno familiar y relajado —trató de tranquilizarme la doctora.

—Por el momento no le digas nada —sugirió Teresa.

—Pero estoy cansada de tener que ocultarle cosas. Es mi hermana.

—Hazlo por ella. Dentro de lo posible, regálale calma y un lugar donde esconderse los próximos días.

—¿Esconderse?

—Anna lo ha confesado. Su raptor le decía: «Órdenes de arriba». Es posible que haya matado al lacayo, pero no al verdugo, por lo que la persona interesada en que desapareciera sigue vivita y coleando. Lo peor de todo es que puede que haya estado pensando durante todo este tiempo que Anna estaba muerta.

El ambiente estaba cargado de electricidad, era frenético. Temía por la salud mental de Anna que, si ya de por sí nunca había sido muy saludable, después de todo lo ocurrido no sabía con qué parte de mi hermana tendría que lidiar.

Dos agentes se encargaron de custodiar nuestra salida acompañándonos hasta el taxi que nos esperaba en la acera, frente al hospital. En la calle, la prensa se agolpaba; de nada hubiera servido salir por la puerta de atrás. Mis compañeros no eran tontos, algunos también la esperaban allí. Con el deseo de conseguir la mejor imagen de una cambiada Anna Guirao, entorpecían el paso con sus grabadoras y cámaras que nos aturdían con los flashes y el zumbido constante de los obturadores. Los periodistas corrían formando un torrente humano que me recordó a la marea de ratas de *El flautista de Hamelín*; algunos de ellos miraban a cámara. Estábamos en directo en algún canal nacional.

—¡Anna, Anna, mira aquí! ¿Cómo estás?

—¿Conocemos la identidad de tu secuestrador?

—¿Cuál fue el motivo?

—¿Algún admirador? ¿La sospecha de algún acosador?

—¿Volverás a la serie?

—¿Cuál es tu próximo proyecto, Anna?

—¿Es cierto que hace un mes tu marido presentó una demanda ante los tribunales para que te declarasen muerta sin tener que esperar que transcurrieran siete años y así quedarse con tu dinero y volver a casarse con su actual novia?

Anna, atónita y mareada, como si el mundo se hubiese convertido en una espiral que daba vueltas en torno a ella, miró al periodista que le acababa de formular la hiriente pregunta. Se detuvo en seco. Pensé que se iba a desmayar. Por mi parte, tenía miedo de que llegara ese momento; aún no había sido capaz de contarle que Adrián estaba con Inés, aunque me aliviaba saber que no se había filtrado el fatal desenlace del secuestrador de mi hermana. Ni siquiera conocían dónde había estado encerrada.

Qué terrible debió ser estar en su pellejo.

Las luces, el ruido, la gente, el tráfico... si para mí fue abrumador y angustioso, no quiero imaginar cómo fue para ella. Parecía perdida. Débil e indefensa, Anna Guirao no se mostraba como la mujer altiva que todos conocíamos. No era ni la sombra de lo que fue.

—¿Cómo has dicho? —balbuceó segundos más tarde sin pestañear.

Los periodistas se quedaron callados. Les interesaba más el morbo de su reacción que las palabras que pudiera decir.

—Anna, vámonos de aquí.

La agarré con fuerza del brazo mientras un par de policías apartaron con violencia a los periodistas dando codazos a diestro y siniestro. Escuchamos quejas y gritos en el momento en que conseguimos encerrarnos en el taxi, donde los flashes siguieron capturando la imagen de la reaparición de Anna Guirao, la famosa estrella

que se evaporó del firmamento hacía un año.

LA RESURRECCIÓN DE ANNA GUIRAO

Malditos titulares sensacionalistas.

—Dime la verdad —dijo Anna sin mirarme—. Nada de lo que tenía o conocía me pertenece —trató de asumir.

—Te llevaré a mi apartamento.

—¡Quiero ver a mi hijo! ¿Por qué no me lleváis a ver a mi hijo? Ha sido a lo único a lo que me he aferrado para sobrevivir todo este tiempo enjaulada —añadió entre dientes, fuera de sí.

«Está preparada para ver al niño —dijo la psicóloga—. Sin embargo, el padre ha asegurado que no quiere verla. No podemos forzarlo».

—Por favor, tranquila —le rogué.

Pensé que no sabría reaccionar ante uno de sus ataques de pánico. No sabía qué iba a hacer con ella, maldita sea. Los dos días ingresada en el hospital no habían bastado para calmarla, y ya no sabía cómo convencerla de que se tomara las pastillas de Alprazolam. Las escupía todas.

«No me vais a drogar con esa mierda», amenazó furiosa, como solía ponerse en plató, cuando alguno de sus compañeros se equivocaba en una frase o el rodaje de la serie se retrasaba por algún fallo técnico.

Un año presa de un loco no había cambiado su carácter insoportable. Anna era irritante, vanidosa y egocéntrica. Volví a recordar cuánto la detestaba, las ganas locas que me daban a veces de estrangularla.

Tenía treinta y cinco años y seguía pensando que papá y mamá sabrían qué hacer para que se tragara la puñetera pastilla, lo único que podía calmar la ansiedad y ese estado de nervios que se había apoderado de ella tras su condena.

*

Lara

Domingo 19 de mayo de 2019

Un mes desaparecida

A Adrián no le hizo falta leer en la oscuridad qué decían los papeles que le había plantado frente a las narices. Sabía exactamente lo que era.

—¿Qué tiene que ver esto con que le haya hecho algo a Anna? ¡Tú sabes cuánto la quería!

—¿Ya hablas de ella en pasado? Qué curioso que, justo un mes antes de su desaparición, el 14 de marzo de 2019 para ser más exactos, contrataras un seguro de vida muy jugoso para los dos, por un importe de un millón de euros.

—No es lo que parece —murmuró desviando la mirada.

—¿Y qué parece? ¿Acaso no eres el más interesado en que Anna desaparezca para quedarte con toda su fortuna y vivir tu aventura con esa fulana?

—A Inés no la llames fulana —la defendió.

—Mañana voy a ir a la policía.

—Joder, Lara —rio—. Han estado un mes persiguiéndome y no han encontrado nada porque no he hecho nada, ¿cómo tengo que decírtelo? No sé dónde está Anna. No sé qué le ha pasado; esto es una pesadilla. Déjame en paz. Y deja de seguirme porque voy a denunciarte por acoso.

Tragué saliva.

Era cierto, quizá me había pasado un pelín, pero se me llevaban los demonios. Temblaba cada vez que sonaba mi teléfono porque temía que me llamaran para decirme que habían encontrado el cadáver de mi hermana. Sospechaba de Adrián y de todo ser viviente. No había nada extraño en la rutina de mi cuñado; la mayoría de las veces se quedaba encerrado en casa, escribiendo en su despacho. Lo había observado desde la calle en numerosas ocasiones a lo largo de ese mes infernal sin noticias de Anna. También, ataviada con una gabardina, una ridícula peluca rubia y unas enormes gafas de sol para que no me reconociera, lo seguí por las calles de Barcelona sin que percibiera nada fuera de lo común en su comportamiento. Solía verlo, desde una distancia prudencial, yendo a recoger a mi sobrino al colegio para llevarlo a casa de sus padres, en la calle Balmes, donde a veces se quedaba a dormir. Todo normal. No obstante, nunca lo había visto con Inés hasta esa madrugada. La luz del dormitorio en ese momento se encendió. Dormían juntos. Estaban juntos. Sopesé la verosímil posibilidad de que ya estuvieran liados desde hacía tiempo, pero no podía culpar a mi cuñado. Mi hermana no era una santa precisamente; en cualquier caso, tenía merecido que su marido se acostara con otra mujer.

Pese a todo lo que lo había controlado y lo retorcido que me resultó descubrir el tema del seguro de vida, se me había pasado por alto ese detalle. Inés. La empleada de Anna tenía un lío con Adrián. Entonces, ¿qué más no sabía? No podía dividirme en

dos, así que, en ese instante, mirándolo fijamente a los ojos, creyendo ciegamente en su palabra, me rendí y decidí que iba a centrarme en una sola persona: el acosador. Qué equivocada estaba.

Inés

Adrián estaba tan nervioso como cuando Anna desapareció y la policía sospechó de él, no solo al principio, sino un mes y medio más tarde, en el momento en que descubrieron que había contratado un seguro de vida por un importe de un millón de euros. Su mal humor lo pagaba conmigo, pero sobre todo con Samuel. Una tarde le arrebató el mando de la Play con violencia y le gritó:

—¡Tú vas a hacer lo que yo te diga mientras vivas bajo mi techo! Mañana va a venir tu madre. Esta es su casa, sigue siendo su casa; tú eres su hijo y, te guste o no, lo serás siempre.

No fue capaz de mirar al niño a los ojos. Tampoco me miró a mí. Estaba ido, furioso, lo había poseído el demonio. Ese no era el Adrián que yo conocía; se había convertido en alguien que actuaba como se suponía que debía actuar. Atrás quedaba su sentimiento fingido de desear que Anna estuviera muerta. En realidad seguía queriéndola con locura.

Me empecé a preocupar.

Samuel, mudo, miró a su padre con la misma rabia y prepotencia con la que solía mirar Anna al mundo. Por un momento se me erizó el vello de la piel. Me pregunté: «¿Qué he hecho? ¿He creado otro monstruo?». El niño se levantó del sofá buscando consuelo en mis brazos. Dudó, pero, finalmente, se acercó y me abrazó. Contemplé la fotografía que había junto al televisor. En ella aparecía Samuel con cuatro o cinco años. Tenía el pantalón de peto sucio de barro y miraba a la cámara con una expresión ceñuda de una intensidad tan cómica que me encogió el corazón. El pensamiento de poder perder a «mi niño» se espesó como pegamento en mi pecho.

—No puedes obligarlo, Adrián —lo defendí con calma.

—Claro que puedo. Soy su padre —rebató arrogante, subiendo las escaleras y encerrándose en su despacho.

—¿Por qué tengo que verla? Me da miedo —gimoteó Samuel—. Ojalá no hubiera aparecido. Ojalá estuviera muerta —añadió con rabia.

—No digas esas cosas, Samu. Tu padre tiene razón —lo consolé, acariciando su melena rubia y lacia—. Anna tiene muchas ganas de ver cómo has crecido. Venga, si te portas bien, te llevo al cine.

—¿Me lo prometes?

—¿Cuándo he roto una promesa?

—Eres la mejor, mamá.

Volvió a abrazarme. La sonrisa en mi boca, henchida de emoción, y el esfuerzo de pedirle que quisiera ver a su madre atragantándose en mi garganta. Perdí muchas batallas en el pasado, pero pensaba ganar esa guerra. Después de todo lo que había hecho, ¿iba a rendirme tan fácilmente?

La respuesta era: no.

Tiempo. Necesitaba tiempo para pensar cuál iba a ser mi siguiente paso.

*

Inés

Miércoles 4 de abril de 2018

Un año antes de desaparecer

Ese día, por primera vez en los dos meses que llevaba trabajando para Anna, no la acompañé al set de rodaje. Tenía varios recibos que debía poner en orden y sus ingresos, procedentes de múltiples empresas y productoras, eran tantos que podía volver loca a la mente más cuerda. Por otro lado, el tren de vida de la actriz me parecía descomunal. ¿Cómo era posible que pudiera gastarse setenta mil euros en un mes? Restaurantes de trescientos euros el cubierto, mesa para dos; champán de dos mil euros en la Quadruple Room del Hotel Palace, siete mil euros la noche; ropa de Gucci, Armani y cientos de caprichos más; escapadas de fin de semana a París, Londres y Roma, viaje para dos personas... Todo para dos, pero sin Adrián. Se me saltaron las lágrimas al recordar mi otra vida, cuando apenas llegaba a fin de mes y no tenía un trozo de pan que llevarme a la boca. En el mundo del que yo procedía, ese derroche era insultante.

A las cuatro de la tarde, trastornada después de horas y horas delante del ordenador, con sensación de artritis en los dedos por abusar de la calculadora, fui a la cocina a tomarme un café. Necesitaba despejarme. Al cabo de poco rato, Adrián llegó con un ramo de flores mustio y una caja de bombones que estampó contra el suelo del vestíbulo. Entró en la cocina; pareció sorprendido al encontrarme. Me saludó con un gesto de cabeza seco y se dirigió a la nevera. La abrió. Se quedó un buen rato ahí, como quien no encuentra lo que busca, pero en realidad lo que estaba haciendo era llorar.

—Adrián, ¿qué te pasa?

Me levanté acercándome con tiento a él.

—¿Crees que no merezco la pena? ¿Que soy basura? —preguntó sin mirarme.

—¿Qué dices? No, claro que no.

—Eso es lo que me ha dicho mi mujer. Sé que no le gusta que vaya a verla o a recogerla al set de rodaje, que un guionista no es tan glamuroso como uno de esos actores o directores a los que se folla, pero ¿por qué? ¿Por qué se cree con el derecho de tratarme así?

En ese momento, supe que Adrián era consciente de que su mujer se veía con otros, pero la que tenía dinero era ella, así que sospeché que prefería pasarlo por alto; ver, oír y callar, como decían las abuelas. Vivir del cuento y no hacer nada para no enfadarla.

Podría haberme ido. Podría haberlo dejado ahí con su pena; no era mi obligación consolarlo, pero entonces, sin haberlo consultado con la almohada, así, a bote pronto,

coloqué mi mano sobre su mejilla áspera, lo acerqué a mí y lo besé. No se resistió. Sus manos, lentamente, sabiendo que no deberían, fueron directas a mis muslos. Los apretó con furia, me subió la falda. Me empujó contra la encimera y, con sus brazos fuertes, me sentó, desabrochándose con rapidez la bragueta y metiéndomela profundamente sin compasión. No tardó mucho en estallar. En jadear furioso contra mi boca.

Ese sería el primero de muchos polvos y también de muchas conversaciones en las que Adrián empezaba diciendo: «No deberíamos...», y, al cabo de un rato, contradiciéndose y rindiéndose a sus instintos más bajos, acababa follándome en cualquier rincón de la casa. Con el paso del tiempo, me aterraba la posibilidad de que aquello no fuera más que un amorío pasajero. Un acto de despecho. El «ya veremos qué pasa» no era ni por asomo suficiente para mí.

No obstante, cuando creía que mi plan de venganza superaba con creces al que tenía pensado en un principio, que no era otra cosa que volver loca a mi nueva jefa, cometí un error. Me enamoré como una quinceañera, algo que no estaba previsto cuando empecé a ser la sombra de Anna Guirao.

*

Inspectora Teresa Castro

La inspectora Teresa Castro se encerró en su despacho; la noche se presentaba larga.

Anna Guirao era noticia, estaba por todas partes. Su rostro, muy distinto al que mostraba en las numerosas películas que protagonizó en Bollywood y en la serie diaria en la que trabajaba antes de ser secuestrada, aparecía en todos los canales de televisión y en las portadas de la prensa nacional e internacional. Los portales de Internet aprovechaban el filón de la noticia para recibir miles de visitas al día con el morbo añadido de un único titular:

¿Fue el guionista Adrián Rojas
culpable de la desaparición de su mujer Anna Guirao?

El misterio de Anna Guirao.
Te contamos dónde ha estado todo este tiempo

Teresa se frotó la cara al leer las especulaciones y mentiras de la prensa. No se acercaban ni de lejos a la realidad cuando aseguraban que la habían tenido encerrada en el sótano de una casa en ruinas a las afueras de la ciudad. La inspectora tenía los ojos rojos, demasiado cansancio acumulado, un exceso de presión que podía acabar con cualquiera. Puede que no tardaran en hacerse eco del asesinato que había cometido la popular actriz para escapar de su secuestrador. A la inspectora no le cabía ninguna duda de que la alabarían por su fortaleza y la convertirían en una heroína. Pero antes de que se hiciera público, el asesinato que había cometido para escapar debía volver a su memoria. Si se enteraba por la prensa, podía trastocarla del todo.

Durante un rato, Teresa estuvo revisando los archivos del año pasado. Pura formalidad. De haber habido cámaras en la casa de la actriz, habrían tenido las imágenes de lo que ocurrió, de la persona que se la llevó, pero el sistema de seguridad era falso. Las cámaras instaladas eran de plástico, solo para imponer; el secuestrador lo sabía. También supo cómo no dejar rastro: ni una sola pisada o marcas de las ruedas del coche que seguramente no llegó a entrar en la finca.

El marido, desde el principio, fue sospechoso de la desaparición según las declaraciones de su compañero Salazar, destinado a una comisaría de Tarragona hacía tres meses. El motivo era simple: en el momento en que dieran por muerta a Anna, él sería el beneficiario de una gran fortuna y bienes inmobiliarios pertenecientes a su mujer y, por si fuera poco, un mes antes había contratado un seguro de vida para los dos por un importe de un millón de euros. Tardó en denunciar su desaparición 48

horas; de haberlo hecho antes, igual habrían tenido un resquicio de esperanza en encontrarla, pero Anna Guirao era imprevisible. ¿Sospechaba su marido que tenía varias aventuras extra matrimoniales? ¿Estaban en proceso de divorcio tal y como especulaban las revistas del corazón? Adrián aparentó no saber nada al respecto. Incluso se manifestó ofendido demostrando que no solo su mujer tenía un gran don para la actuación.

—¿Amantes? ¿Mi mujer? ¡No! —exclamó con ojos llorosos cuando le mostraron las pruebas contundentes de que, efectivamente, Guirao se acostaba con otros hombres. Había numerosos wasaps que así lo constataban.

Muchos de los amantes fueron interrogados; no sacaron nada en claro de ellos. La mayoría eran bastante bobos como para maquinar un secuestro o un asesinato, que era lo que se especulaba por aquel entonces. Se esperaba una llamada, quizá un rescate de varios miles de euros, pero nunca llegó. Dieron por muerta a Anna Guirao al cabo de seis meses aunque, sin cuerpo, no había delito. Ningún culpable al que juzgar.

Adrián Rojas, al enterarse de los cuernos que llevaba a cuestas, se mostró avergonzado, pero no era la primera vez. Tal y como aseguró parte del equipo técnico y artístico de la serie, a Anna le gustaba humillarlo delante de todos. Y él, quizá por masoquismo, quizá por rebeldía, parecía aceptarlo acudiendo cada dos por tres al set de rodaje, pese a lo mucho que sabía que le molestaba a la estrella de televisión.

La actriz aparecía y desaparecía a su antojo. Hacía lo que le daba la gana; era una mala madre según sus seguidoras de Instagram. Cuando no eran largas horas de rodaje, era por un viaje improvisado a cualquier parte del mundo sin rendir cuentas a nadie, o una escapada nocturna a alguna de las fiestas donde la invitaban. Adrián, al principio, no se preocupó en exceso hasta que descubrió los restos de una colilla en las profundidades de la piscina cuando a los dos días se metió a nadar. También había una copa de vino tirada en el césped de la que no se percató hasta ese momento. Raro, teniendo en cuenta que su rutina al atardecer era situarse en ese mismo punto del jardín a fumar un cigarrillo y contemplar las vistas; él mismo lo reconoció. Más inaudito aún que no viera que el bolso de su mujer, con el teléfono móvil del que nunca se separaba, colgaba del perchero de la entrada.

Teresa leyó una vez más su declaración:

«—¿No vio que sus pertenencias estaban en casa, señor Rojas? ¿Cómo es posible que no se preocupara por la ausencia de su mujer hasta dos días después?

—No suelo mirar el perchero. Tenía que cuidar de Samuel y terminar un guion. No tuve tiempo ni de salir al jardín como hago habitualmente —contestó tranquilo».

Rojas, con una coartada convincente para el día que se le perdió la pista a su mujer, cansado de intentar demostrar su inocencia y reprochando a la policía que estaban perdiendo el tiempo con él cuando lo que deberían estar haciendo era ir a por el verdadero culpable, recurrió a uno de los abogados más caros y prestigiosos de la ciudad: Eduardo de la Rosa. En la sala de interrogatorios, de la Rosa humilló a los compañeros de Teresa de mala manera, avergonzando especialmente a Salazar.

«—¿Dónde está el problema? —los retó el abogado—. Mi cliente confiaba en su mujer, que ella se fugara cada dos por tres de casa no hacía presagiar que esta vez podría haberle ocurrido algo grave. En cualquier caso, dejen de molestar al señor Rojas y céntrense en la investigación. Están perdiendo un tiempo precioso en encontrar al

culpable».

La preocupación del guionista no podía ser fingida. «Nadie puede ser tan buen actor», pensaban todos pese a que la experiencia les dijera lo contrario. Cuando dos agentes fueron a visitarlo para darle la noticia de que su mujer había aparecido, lo primero que comentaron fue que no mostró signos que pudieran acusarlo; no obstante, Inés, su pareja, sí. Se le desencajó la cara, como si estuviera recibiendo la peor noticia de su vida. En febrero, Adrián presentó una demanda ante los tribunales para que declararan a su esposa muerta sin tener que esperar los siete años que marca la ley. El juez ni siquiera se dignó a examinar las circunstancias de la desaparición de Guirao. Era de locos llegar a la conclusión de que su mujer había dejado de pertenecer a este mundo cuando no había transcurrido ni un año desde su desaparición. Rojas se quedó sin heredar el fondo fiduciario; el dinero y las propiedades seguían a nombre de la desaparecida, y a Adrián le fue denegado el deseo de ser un hombre libre y rico.

Una torpeza por su parte.

Con la cabeza embotada, Teresa salió de su despacho y organizó una reunión urgente sobre el caso Anna Guirao. Lo primero que pidió fue que dos agentes vigilaran de cerca a la actriz, al menos las dos primeras semanas. Su secuestrador le dijo, cuando la tenía encerrada, que las órdenes venían de arriba, por lo que el auténtico implicado, que quizá pensaba como todos que Anna había muerto a manos del secuestrador, estaba en la calle. La actriz podía seguir en peligro. Lo segundo que la inspectora exigió fue que investigaran a Adrián Rojas y, con más ahínco, a su nueva pareja, Inés Caro. Nadie sospechó nunca de ella, pasó desapercibida, en un segundo plano, como asegurándose de ser invisible cuando, a fin de cuentas, usurpó una vida que toda mujer procedente de los bajos fondos del Raval hubiera deseado.

Anna

De camino a casa de Lara, Adrián me envió un mensaje al nuevo móvil que me dieron. Al día siguiente, a las cinco de la tarde, cuando Samuel saliera del entrenamiento de fútbol, podría ir a verlo. Mi humor mejoró después de haber tenido la sensación de que el pecho iba a estallarme cuando salí al sol cegador y al calor que irradiaba el asfalto con todos esos periodistas detrás de mí, pero las preguntas seguían arremolinándose en mi cabeza. Había cosas que no entendía; la gente, especialmente mi hermana, estaban siendo demasiado prudentes salvo ese periodista que me preguntó si era cierto el tema de una demanda que había presentado mi marido para declararme muerta y así quedarse con mi dinero y volver a casarse.

—¿Por qué no me llevas a mi casa? —insistí, hipnotizada por el ritmo frenético de la ciudad que pasaba ante mis ojos a través de la ventanilla del taxi.

Barcelona no había cambiado; yo había desaparecido del mundo, pero el mundo siguió su curso como si nada. El sol seguirá saliendo aunque tú ya no estés para verlo.

—Te lo dije, Anna. Las cosas han cambiado.

«El mundo no gira en torno a ti», le faltó decirme. Empezaba a asimilarlo. El mundo, nunca, había girado en torno a mi ombligo.

—Adrián está con alguien —asumí.

—Lo siento, no...

—¿La conozco? —pregunté.

—No es el mejor momento para hablar de esto.

—¿Y cuándo lo será, Lara? Si he podido soportar trece putos meses en un zulo, puedo soportar cualquier cosa.

La mirada del taxista se clavó en nosotras a través del espejo retrovisor. No, no era el mejor momento. Podría chivarse de lo que estábamos hablando por una succulenta cantidad de dinero que cualquier medio estaría dispuesto a pagar; era actualidad. Miré a mi hermana con el rabillo del ojo y asentí. No me convenía volver a ponerme hecha una furia porque me miró como si estuviera loca y necesitaba mostrarme calmada. Que viera que estaba bien. Que no me pasaba nada. Que las rabinetas del pasado se habían quedado entre las rejas de aquella celda subterránea.

—Solo te pido que me digas la verdad cuando lo creas conveniente —dije en voz baja fingiendo calma.

—Vale —aceptó.

—No soy la misma —le aseguré—. Me he dado cuenta de cosas, yo...

—Déjalo.

Por una vez en la vida, más que mi casa o mi dinero, que, en ese momento creía perdido, lo único que me preocupaba era que Adrián, Samuel y Lara siguieran queriéndome como si no hubiera ocurrido nada. Para la sociedad yo ya había muerto.

¿Qué le pude hacer a mi raptor para que me tuviera encerrada un año? ¿De todas las personas a las que había dañado alguna vez en mi vida, de quién eran esos ojos negros?

—Tengo que descubrir quién es —murmuré ante la atenta mirada de Lara.
No dijo nada.

*

Anna

Domingo 19 de abril de 2020

Un año desaparecida

Además de dormir, me pasaba buena parte del día limando mi clip de pelo en la pared para que la punta fuese más afilada. Era una obsesión. Soñaba con clavarlo en los ojos de mi raptor, pero me entraba el pánico y me rasgaba los muslos, como si una parte de él muriera por el hecho de autolesionarme. El clip era cada vez más pequeño; pronto me quedaría sin él. Es curioso cómo la vida te pone a prueba. Cómo, por sí misma, es capaz de enseñarte lo que de verdad importa. Había vivido durante años ciega; mi trabajo era lo único a lo que le prestaba atención. Tener una casa grande de la que poder presumir en la mejor zona de la ciudad; ser famosa, que me reconocieran por la calle y se volvieran locos con mi presencia; pasar noches apasionadas con mis amantes en hoteles de lujo; acudir a fiestas, emborracharme, bailar hasta el amanecer sin preocupaciones; salir en revistas nacionales e internacionales y ser alabada por los críticos más exigentes; recorrer mundo en compañía de cualquiera que no fuese mi marido, con el que me aburría soberanamente; entrar en las tiendas más caras del centro, que me hicieran la pelota como a Julia Roberts en *Pretty Woman* cuando Richard Gere la acompaña, y salir con cientos de bolsas llenas de ropa que no tendría tiempo de ponerme jamás. Ni siquiera cuando supe, en 2012, que estaba embarazada, me ilusioné. Ya por aquel entonces, cuando el test de embarazo me mostró las dos líneas de color rosa chicle, supe que sería la peor madre del mundo. Que pobre del alma que se reencarnara en mi hijo. Que qué suerte tuvo aquel feto que murió en mi vientre cuando por accidente me quedé embarazada a los dieciséis años, antes de convertirme en lo que soy ahora. Sin embargo, en mi largo y tortuoso cautiverio, solo era capaz de pensar en mi niño.

Todo lo demás había dejado de existir.

No me quedaba nada. Solo cuatro paredes de piedra repletas de moho, barro y sangre, el hedor de la muerte en cada rincón; el suelo frío en el que dormía a todas horas porque así parecía que podía respirar mejor. Mi vida seguía siendo mía solo en sueños. Cuando abría los ojos me veía inmersa en la pesadilla. En el infierno.

La voz mecánica de mi raptor me sorprendió en el momento en que me rasgué la piel de mi muslo con el clip. Me atraía el sonido de las gotitas de sangre cayendo lentamente sobre la piedra del suelo y me gustaba ver cómo la punta afilada de «mi arma secreta» me arrancaba con violencia la piel. Siempre estás a tiempo de conocer cosas nuevas sobre ti mismo y a mí, en días de estrés donde la ansiedad me estrujaba llevándome al límite, me gustaba hacerme daño.

—¿Cómo está mi chica? ¡Hoy cumplimos un año, mi amor! —exclamó el perturbado tras los barrotes. Un día me contó, como si me sirviera de algo saberlo, que él mismo se había encargado de poner el cerrojo para evitar que escapase, puesto que

el que había cuando descubrió el lugar antes de traerme estaba oxidado y, obviamente, no halló la manera de obtener la llave.

—He tenido días mejores —mascullé, contemplando la sangre de mi muslo con satisfacción.

—¿Puedo entrar?

No hacía falta decirle ni que sí ni que no porque hacía lo que le daba la gana y ya tenía un pie dentro del zulo. Ese día no llevaba la navaja, pero sí la pistola. Le gustaba apuntarme con ella porque creía que tenía miedo de morir. Con una pizca de autocontrol, conseguí no mostrarle mi pánico que, a cada día que pasaba, se apoderaba más y más de mí. Es terrible vivir de esa forma aunque lo disimulara con el desprecio que le demostraba. No obstante, a veces, sí le enseñaba mis lágrimas, pero no para que se compadeciera de mí, sino para que se viera a sí mismo como el monstruo que era.

—Venga, dispara —lo provocaba tragando saliva. Tenía que evitar por todos los medios que no me temblara la voz—. Prefiero estar muerta antes que seguir viéndote la puta jeta.

—No me ves la jeta —respondía él confundido sacudiendo nerviosamente la cabeza. Le faltaba un tornillo, siempre lo pensé.

—No, pero veo esos ojos negros. Dan mucha grima.

Entonces, cuando con la culata del arma acariciaba mi piel, me desahogaba insultándolo hasta hacerle llorar y enloquecer. Era divertido. Me lo pasaba bien. Me hacía ver que aún quedaba un poco de la Anna Guirao que todos temían cuando veían aparecer. Si el año que llevaba encerrada había sido un infierno, también lo sería para mi raptor que, como si me estuviera haciendo un favor, repetía una y otra vez:

—Tienes suerte de ser tan guapa. De que me haya enamorado de ti, Anna —susurraba con sentimiento—. El mal cree que estás muerta.

—¿Quién es el mal? —le preguntaba.

—La bruja —aclaraba—. La bruja fue quien me ordenó que te hiciera desaparecer.

Cuando se fue, me conté a mí misma el cuento de *Blancanieves y los siete enanitos*. El leñador, enviado por la maléfica bruja, no fue capaz de quitarle la vida a Blancanieves y se las ingenió para llevarle el corazón de un animal en su lugar. La bruja creyó que Blancanieves había muerto cuando, en realidad, la cuidaban siete enanitos que trabajaban en una mina.

Miré a mi alrededor y, sabiendo que mi raptor aún no había salido del mugriento pasillo, insistí:

—¿Quién es la bruja?

El eco de su impertinente risa como respuesta.

*

Anna

El taxi se detuvo en la calle Llull, en el barrio de Bogatell, cerca de la playa de la Barceloneta. Lara pagó la carrera, salió a la calle junto al taxista, y sacaron mi equipaje del maletero. Era una bolsa ligera con algo de ropa de mi nueva talla XS que ella misma me había comprado.

—¿Ahora vives aquí? —pregunté.

—Sí. ¿Te gusta?

—Hombre, vives en una fábrica —acerté a decir señalando el edificio que había enfrente—. ¿Quién vive en una fábrica?

—La gente moderna, Anna —contestó riendo, mirando a ambos lados de la calle por si de improviso se acercaba algún *paparazzi*. No parecía haber nadie esperándonos ahí. Lara cargó con mi equipaje en el hombro y se despidió del taxista con un gesto de cabeza—. En esta zona han convertido muchas fábricas en amplios *lofts* —explicó, dándome la mano para cruzar la calle como si volviera a tener cuatro años—. Sé que para ti no será mucha cosa, pero a mí me va genial, no solo para mi nuevo ligue, que fliparás cuando sepas quién es, sino para mis sesiones de fotos.

—¿Sigues haciendo fotografías a mujeres desnudas? —pregunté, ignorando su comentario sobre su nuevo ligue. Los amoríos de Lara siempre me habían importado un comino.

—Sí. Dos o tres sesiones al mes.

«Qué pérdida de tiempo», me callé.

Entramos en un ascensor que más que un ascensor era un montacargas, y subimos hasta la tercera planta. Traté de disimular la descarga eléctrica que me recorrió el cuerpo con el estruendo que provocó el elevador al llegar a nuestro destino. Un golpe seco, duro, agresivo, que me recordó a los cabezazos que mi raptor se daba contra la pared cuando era cruel con él. Pero esos recuerdos no podían salir de mi boca, claro. Nadie tenía que saber que el raptor se convirtió en mi víctima preferida.

La única puerta que había en el pasillo era la del *loft* de Lara, de metal y tan grande, que un equipo entero de fútbol podría haber entrado al mismo tiempo. El espacio diáfano nos recibió recogido y pulcro. Una mesa de billar separaba el salón y la cocina, reluciente como si nadie cocinara en ella, del estudio de trabajo, donde había una cámara fotográfica sujeta a un trípode y una mesa rodeada de estanterías con un ordenador MAC.

—¿Dónde duermes?

—Detrás de esa cortina —señaló—. El lavabo está aquí —añadió, abriendo una puerta corredera al lado de la barra americana de la cocina.

—¿Al lado de la cocina?

Puso los ojos en blanco y sonrió.

—Hay cosas que nunca cambian, Anna.

Lara

Anna le puso pegas a todo. Que si el lavabo al lado de la cocina resultaba asqueroso, que si sentarse en el sofá era como hundirse en arenas movedizas, que si la mesa de billar empequeñecía el *loft*, que si la mesa del espacio del estudio estaba torcida, que si la cama era demasiado pequeña para dormir las dos como cuando éramos niñas...

«Paciencia. Respira. Paciencia».

—¿Qué quieres cenar? ¿Pedimos comida china? ¿Unas pizzas? —pregunté.

—No tengo hambre.

—Tienes que obligarte a comer, Anna. He tenido que comprarte ropa en una tienda infantil, por el amor de Dios. Estás en los huesos.

—A lo mejor así me sale más trabajo —bromeó.

—¿De veras estás pensando en volver a trabajar después de todo lo que te ha pasado? —me sorprendí.

—Es el momento ideal para hacer mi aparición estelar —contestó fríamente—. ¿Sabes cuánto dinero puede pagarme una marca por subir ahora una foto de su producto a Instagram? ¡Más de cinco mil euros! ¡Por una foto, Lara! Todo el mundo habla de mí. Estoy de moda.

—Alucino contigo.

—¿Me vas a decir con quién está saliendo mi marido?

Respiré hondo. Llegó el momento de contarle cómo había cambiado la vida de aquellos a quienes más se suponía que quería. Y digo se suponía, porque en realidad nunca quiso a Adrián; era evidente por cómo lo trataba. Anna se quería a sí misma más que a nadie en el mundo. Una persona así no quiere de verdad. En realidad nunca ha querido a nadie y a los hechos me remito.

—Con Inés —contesté armándome de valor.

—¿Con Inés mi ayudante? ¿La contable?

Abrió los ojos, arqueó las cejas y caminó con calma hasta el ventanal. Esa no era la reacción que esperaba, la verdad.

—No sé cómo puedes vivir con estas vistas —expuso—. Tener un edificio de ladrillo enfrente es deprimente.

Y entonces, se echó a reír.

*

Sala de autopsias, en ese mismo momento

Teresa Castro entró en la sala de autopsias donde se encontraba el cuerpo sin vida del presunto secuestrador de Anna Guirao. Era la primera vez que la inspectora veía su cadáver. Se fijó en sus pertenencias, especialmente en el pasamontañas y en el revólver que acabó con su vida. También encontraron el dispositivo que distorsionaba la voz; voz mecánica, tal y como le había dicho Anna.

—Yo le habría retirado la máscara para saber cómo era —recapacitó la inspectora Castro en voz alta, contemplando la tez violácea del cadáver del hombre.

—Bueno —carraspeó Marcial, el forense—, habéis dado por sentado que fue la víctima quien disparó debido a las huellas encontradas en el arma, pero no hay nada claro. Cabe la posibilidad de que el hombre se suicidara. ¿La señora Guirao no ha contado qué pasó?

—No. Es como si no supiera que su secuestrador ha muerto —reflexionó Teresa, que había considerado que se trataba de una laguna mental de la víctima a consecuencia del estrés postraumático que le había ocasionado el suceso que el forense estaba poniendo en duda.

La inspectora, confusa, tragó saliva contemplando la apariencia del fallecido. Metro ochenta, grande como Anna lo describió, pero de apariencia inofensiva. De esos tipos feúchos con facciones grandes y desiguales, cara rechoncha y calvos, que pasan desapercibidos.

En cuanto su compañero Ángel Salgado entró en la sala de autopsias, Teresa lo miró con la esperanza de que le trajera los informes que llevaba reclamando desde que se procesó el levantamiento del cuerpo.

—Dime que lo tienes —suplicó.

—Lo tengo —asintió Salgado—. Jesús Olmos, treinta y nueve años. Fue abandonado al nacer. El 20 de enero de 1981, Rosalía Olmos, de cincuenta y cuatro años, soltera y sin hijos, se lo encontró en la puerta de su casa, donde tenía el taller de costura con el que se ganaba la vida, en el número 49 de la calle del Aviador Franco en Plus Ultra-La Vinya, la primera barriada de origen agrario de la Marina del Puerto, en la Zona Franca —leyó—. Sin complicaciones, la mujer consiguió la custodia del niño. Todo normal hasta que, a los seis años, le detectaron una discapacidad intelectual del treinta por ciento que nunca se llegó a tratar. Jesús Olmos no empezó a hablar hasta pasados los diez años; según los informes, sufrió todo tipo de torturas y vejaciones en la escuela. A los veinte se fugó de casa, con veinticuatro cumplió cuatro años de condena en la prisión La Modelo por agresión sexual a una bailarina de striptease, Marta Antúnez. Rosalía Olmos falleció de muerte natural en 2009, el mismo año en el que Jesús sale de prisión y desaparece del mapa. No hay cuentas bancarias a su nombre ni historial laboral, ningún contrato de alquiler, nunca ha tenido línea telefónica, su documento de identidad está caducado desde 2010... Un fantasma.

—¿Es posible que viviera en la calle?
—Seguramente.
—¿Qué relación podía tener con Anna Guirao? —se extrañó Teresa.
—Ninguna —contestó tajante el subinspector.
—No lo des por sentado tan pronto. ¿Conoces la teoría de los seis grados,
Salgado?

*

Lara

TERESA_22:15
Discretamente,
pregúntale a tu hermana si
le suena de algo el nombre de
Jesús Olmos.

Anna no había vuelto a hablar desde que le dije con quién salía Adrián, pero al menos aceptó pedir comida china y ahí estaba, repanchingada en el sofá sorbiendo fideos de una caja de cartón, entretenida con las citas que emitían en el programa del canal Cuatro *First Dates*.

—Anna, ¿te suena de algo el nombre de Jesús Olmos? —pregunté, con el mensaje de Teresa abierto en el móvil.

—¿Así es cómo se llama mi secuestrador? —preguntó sin inmutarse. Ni siquiera apartó la vista del televisor—. ¿Quién te ha dicho que me lo preguntes, esa inspectora amiguita tuya?

—Así es como se supone que se llamaba tu secuestrador —la corregí, expectante por ver su reacción.

—¿Se llamaba? ¿Por qué hablas en pasado?

—Está muerto —confesé escrutando con atención su expresión—. ¿Recuerdas qué pasó, Anna? ¿Lo mataste tú para poder huir? —pregunté directamente, cansada de ocultarle detalles que no parecía recordar.

—No. No —negó conmovida con la mirada perdida en algún punto fijo del televisor—. No, no, no, no. No puede estar muerto. Yo no he matado a nadie.

Horas más tarde, asegurándome de que Anna se había quedado dormida, estuve hablando por teléfono con Teresa.

—No recuerda que lo haya matado —le dije con un hilo de voz.

—Eso es porque puede que no lo hiciera, Lara. No lo sabremos hasta que recuerde y nos pueda contar cómo consiguió escapar. Tenemos que tener en cuenta las dos posibilidades —aclaró Teresa.

—No lo entiendo. ¿La retuvo durante trece meses para dejarla escapar y suicidarse?

—Eso es algo que solo puede contarnos tu hermana —insistió la inspectora—. Como ya hablamos, Jesús Olmos no era más que un pobre diablo que no tenía dónde caerse muerto. Suponemos que el verdadero culpable sigue en la calle y ahora sabe que su lacayo no fue capaz de rematar la faena, de asesinar a Anna como creemos que le ordenó. Todo son suposiciones, me temo; no puedo decirte mucho más por el momento, Lara. Estamos trabajando a toda prisa en este caso, pero podéis estar

tranquilas. Hay dos agentes que vigilan y cuidan de tu hermana. No se lo comentes, pero prefiero que tú sí lo sepas. No estáis solas, ellos estarán vigilándoos de cerca hasta que descubramos quién ha estado en la sombra durante todo este tiempo.

—Gracias, Teresa. Te lo agradezco mucho, de verdad.

—No hay de qué. Solo hago mi trabajo.

Inés

Cuando Adrián me dijo que lo mejor era que me fuera de casa antes de que Anna viniera, me puse furiosa. Estallé.

—¡Es mi casa!

—¡No! —negó a gritos—. Es su casa, Inés, y durante este año hemos podido mantenerla gracias a la serie y a los derechos de imagen que siguen llegando de sus campañas publicitarias. ¡Tú y yo no tenemos nada!

—Vámonos de aquí —le supliqué, rindiéndome ante la evidencia de que nada de lo que creía que me pertenecía era mío—. Empecemos de cero en otro lugar, en cualquier parte. Sin ti no soy nada, Adrián, y, desde que apareció Anna, siento que te pierdo. Te pierdo y no...

Rompí a llorar. Esperaba que Adrián se acercase a mí y me arrojara entre sus brazos para ofrecerme consuelo, pero no dio ni un solo paso. Ni se inmutó. Se me hacía insoportable pensar en la posibilidad de perder a Adrián y a Samuel. En ese momento me di cuenta de que no me importaba quedarme sin la casa o sin dinero; yo nunca había sido una mujer ambiciosa hasta que conocí desde dentro el estilo de vida de Anna. Sí, me gustaba, pero también estaba acostumbrada a la miseria y, teniendo a Adrián y a Samuel conmigo, me daba igual volver a ese otro mundo inseguro en el que te limitas a sobrevivir día a día.

Anna ya había estado muerta una vez, ¿no?

¿Por qué no matarla de nuevo?

Me acerqué a Adrián, pero me rechazó. Llevaba tres días, desde que apareció Anna, rechazándome a todas horas. Ya no me tocaba; no como antes. La vida que llevaba se entremezclaba con la que había perdido; necesitaba a toda costa que Anna volviera a desaparecer. Encontrar a algún pardillo que por cuatro duros la aniquilara. Se me iban ocurriendo ideas, una tras otra, una tras otra..., temiendo que llegara el momento en el que tuviera que enfrentarme otra vez a su mirada. Esa mirada. La misma que se me quedó grabada a fuego cuatro años atrás, antes de que me lo arrebatara todo.

Y estaba a punto de volverlo a hacer.

Anna Guirao era un huracán que destrozaba todo cuanto encontraba a su paso sin importarle el sufrimiento ajeno.

—¿Sabe que estás conmigo? —le pregunté a Adrián enjugándome las lágrimas.

—No. No lo sé. Puede —titubeó sin mirarme.

Encendió un cigarrillo y salió al jardín.

*

Inés

Viernes 9 de agosto de 2019

Cuatro meses desaparecida

Samuel estaba en la piscina con su padre. Qué bien nadaba mi chico. Yo los contemplaba tumbada en la hamaca; las vistas de Barcelona no podían compararse con los dos hombres de mi vida. Adrián, guapo a rabiar bajo los reflejos del sol, le sonreía a su hijo que, hecho todo un hombrecito a un mes de cumplir los siete años, se movía como pez en el agua y se reía cada vez que me salpicaba.

No me hubiera importado quedarme anclada en ese instante para siempre.

La vida era perfecta. Perfecta sin Anna.

El universo siempre encuentra la manera de devolverte lo que el destino te arrebató con violencia.

—El Karma. Es el Karma —me convencía a mí misma frente al espejo—. Todo el mal que haces vuelve a ti multiplicado.

Y sonreí como la bruja maléfica del cuento.

Anna

Nadie, por más que intentase ponerse en mi lugar, podía saber cómo me sentía de verdad. La primera noche que pasé en casa de mi hermana pude, después de mucho tiempo, dormir del tirón; sin embargo, la mirada negra y aquella voz mecánica seguían lacerantes dentro de mi cabeza. Las imágenes se iban sucediendo en una dirección y luego en la contraria, imágenes nuevas y antiguas; una maquinaria del vértigo reanudando su movimiento perpetuo. No sabía qué era inventado y qué era real. Aún podía sentir el pecho atrapado en una mordaza, el miedo mordiéndome las entrañas, gotas de sudor corriendo por mi frente, mi memoria desbocada y enferma tratando de reconstruir todo el conjunto de sucesos hasta encajarlo en una sola pieza.

Cuando desperté, desorientada y con las extremidades doloridas, creí que seguía en el zulo, así que grité lo más fuerte que pude con el sentimiento conocido de destrozarme las cuerdas vocales. Lara no tardó ni un segundo en aparecer.

—Solo ha sido una pesadilla, cariño. Todo irá bien... todo irá bien... —repitió hasta comprobar que los latidos de mi corazón volvían a la normalidad.

«¿Y tú cómo puedes saberlo?», me hubiera gustado recriminarle. Tenía la necesidad de herir los sentimientos de alguien.

Lara no encendió el televisor en toda la mañana que pasamos encerradas en su apartamento. Tampoco compró la prensa y me tenía terminantemente prohibido buscar información en Internet sobre lo que se decía de mí. Me tenía, como suele decirse, protegida en una burbuja.

—¿A qué hora te dijo Adrián que fueras a casa? —preguntó por preguntar, como si no soportara el silencio y la distancia que se había creado entre nosotras. Ella se sentía incapaz de hablar de lo poco que sabía con respecto a la muerte de mi raptor. A mí no me apetecía esforzarme en recordar y mucho menos inventar parajes que no tenían nada que ver con la cruda realidad.

¿Lo había matado de verdad?

¿Qué pasó?

¿Cómo pude escapar?

Me veía a mí misma dentro de una película de terror analógica.

Primera escena: Encerrada en el zulo donde nunca me encontraría nadie porque se hallaba bajo tierra. Nadie escarba tan profundo. Tenía los muslos ensangrentados. El clip punzante en una mano había cumplido su misión una vez más.

Segunda escena: Mi raptor entró con la pistola. Mi primer pensamiento fue: «Hoy sí me va a matar».

Cuarta escena: Corriendo por el bosque. Huyendo del mal. La experiencia fue tal

como imaginaba que sería una crisis nerviosa. Veía la cara cubierta por el pasamontañas de mi raptor en todas partes: mirándome desde las ramas de los árboles, persiguiéndome por el prado que se extendía entre los serpenteantes brazos del río y, al poco tiempo, quinta escena: a salvo en una casa ajena.

¿Cuándo ardió el revelado de la tercera escena? ¿En qué recoveco de mi memoria lo había escondido? ¿Fue tal el trauma que obligué a mi mente a desechar el instante vivido? Era como si me hubiera practicado una lobotomía a mí misma. Mi mente era una pizarra borrada. No quedaba nada salvo el polvo.

—A las cinco —contesté distraída al cabo de un rato que Lara respetó, dejándome sumida en mis pensamientos.

—Bien. Me he tomado la libertad de comprar un par de entradas para que vayas con Samu a Indoor Karting, un circuito de Karts que hay en Sant Feliu de Llobregat. Aparte del futbol e ir al cine, los Karts le fascinan.

—¿Karts?

«¿Cuándo se había hecho tan mayor para poder ir a los Karts?», se preguntó la parte de mí que no vivía en el mundo real, en el presente.

—¿Estás nerviosa?

—¿Lo voy a conocer? A mi hijo, digo. ¿Lo voy a conocer?

Mi pregunta pareció extrañarle.

—Bueno, aunque está más alto, nadie cambia tanto en un año como para no conocerlo —contestó sonriente—. Hay vínculos que ni el tiempo es capaz de romper, Anna.

—Eso dicen. Pero yo no era la mejor madre para él, tú lo sabes. ¿Sabes cuántos momentos recuerdo con mi hijo? —Negó con la cabeza—. Dos. El día que nació y el último día que lo vi.

*

Anna

Miércoles 17 de abril de 2019

Dos días antes de desaparecer

Samuel se esforzaba mucho, muchísimo, en llamar mi atención y complacerme, pero lo único que conseguía era agotarme y crisparme los nervios porque elegía siempre el peor momento.

¿Es que nunca veía que estaba ocupada? ¡Era tan pesado!

—¡Mamá, mira el dibujo que te he hecho! —exclamó emocionado. Corrió a mi lado dándome toquitos en la espalda mientras yo atendía una llamada de teléfono de mi representante, con quien siempre discutía, lo cual hizo que lo apartara de mi lado de un manotazo.

—Ahora no, estoy ocupada.

—¡Pero mira, mira, te he pintado a ti! —insistió, mostrándome la tableta gráfica de última generación de la que se había encaprichado.

—¡Adrián! —grité, dándole la espalda a Samuel—. ¡Adrián, por favor, llévate al niño a casa de tus padres! ¡No lo soporto!

Ni siquiera lo miré. Me quedé con el recuerdo de su sollozo distante, el ruido de los pasos de Adrián bajando las escaleras, llevándoselo fuera. Pocos minutos más tarde, enzarzada en una discusión que ni siquiera recuerdo, me desconcentró el rugido del Porsche que alejó a mi hijo de mí.

Luego, el silencio. La calma. La soledad deseada.

Fue la última vez que lo vi y, como siempre, lo rechacé.

Mala madre.

*

Anna

Llegó el momento. Nerviosa, le dije a Lara que entrase conmigo, pero dijo que no porque tenía que hacer varios recados y volvería a por mí en un par de horas. Me quedé un rato en la acera observando la valla que me separaba de la que ya no sentía mi casa. Lara aún esperaba dentro del coche a que diera un paso.

—¿Has criado raíces en el asfalto? —preguntó, mirando a su alrededor impaciente.

Desde donde estaba, veía las ventanas de la segunda planta. La fachada, blanca e imponente, parecía rechazarme, como si, al igual que Adrián, me increpase por haberme ido. No era capaz de moverme, pero no tardaría en comprender a qué venía tanta prisa.

—No me fui —murmuré—. Yo no me fui, me llevaron.

Reprimí las lágrimas, me sacudí el ardor que subía y bajaba por la garganta y, antes de que unos periodistas ávidos corrieran en avalancha hacia mí, Lara me empujó. Rápidamente, crucé la acera y toqué el timbre varias veces con desesperación, bloqueada y sin saber qué hacer para que los obturadores de las cámaras no capturaran mi momento de confusión. Preguntas y más preguntas que no quería escuchar. Sedientos por un nuevo titular, por una fotografía de mi cara cadavérica, la prensa se precipitó contra mí. No sé cuántas personas eran, sus caras se me antojaron difusas, pero a día de hoy los recuerdo como un ejército entrenado para salir a matar. La voz de Lara, que había salido del coche para rescatarme, sonó a lo lejos y, por fin, un ruido. La puerta metálica se abrió. Cerré de golpe dejando a mi hermana sola ante el peligro y entré. El jardín delantero de la casa me pareció más grande a como lo recordaba. El ruido, los flashes, las voces, seguían ahí, al otro lado, donde ya no podían hacerme daño. Divisé a Adrián, que me esperaba con el hombro apoyado en el quicio de la puerta de la entrada, a solo unas cuantas baldosas de distancia. Nos miramos fijamente durante un minuto. Me hubiera gustado saber en qué estaba pensando. Puede que, tal y como solía ocurrirnos, sobre todo al principio de nuestra relación, compartiéramos un mismo recuerdo en un mismo instante.

*

Anna

Martes 9 de noviembre de 2010

—Anna, deja la Blackberry un momento, por favor... Solo un momentito —suplicó Adrián aparcando el coche frente a una casa ubicada en lo alto de la zona de Sarriá.

—¿Seguro que tiene buenas vistas? —pregunté, absorta en la pantalla del móvil.

—Las mejores de la ciudad —aseguró contento.

—Genial, pues vamos. En media hora tengo cita en la peluquería.

El comercial, un hombre de unos cincuenta y tantos años con problemas de hiperhidrosis, me pidió un autógrafo para su mujer. Acto seguido, abrió la verja con manos temblorosas. Era probable que estuviera a punto de conseguir la venta del año.

—Como verán, la entrada...

—El jardín delantero es muy pequeño y no me gustan esas baldosas. Son horteras —interrumpí, poniendo los ojos en blanco al fijarme en los enanitos que decoraban el jardín, y escribiéndole un mensaje a un modelo de Lacoste que había conocido hacía dos días en una fiesta.

Apenas me fijé en los relucientes suelos de mármol, en el rimbombante salón que los anteriores propietarios tenían decorado con figuritas pasadas de moda de principios del siglo XX, y mucho menos en la cocina blanca con isla. Emití un suspiro al mismo tiempo que Adrián, como si hubiera viajado a la luna, exclamó un: «¡Uauhhh!» exagerado. El comercial, orgulloso, abrió la puerta corredera que llegaba desde la cocina hasta el salón, y salimos al jardín trasero. No podía decir que era pequeño, tampoco que las vistas no me parecían lo suficientemente buenas porque no había visto un *skyline* de Barcelona tan espectacular en mi vida, ni siquiera desde el parque del Turó del Putxet, así que solté lo primero que se me ocurrió:

—¿Uauhhh, qué? La piscina de mi ático es más grande.

—¿Más grande? Pero ¿qué estás diciendo, Anna? —se quejó Adrián—. Por favor, ¿podría dejarnos solos? —le pidió al hombre.

—Claro —asintió el comercial mirándome con el rabillo del ojo, mientras yo leía un chiste del modelo de Lacoste que me costó pillar.

—¿Qué te pasa? No quieres una casa más grande ni vivir conmigo, ¿no? ¿Es eso? Cuando el otro día saqué el tema de los hijos, yo...

—Deja el tema de los hijos, Adrián. No voy a tener hijos —aclaré.

—Anna. Anna, deja el móvil y mírame.

—¡¿Qué?!

Tembloroso, como si fuera a morderle, se acercó a mí, me rodeó por la cintura y, con toda la paciencia y calma de la que fue capaz, me susurró al oído:

—Te quiero. Nunca he querido a nadie como te quiero a ti, Anna. Quiero pasar el resto de mi vida contigo.

Cualquier mujer hubiera caído rendida a sus pies. Yo, sin embargo, me

exasperé.

—Joder. Vale. ¡¿Cuánto cuesta?! —grité.

El comercial, sudando pese a ser noviembre, se acercó rápido hasta nosotros y, como si estuviera confesando un pecado, contestó:

—Cinco millones de euros.

—Genial. Es nuestra. Arregla el tema del papeleo, Adrián, que a mí esas cosas me dan pereza y se me dan fatal. ¿Me llevas al centro o llamo a un taxi? Venga, espabila, que tengo prisa.

*

Anna

Caminé despacio sin dejar de mirar a Adrián. Por una parte, me moría de ganas de llegar al umbral y decirle que, en todo el tiempo que ese loco me tuvo encerrada, no había dejado de pensar en Samuel y en él. En mi familia. Que nada de lo que brillaba a mi alrededor tenía tanta importancia como ellos dos, y que ojalá pudiera retroceder en el tiempo para hacerlo mejor. Para quererlos mejor.

—Hola.

—Hola. Pasa.

Me recibió frío como un bloque de hielo. Distante, me acompañó hasta el salón donde Samuel, tan rubio, alto y espigado como lo recordaba, estaba sentado en el sofá jugando a la Play. Me quedé muda cuando sus ojos me devolvieron la mirada por una milésima de segundo. Eran azules como el mar, como los de mi padre.

—Samu, deja la Play, por favor.

—Déjame en paz —contestó rabioso.

—Samu —balbuceé, acercándome con tiento—. Samu...

Mi voz ya no era voz, solo un sollozo.

Disparos procedentes del televisor, el clic de unos dedos con las uñas mordisqueadas sobre los incontables botoncitos del mando, la mirada asesina de un padre desesperado y, de nuevo, la voz mecánica susurrando:

«—Es el Karma, querida Anna. Todo el mal que haces vuelve multiplicado a ti».

—¡Basta! —grité, agachando la cabeza y tapándome con fuerza los oídos.

Samuel, paralizado, mirándome como si estuviera loca, lanzó el mando al sofá. Los disparos desaparecieron; solo pude oír un gruñido por parte de Adrián y, seguidamente, los pasos rápidos de mi hijo corriendo en dirección a las escaleras. Dos minutos. Un portazo. Se había encerrado en su habitación. Sentí el cuerpo flácido e informe. El dolor glacial que sentía en el pecho se reavivó, como si nunca hubiera remitido tras mi secuestro. Una añoranza insondable por lo que nunca supe apreciar, un pozo en el que un guijarro podría caer sin llegar jamás al fondo.

—¿Dónde está Inés? —pregunté con la voz quebrada y la mirada fija en el recorrido que acababa de hacer mi hijo para huir de mí.

—Le dije que se fuera. No es buena idea que os veáis.

—Soy más fuerte de lo que crees; puedo con eso y más. Puedo verla sin que me afecte lo más mínimo —mentí—. Cualquiera en mi lugar seguiría recluida en una cama de hospital incapaz de enfrentarse al mundo después de un año encerrada en un zulo enterrado bajo tierra.

—Anna...

—Solo quiero saber una cosa. ¿Estabas con Inés antes de que me secuestraran?

—¿Y tú? ¿A cuántos te follaste desde que empezamos a salir? —me atacó.

—Te he preguntado primero.

—Sí, ya estaba con ella —confesó sin vacilar.

—Intentaste que me declarasen muerta para apoderarte de todo y casarte con

ella —concluí.

—¡Porque de veras pensaba que estabas muerta, Anna! No había nada que hiciera presagiar que volverías. Entiendo que todo esto te pertenece y no voy a poner ninguna objeción mientras no te lleves a Samu. El dinero, la casa, todo, absolutamente todo, es tuyo, te pertenece; me da igual. Pero no te vas a llevar a mi hijo.

—Creía que te habías casado conmigo por el dinero —lo provoqué—. Que aguantabas mis escarceos para seguir con este nivel de vida sin dar un palo al agua porque tu sueldo como guionista mediocre no te da ni para presumir de tu querido Porsche.

Si quería herirlo, creo que lo conseguí. Inspiró hondo para calmar los nervios y, con la mirada fija en el suelo, los brazos cruzados en posición de defensa e incomodidad y la voz temblorosa, dijo:

—Qué equivocada has estado siempre, Anna. Me das pena, de verdad. Mucha pena.

—Voy a subir a su habitación.

—No —me detuvo agarrándome del brazo con fuerza—. Ya ha tenido suficiente.

—¡Es mi hijo! —grité zafándome de él.

—No quiere verte —zanjó—. Para él no eres su madre, nunca ejerciste como tal, ¿recuerdas? Desde que te fuiste lloró cada noche. Cada puta noche... Notó tu ausencia, presintió desde el minuto uno que algo iba mal, pero el amor que le dio Inés lo salvó. No sé si te tiene rencor por tus desplantes, supongo que sí, pero lo que está claro es que lo perdiste desde mucho antes de irte.

—¡Que no me fui, joder! Si visitaras el lugar donde me tuvieron encerrada un año, trece putos meses, Adrián, lo entenderías. Lo entenderías todo. —Me puse a llorar—. Y me perdonarías. Y volverías conmigo, y...

—¿En serio crees que puedo volver contigo después de todo? Estoy con una mujer que durante todo este tiempo me ha hecho feliz. Acéptalo. Ella sería incapaz de hablarme con el desprecio con el que siempre me has hablado tú. ¡Me tratabas como si fuera basura!

—No quieres a Inés. No la quieres, siempre me has querido a mí.

—Sigues siendo tan manipuladora como siempre —escupió.

—No —negué acercándome de nuevo a él—. Dime que no me quieres y me iré.

—No te quiero, Anna.

—Dilo mirándome a los ojos —le ordené.

—No te quiero.

Su mirada me fulminó.

*

En las calles del Raval, en ese mismo momento

Teresa Castro y Ángel Salgado, tras bucear toda la mañana en la vida de Inés Caro, condujeron hasta la zona del Raval. Nacida en Talavera de la Reina, sus padres emigraron a Barcelona en el año de los Juegos Olímpicos, 1992, cuando ella tenía seis años. Se instalaron a vivir en un humilde piso de la calle d'Espalter, cerca de donde su padre, fallecido en 2012 de un repentino infarto, trabajó como cocinero en el Bar Marsella, uno de los más antiguos de la Ciudad Condal. La madre enfermó de fibromialgia y murió cuando Inés tenía solo catorce años.

—No ha debido tener una vida fácil —reflexionó Teresa, caminando por las estrechas calles del Raval en dirección al Bar Marsella, el único lugar que habían relacionado con Inés, ya que en su historial laboral no constaba ningún trabajo; Anna le pagaba en negro, no llegó a darle de alta en la seguridad social.

—Deberíamos preguntarle a Anna por qué la contrató —propuso Salgado—. Inés no llegó a terminar bachillerato, no tenía estudios de contabilidad ni experiencia.

—Mientras no sea necesario, no quiero meter a Anna en esto. Después de lo que ha sufrido lo mejor es dejarla tranquila por el momento. Estamos teniendo mucha suerte de que la muerte de su secuestrador no haya saltado a la prensa.

—La teoría de los seis grados —recordó Salgado, haciendo memoria para explicarlo como lo había hecho Teresa el día anterior—. Cualquiera puede estar conectado a otra persona a través de una cadena de conocidos que no tiene más de cinco intermediarios conectando a ambas personas con solo seis enlaces —concluyó, deteniéndose junto a la inspectora frente al número 65 de la calle de Sant Pau, donde se erigió ante ellos el Bar Marsella. A través del cristal, comprobaron que la barra estaba atestada de estudiantes y turistas.

—¿Y si no son seis grados, y si son dos? ¿O tres? —reflexionó Teresa—. ¿Y si Jesús Olmos era un cliente habitual de este bar? ¿Pudo conocer a Inés en el local donde trabajaba su padre como cocinero? ¿O es posible que Jesús durmiera en alguna de estas calles? —se preguntó, más para sí misma que para su compañero, mirando a una anciana que pedía limosna frente a la Farmacia Masana, a cuatro pasos del bar.

—Vamos a ver.

Pisar las baldosas hidráulicas del suelo del Bar Marsella fue como viajar al pasado. El mobiliario era viejo, parecía que el techo se te iba a caer encima debido al papel desquebrajado, y las paredes decadentes sujetaban espejos amarillentos que ampliaban el local tenuemente iluminado.

Los policías saludaron al hombre que había detrás de la barra.

—¿Qué les pongo? —preguntó.

Disimuladamente, Teresa le enseñó su placa.

—¿Podría hablar con el propietario del local? También me vale la persona que más tiempo lleve trabajando aquí.

—Mi madre, *la Lola*. Está en la cocina —contestó el camarero con el ceño fruncido—. Les acompaño.

Cruzaron el animado bar hasta llegar a una cocina pequeña en la que había una mujer bajita y regordeta empanando pollo y otra más joven con la mirada perdida en el horno.

—Buenas tardes, señora —saludó Teresa, dirigiéndose a la mujer bajita y regordeta, mostrando de nuevo su placa—. Soy Teresa Castro, inspectora de la División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra.

—Ángel Salgado, subinspector.

—Dolores Giménez. *La Lola* —se presentó la dueña del local limpiándose las manos con el delantal.

—Queríamos hablar con usted sobre Inés Caro, la hija de Juan Caro, que trabajó como cocinero durante veinte años en este bar —empezó a decir Teresa.

—En paz descanse —se persignó la mujer recibiendo la visita de los policías con fingida normalidad—. Era un gran hombre. Llegó con las manos vacías desde Talavera en el año 1992, cuando la ciudad se vio beneficiada con decenas de miles de empleos y turismo gracias a los Juegos Olímpicos. Qué tiempos aquellos —suspiró nostálgica—. Juan cocinaba de maravilla; los clientes se volvían locos con sus callos a la andaluza. No llegó ni un solo día tarde. Jamás se puso enfermo. El trabajador ideal. Pocos quedan así hoy en día.

—¿Qué nos puede decir de su hija?

—Ay, *la Inés...* esa muchacha ya es otro cantar —rebufó—. ¿Qué quieren saber? ¿Qué ha liado esta vez? Porque desde que pasó aquella desgracia ya sabía yo que acabaría mal.

—¿Qué desgracia? —se interesó Teresa.

—Marieta, empana el pollo, que yo tengo que ir a hablar con estos señores a la trastienda.

Lola se encendió un cigarro y, misteriosamente, como si fuese el capo de una mafia, les hizo un gesto a los inspectores para que la siguiesen hasta la trastienda, un pequeño patio descuidado repleto de cajas y botellas, con la pintura de las paredes descerrajadas cubiertas de madreSelva.

Lara

Los celos me corroían por dentro cada vez que veía a Martina besándose con el actor guaperas de turno en el decorado. Pocas eran las veces que salían a rodar al exterior; el ochenta por ciento de la serie se grababa en el salón de los marqueses, varios dormitorios, la botica, la taberna, el taller de costura o las calles con adoquines de plástico y casas de cartón de un pueblo con apariencia de principios del siglo XX. El equipo de arte hacía un trabajo fantástico con el decorado y la ambientación y a los de vestuario, maquillaje y peluquería también había que aplaudirles. Tanto en televisión como en directo, sentías que habías viajado en el tiempo. Debido a esos celos que me ponían de mal humor, no solía ir a menudo al set de rodaje; no entendía por qué a Adrián le gustaba tanto ir a buscar a mi hermana a ese mismo lugar en el que dejó de ser la estrella cuando el tal Jesús Olmos decidió que su destino era estar encerrada bajo tierra.

Martina llevaba puesto un vestido que perteneció a Anna cuando era la protagonista de una de las series de mayor éxito en España; reutilizar el vestuario suele ser algo habitual en televisión. Gracias a la elevada audiencia, que cada tarde a las cuatro y media se quedaba pegada al televisor, la serie llevaba siete años en antena. También se emitía en Italia, Francia e Inglaterra. Los telespectadores estaban locos por esas historias de amor y misterio ambientadas en el pasado; personajes humildes a los que la vida les regalaba aventuras, casi todas trágicas y lacrimógenas, que superaban con coraje. Cuando en abril del año pasado Anna desapareció, los productores, temiendo el fin de la serie, detuvieron el rodaje durante dos semanas sin saber qué hacer. Martina Pierron, mi novia desde hacía cuatro meses, era un personaje secundario que interpretaba a una prima de Anna. Al final, los guionistas crearon una trama que, en lugar de ser paralela, se convertiría en principal, y así fue cómo Martina pasó a ser la nueva estrella de *El secreto de Amalia*.

—¡Cooooorten! —gritó el director.

—Puedes pasar, Lara —me dijo uno de los ayudantes de producción guiñándome un ojo.

Eran las seis de la tarde, la hora en la que las tres unidades de rodaje bajaban el toldo y se iban a sus casas tras doce horas de intenso trabajo. A mi alrededor, el equipo técnico empezó a recoger luces y cables con rapidez.

Martina, atusándose el pelo y despidiéndose de su compañero, al que había acabado de besar en los labios con efusividad, vino corriendo hacia mí.

—¡Hola, mi amor!

Parecía contenta. Imaginé que había tenido un buen día.

—Hola, guapa.

Le di un pico en los labios sin pensar en las babas del actor, cuya cara salía cada dos por tres en mi televisor recomendándome la mejor pasta dentífrica del mundo. Me negaba a comprarla.

—¿Me cambio de ropa y vamos?

—Estás muy sexy vestida de 1905 —refí.

—Este corsé me está matando.

—Bueno, la verdad es que solo quería verte. Tengo que irme rápido a buscar a mi hermana.

—¿Cómo está?

—No lo sé —contesté confusa, recordando sus gritos en mitad de la noche mientras dormía.

—Anna es muy valiente. Muchísimo. Lo superará.

—Solo ha estado dos días en el hospital. A cualquier persona normal la hubieran tenido en observación durante semanas después de algo así.

—Lara, ¿cómo está Anna? Dile que la esperamos para cuando esté preparada para volver —nos interrumpió el director sin detenerse.

—Se lo diré.

Martina bajó la mirada. Supe exactamente qué era lo que estaba pensando. Por aquel entonces, ni se me pasaba por la cabeza que pudiera ser la primera interesada en que mi hermana desapareciera, pese a haber sido una de las más beneficiadas.

—Si vuelve estoy acabada —musitó.

—No va a volver —le prometí, no muy convencida de mis palabras—. Y, en cualquier caso, haré lo posible para que no te robe el protagonismo que tanto te ha costado conseguir.

—¿Me lo prometes?

Asentí.

Nunca hagas una promesa si no estás segura de que la vas a poder cumplir.

Inés

La tarde en la que Adrián me echó de casa para no coincidir con Anna, cogí un taxi y volví a mis orígenes humildes del Raval. Ya no era el barrio conocido por su alta criminalidad y prostitución al que vine a vivir en el 92; se notaba que el Ayuntamiento había hecho un esfuerzo para que fuese una zona moderna y contemporánea, mezcla vibrante de vida en la calle con galerías, librerías, estudios de arte, bares y restaurantes vanguardistas. Hacía dos años que no pisaba sus estrechas y oscuras calles de la gente sencilla, la de toda la vida, que convivían con la frecuente visita de turistas. Tenía la necesidad de volver al bar donde mi padre se rompió los cuernos trabajando en la cocina durante veinte años hasta que su corazón se rompió y dijo *basta*. Antes de llegar siquiera, me visualicé a mí misma elevando la vista hacia la ventana del primer piso del número 8 de la calle d'Espalter, imaginando que mi madre seguía ahí dentro postrada en la cama mientras yo hacía los deberes a su lado. La mesilla de noche resultó ser un buen escritorio improvisado. Pero, sobre todo, quería volver a verlo a él y borrar de mi mente la noche en la que Anna Guirao destrozó mi pequeño mundo. No obstante, mi paseo no duró mucho rato. Para no llorar ni atragantarme con mi dolor, evité adentrarme en la calle donde viví para no mirar hacia esa ventana provista ya de otras vidas e historias, y entré directamente en el Bar Marsella. Estaba como siempre; es uno de esos lugares en los que el tiempo se detiene.

—Martín, ¿cómo estás? —saludé al camarero, el hijo de *la Lola*, la dueña del local.

—Inés, cuánto tiempo —sonrió incómodo. No era la reacción que esperaba después de tanto tiempo, la verdad—. No has venido en un buen momento. Hay dos polis en la trastienda hablando con mi madre.

—¿Dos polis?

—Sí, un hombre y una mujer. Antes de volver a la barra me he quedado escuchando a ver qué decían, y preguntaban por tu padre y por ti.

—¿Por mí por qué?

—Tú sabrás lo que has hecho, Inés —contestó adoptando una expresión seria.

—Gracias, Martín. Me alegra haberte visto.

Sin mirar atrás, salí del bar que durante tanto tiempo me acogió, primero para estar cerca de mi padre mientras él trabajaba, y luego como camarera cuando no tenía ni un solo euro en el banco. Fue ahí, precisamente en esa misma barra en la que Martín me advirtió de la presencia policial, donde conocí al amor de mi vida.

*

Inés

Martes 14 de enero de 2014

Se llamaba Manuel, aunque yo aún no lo sabía, y llevaba viniendo al bar tres meses, desde que empezó a trabajar en una obra cercana en octubre de 2013. A las siete de la mañana, nada más abrir la persiana del local, entraba con su sonrisa deslumbrante y su mono limpio. Un día a la semana venía a comer, aunque su economía no era lo suficientemente desahogada para permitirse venir a diario; normalmente se llevaba un bocadillo de casa. Pese a que mi turno terminaba a las cinco, me quedaba hasta las siete de la tarde para verlo. Volvía, puntual, con el mono de trabajo sucio y repleto de arenilla blanca, a tomar una cerveza. Cuando no venía con algún compañero de la obra, se sentaba a la barra y hundía la cabeza en un libro, cada semana uno distinto. Yo lo miraba con el rabillo del ojo y, claro, después de tres meses haciendo dos horas extra por la cara, tenía que llegar el momento en el que Martín, a gritos, me dijera:

—¡Inés, que parece que vivas aquí! ¿No tienes que salir a las cinco?

Manuel levantó la vista del libro. Nuestras miradas se encontraron, como siempre, pero supe que ese momento era diferente. Que, por fin, después de tres meses, iba a dar el paso.

—Inés —murmuró sonriente—. No conozco a ninguna Inés. Yo me llamo Manuel, pero puedes llamarme Manu.

—Me gusta Manuel.

—Mi turno también acaba a las cinco —confesó divertido con los codos apoyados en la barra y el cuerpo echado hacia delante—. He estado tres meses viniendo a las siete de la tarde porque pensaba que era la hora a la que acababas de trabajar. Cada día, durante estos tres meses —recalcó—, he estado buscando el valor para decirte lo que por fin te voy a decir ahora.

—Q-q-qué... ¿El qué? —balbuceé.

—¿Quieres salir conmigo?

*

En la trastienda del Bar Marsella, en ese mismo momento

Teresa sujetaba el móvil con la grabadora en marcha para que todo lo que contase *la Lola*, fuera relevante en la investigación o no, quedase registrado.

—Claro, graba, graba. Que luego os olvidáis de las cosas —objetó la mujer. Le dio una calada honda al cigarrillo y, con los ojos entrecerrados, empezó a hablar—: Inés era una buena chica, pero del estilo de chicas que tienen mala suerte, como si las hubiese mirado un tuerto. De esas a las que siempre les pasan cosas malas. Su madre murió cuando era una adolescente y su padre, que la adoraba, solo pasaba por casa a dormir porque siempre estaba aquí metido. Aquí, aquí fue.

—¿Aquí fue el qué? —se interesó el subinspector Salgado mirando al punto de la pared donde señalaba *la Lola*.

—Aquí fue donde murió Juan, el padre de Inés. Cada vez que salgo a fumar un pitillo me acuerdo de él y me pregunto muchas veces si no me pasará lo mismo. Él también fumaba como un carretero. Aprovechó un descanso, salió a la trastienda y ya no volvió a la cocina. Lo descubrimos una hora más tarde, pobrecillo. Yo decía: «Si que tarda el Juan. Se estará fumando el paquete entero». Y nada, la diñó. Así de fácil. Ahora estás y, en un minuto, ¡puf!, desapareces. Ya han pasado ocho años. El caso es que Inés se quedó sola y sin dinero; el poco que tenía había cubierto los gastos del funeral de su padre que más que ahorros tenía deudas. Le prometí que, mientras *la Lola* viviera, no le faltaría de nada, y así fue durante un tiempo. Trabajó aquí de camarera. Al principio un poco torpe, luego mejor. Caía bien. Gustaba a los clientes. Pero conoció a Manuel y todo se torció.

—Por un casual, ¿a Inés se le daban bien los números?

—Oh, vaya que sí. Me llevaba toda la contabilidad. Mi gestor estaba que no cabía de gozo. Me decía: «Hombre, Lola, por fin un poco de orden en las facturas». La pobre no llegó a terminar el bachillerato. Sus notas no eran lo suficientemente altas como para que le dieran una beca y no tenía dinero para pagarse la Universidad, claro. Su sueño era ser abogada. No sé dónde viven ustedes, agentes, pero paseen por estas calles. En cada rincón verán un montón de sueños rotos.

—Volvamos al tema de Manuel —instó Teresa—. ¿Quién era?

—Un obrero. Trabajó en una obra aquí al lado... creo que fue en 2013, 2014... Sí, 2014. Ese fue el año que Inés dejó de trabajar en el bar y se fue a vivir con él. Yo le decía: «Niña, espérate, que lo acabas de conocer. ¿Qué vas a hacer sin trabajar?». Pero no me hizo caso. La dicha le duró unos pocos años. Como si a la pobre le hubiera caído una maldición, Manuel murió en trágicas circunstancias a principios de 2016.

Anna

Tras el segundo «No te quiero» mirándome a los ojos como un cordero degollado, Adrián tragó saliva y dio un paso hacia delante impreciso y torpe.

—¿Puedo? —preguntó sin estar seguro.

—Puedes —contesté temblando.

En cuanto me rodeó con sus brazos y enterró su rostro en mi pelo, sentí un escalofrío que me recorrió la espina dorsal. Suavemente, arrastró sus manos cálidas hacia mi espalda, me masajé un par de segundos la nuca y, finalmente, las aposentó en mis mejillas. Estuvo así durante un rato negando con la cabeza, luchando contra sí mismo y mirando embelesado mis labios, hasta que apartó las manos de mi cara y retrocedió.

—Tienes que irte.

—Quiero volver.

—No podemos, estoy con Inés.

—Qué ironía. ¿No estabas casado conmigo cuando te acostabas con ella?

Me fulminó con la mirada. ¿Quién era yo para echarle en cara eso? ¿Quién era yo cuando, en el momento en que un modelo con el vientre más duro que una tabla de planchar se me ponía a tiro, no era capaz de apartarme y contestar: «No puedo, estoy casada»?

—Mañana hablaré con mi abogado y lo arreglaré todo. Sé que no te gustan los temas burocráticos, así que intentaré que tengas que hacer lo menos posible. Firmaremos el divorcio, Inés y yo alquilaremos algo, ya veremos, y te dejaremos la casa.

—No quiero la casa. Os quiero a vosotros. A Samu y a ti.

—Lo que quieras me da igual, Anna. Las cosas son como son, lo siento.

—Quedaos con la casa. Quédate con la mitad de mi dinero —balbuceé perdida

—. Ya me buscaré la vida. Volveré a trabajar.

Intenté que mi tono fuese lo más natural posible. Adrián empezó a boquear como un pez fuera del agua.

—¿Estás pensando en volver a trabajar? —se sorprendió, sin dar crédito a que tanta generosidad saliera por mi boca.

—Tengo que aprovechar ahora que no hacen otra cosa que hablar de mí, ¿no? —contesté irónica.

—Cuando los policías me dijeron que habías aparecido, te imaginé muerta de miedo. *Shock* postraumático, pérdida de memoria, debilitada... Lo normal en casos de secuestros. Un año, joder. Un año y un mes —rumió—. Así fue más o menos como te encontré en el hospital. Eras incapaz de hablar. Y, al cabo de unas horas, tu recuperación milagrosa trastocó mis planes.

—¿Qué planes?

—Los de volver a perderte.

—¿Qué estás diciendo?

—Que deseé que estuvieras muerta, Anna. Lo deseé con todas mis fuerzas y si

no te lo digo reviento. De hecho, aún lo deseo. ¿Me convierte eso en una mala persona?

Me invadió un repentino agobio, como si Adrián, de repente, se hubiese convertido en el enemigo.

Tenía que salir de allí.

Mi corazón, palpitando fuerte en mi pecho, intuía un peligro real si seguía más tiempo en esa casa.

—Anna, no te vayas. No, espera... No quería decir eso...

Su voz se difuminó como volutas en el aire a medida que aceleré mis pasos sin darle oportunidad a que me alcanzara. Salí al jardín y, antes de abrir la puerta metálica que daba a la calle, alcé la vista de manera inconsciente. Samuel me estaba mirando desde la ventana de su dormitorio. Desde la distancia, vi en sus ojos un atisbo de odio que conocía bien. Era como mirarme en un espejo.

*

Anna

Miércoles 25 de diciembre de 2019

Ocho meses desaparecida

Mi raptor llegó con un par de mantas marrones más comunes en un campamento de guerra que en pleno siglo XXI. Lo oí canturrear un villancico mientras caminaba por el pasillo; era Navidad. Traté de contar con rapidez los palitos que había marcado en la pared. Había más de doscientos. Más de doscientos días eternos encerrada en ese cuchitril frío, con goteras y humedad, teniendo que soportar el hedor de mis propias deposiciones que sobresalían de la letrina pegada a la pared.

—¡Ho Ho Ho! ¡Ya es Navidad!

Llevaba anudada al cuello una barba blanca que cubría la mitad del pasamontañas y un estúpido gorro de Papa Noel. No pude hacer otra cosa que reírme de él.

—¿Dónde vas, ridículo?

—¡Es Navidad! —repitió emocionado con su voz mecánica.

—Se te ha quedado la misma panza gorda y asquerosa que a Papa Noel.

Le escupí en la barba en cuanto abrió la verja. Se puso a llorar. Tiró las mantas al suelo con rabia.

—Cierra y vete si no quieres que te dé una paliza.

—¿Por qué eres tan mala conmigo? —sollozó—. Te estoy cuidando.

Ese fue uno de los días en los que casi logré escapar. Mi mente debilitada se me presentaba poco lúcida, pero de un impulso fruto de la desesperación, conseguí levantarme del rincón, cogí el clip y se lo clavé en la cara provocando un corte en el pasamontañas que me mostró una barba incipiente negra. A parte de los ojos, fue lo máximo que pude ver de mi raptor. Dio un alarido como el de un lobo. Salí corriendo, pero el suelo del pasillo estaba mojado, el agua me llegaba hasta los tobillos, mis pies descalzos resbalaban y trastabillaba a cada paso que daba, como si estuviera en una pista de hielo. Tras el alarido, volvió la risa. Esa risa. Tendría que haberle clavado el clip en el ojo o, mejor aún, en la yugular.

«Otro día», me prometí, cuando su mano grande me alcanzó y me tiró con violencia al suelo llevándome a rastras de vuelta a mi celda.

Perdí el conocimiento.

Al cabo de unas horas, cuando desperté, la escasa luz que entraba por el agujero se había ido. Medio mundo celebraba la Navidad en el calor de sus hogares mientras yo marcaba un día más en la pared, cubriéndome con unas mantas roñosas que apestaban a perro muerto.

Lara

Anna me esperaba sentada en el bordillo de la acera. Las rodillas pegadas a su cuerpo, las manos temblando, la mirada fija en un punto indefinido de la calle y el cabello cubriendo la mitad de su rostro pálido y ojeroso. Así la recuerdo.

Levanté la vista hacia la casa. La luz del dormitorio de mi sobrino estaba encendida; pude ver su silueta desde la calle.

—Anna. Anna, siento llegar tarde...

No me escuchaba. No me veía.

Dudo que Anna fuera consciente de que a unos metros había dos agentes que me saludaron con un gesto seco de cabeza. Llevaban todo el rato ahí, protegiéndola en la sombra. «Quizá debería contratar a un guardaespaldas», pensé.

—Anna... —insistí, levantándole la barbilla para que me mirara. Pero, por más que sus ojos parecieran ir dirigidos a mí, seguían sin verme—. Vámonos a casa.

Le mandé un wasap a Martina cancelando el plan que teníamos para esa noche. Contestó con un par de emoticonos: una cara triste y un corazón, y añadió: «Cuidala. Espero verla pronto. Un beso».

Metí a mi hermana en el coche. Parecía un títere al que poder mover a tu antojo. No era la misma mujer que en el hospital insistía en que la sacasen de allí, que estaba bien, que solo necesitaba descansar y comer algo decente. No era la misma que, con temple, le contó a Teresa algunos detalles de su cautiverio, el recuerdo de unos ojos negros que ya no existían. Lo había matado ella o se había quitado la vida. Seguía siendo un interrogante cuya respuesta se escondía en algún rincón perdido de su memoria.

—Anna, ¿vamos al hospital? ¿Quieres hablar con la psicóloga?

Negó con la cabeza y cerró los ojos.

Llegamos a mi apartamento. Anna no debía pesar más de cincuenta kilos por lo que, prácticamente, la arrastré hasta la cama y la tumbé. Le acaricié la frente, no parecía que tuviera fiebre, pero estaba sudando. Temblaba. No sabía qué hacer. Llamé a la doctora.

—Ha quedado con Adrián esta tarde, para ver a Samuel, su hijo. Cuando he ido a buscarla estaba ida. Ni siquiera parecía que me viera. Es una suerte que en ese momento no hubiera prensa merodeando por ahí.

—¿Ha hablado?

—No. Solo gesticula. Dice sí o no con la cabeza.

—¿Dónde estáis?

—En mi apartamento. La he metido en la cama, le haré una tortilla para cenar. Necesita comer algo. Está pálida, fría, temblorosa y con sudores —relaté—, pero no tiene fiebre.

—Deja que descanse. Que coma algo si le apetece. Es posible que algo la haya

asustado o impactado, que haya recordado algún episodio traumático —supuso—. Si mañana sigue así, tráela al hospital.

—Está bien, gracias.

Colgué y, acto seguido, llamé a Adrián para pedirle explicaciones. ¿Qué había pasado? ¿Qué le había dicho? ¿Se había atrevido a echarla de su propia casa?

«Samuel no quiere verla».

¿Era posible que el rechazo de su hijo la hubiera puesto así de enferma?

Adrián no cogió el teléfono.

Las preguntas se me iban amontonando con infinitas elucubraciones de lo que le había ocurrido a mi hermana en su casa. Le mandé un correo electrónico a mi jefe; necesitaba más días libres antes de volver a la redacción. Anna no estaba bien. Quiso aparentar que lo estaba, no sé con qué motivo, pero la realidad era obvia.

«Nadie puede ser tan fuerte».

Al cabo de un rato, mientras preparaba una tortilla de setas, la preferida de Anna, recibí la respuesta de mi jefe:

De: Pol Granch [mailto: PGranch@barcelonahora.com]

Para: Lara Guirao

<LGuirao@barcelonahora.com>

Asunto: Propuesta

Tómate los días que necesites, querida. Mientras la redacción te espera, escribe sobre tu hermana. Nadie mejor que tú puede hablar de su reaparición y sería genial que *Barcelona* ahora tuviera la exclusiva de lo que de verdad ocurrió. La prensa está muy perdida. ¿Quién la secuestró? ¿Dónde ha estado todo este tiempo? Solo hay sospechas no infundadas y tú, como periodista, estás en tu obligación de desvelar la verdad.

¿Lo harás por mí?

Pol

Mi respuesta fue tajante, escueta y rápida. «Ni hablar», contesté. Ni la muerte ni la identidad de su secuestrador se había filtrado a la prensa y, si lo hacía, mi hermana estaba destinada a convertirse en una heroína o, lo que es lo mismo siendo como era, en un monstruo.

*

Jueves 21 de enero de 2016

Monstruos en la noche

Jueves.

Las tres y media de la madrugada.

Barcelona oscura, desierta y extrañamente silenciosa. Una espesa neblina cubría la fría ciudad; en lo alto de la montaña de Montjuïc los muertos presumían de tener vistas al mar. Las calles mojadas refulgían con el tintineo de la luz de las farolas y el camión de la basura acababa de terminar la ruta en la zona portuaria de Colón. La estatua del descubridor de América, custodiada por sus fieles leones, sería el único testigo indirecto de lo que estaba a punto de suceder.

Una pareja de enamorados paseaba de la mano por las calles lóbregas de la Ciudad Condal. Eran felices. Se habían acabado de mudar a un piso pequeño de un viejo edificio de la calle de l'Argenteria, en pleno corazón del transitado barrio del Born. Esa noche habían ido a cenar a casa de unos amigos, se les había hecho tarde e iban un poco bebidos. Se desviaron del camino. La pareja de enamorados no tendría que haber estado cruzando a esas horas el Paseo de Colón, pero a ella se le antojó ver las estrellas sentada en un banco del paseo marítimo. Así es como suelen ocurrir las desgracias: estando en el lugar equivocado. Estar, simplemente estar, cuando deberías haberte ido a otro lugar. La tragedia se ensaña contigo haciéndote ver lo peligroso que es desviarte del camino cuando ya es demasiado tarde para cambiar tu destino.

El semáforo se puso en verde.

Él, tambaleante, dio un paso adelante. Ella se quedó atrás, hipnotizada por los faros de un enorme coche oscuro y salvaje que cruzaba la avenida a toda velocidad.

De repente, un golpe.

El cuerpo del hombre volando por los aires, golpeado con violencia contra el capó del coche y lanzado al asfalto sin compasión.

El chirrido de unas ruedas al frenar.

Luego, el silencio.

La mujer, sola en la acera, contempló el cuerpo sin alma de su enamorado. Había sangre por todas partes, sobre todo en la cabeza. Los ojos de él abiertos, febriles, mirándola aún desde la fría soledad que produce la muerte inesperada. Qué grotesca visión para la enamorada.

La mujer que conducía salió del coche seguida del copiloto, un hombre alto y rubio que la empujaba y la cogía del brazo para que volviera dentro.

—¡Vámonos! ¡Está muerto! —le gritaba con acento inglés—. ¡Hay que salir de aquí!

*

En comisaría, esa misma noche

Teresa Castro, encerrada en su despacho, escuchaba a través de la grabadora del iPhone el testimonio de Lola Giménez, *la Lola*, la dueña del Bar Masana. Manuel Torres, pareja de Inés Caro, murió atropellado por un coche que se dio a la fuga la madrugada del jueves 21 de enero de 2016 en el Paseo de Colón, cerca de la estatua. El suceso no había tenido repercusión en los medios. Teresa tardó más de dos horas en dar con los informes judiciales y forenses. La única testigo, en estado de *shock*, era Inés, la novia desconsolada. Sirvió de poca ayuda para identificar al conductor que atropelló a Manuel Torres y se dio a la fuga.

—Demasiada coincidencia —comentó Salgado.

—El coche se dio a la fuga. Inés solo fue capaz de decir que era un coche grande y negro, nada más. Se escudó en su estado de confusión para no revelar la verdad; es obvio que no memorizara o apuntara la matrícula mientras su novio se desangraba y moría en la calle, pero puede que sí identificara a Anna Guirao y decidiera tomarse la justicia por su mano entrando a trabajar para ella dos años más tarde.

—Eso sí tendría sentido —murmuró el subinspector.

La inspectora Castro, dejándose llevar por su intuición, llamó a Lara.

—Siento llamarte a estas horas —se disculpó—. ¿Cómo está Anna?

—Mal, está mal —contestó Lara en un susurro—. Por lo menos ha cenado y ahora está durmiendo. Estoy haciendo guardia en el sofá para asegurarme de que no haga ninguna tontería, pero no para de gritar. Grita, insulta... hace un rato me ha dado miedo. Ha ido corriendo hasta un rincón y se ha sentado hecha un ovillo con las manos en la cabeza, como si viera cosas. Se ha arrancado un mechón de pelo y se ha rascado con tanta fuerza los muslos que se le han formado yagas. Mañana iremos a visitar a la doctora. Lo mejor será que la vuelvan a ingresar; yo no sé qué hacer.

—Siento oír eso, Lara. Te he llamado para preguntarte si tu hermana tenía un coche grande. De color negro.

—Sí, siempre le ha gustado conducir coches grandes. Hace años tenía un Porsche Cayenne negro.

—¿Lo sigue teniendo?

—No, ese no. Lo recuerdo perfectamente porque me encantaba. Por lo visto atropelló a un jabalí en una de sus excursiones por el campo y le dejó el capó hecho un desastre. Lo vendió.

—¿Recuerdas cuándo fue?

—Mmmm... —meditó Lara—. No sabría decirte, Teresa, soy muy mala para las fechas.

—¿Principios de 2016? —la ayudó la inspectora.

—Sí, porque creo que fue justo después de Navidad... Sí, es muy probable —confirmó.

—Genial, gracias.

—¿Qué tiene que ver con el secuestrador? ¿Es relevante?

—Creo que sí.

La inspectora colgó el teléfono sin querer dar más explicaciones y miró a su compañero.

—Anna Guirao tendría que haber sido detenida por homicidio imprudente con agravante de no socorrer a la víctima.

—¿Y qué pruebas tenemos, Salgado? A día de hoy ninguna; se reirían de nosotros. El coche ya no existe y, aunque podríamos presionar a Anna para que confiese, solo nos estamos dejando llevar por una posibilidad entre cientos, mientras escarbamos en la vida de Inés, sospechosa por haber organizado su secuestro o incluso haber planeado su muerte sin éxito. Ha pasado demasiado tiempo y, según Lara, Anna no está bien. Ahora lo que tenemos que hacer es centrarnos en encontrar alguna relación entre Inés Caro y Jesús Olmos, la supuesta cabeza de turco —zanjó Teresa, sintiéndose impotente por no hallar la manera de otorgarle justicia a la muerte de Manuel Torres.

Anna

El odio que sentí por mi hermana cuando me llevó de vuelta al hospital, fue similar al que sentía por mi raptor cada vez que se arrodillaba frente a mí y me toqueteaba la cara. De nuevo me vi rodeada de aquellas máquinas, en interrogatorios sin final; otro TAC, para asegurar que todo estaba bien; de vuelta a la misma cama y al insoportable olor a antiséptico; soportar el ruido de los zapatos de goma de las enfermeras, el traqueteo de las camillas y el de las sillas de ruedas.

—¡Quiero salir de aquí! —vociferé con lágrimas en los ojos. Grité, grité, grité aún más fuerte hasta desgarrarme la garganta. Lo único que conseguí fue que me atasen de pies y manos. Las visiones de la noche anterior habían desaparecido; culpaba a Adrián y a mi hijo de que mi estado de nervios se hubiera visto agravado de una manera tan descontrolada. No entendía qué me estaba pasando—. ¡Soltadme! ¡Os voy a denunciar a todos!

Me pincharon algo. No sé el qué, pero me quedé grogui al instante. La última persona a la que vi fue a mi hermana. Estaba tras el cristal, quieta en el pasillo.

Sonreía.

*

Anna

Jueves 19 de septiembre de 2019

Cinco meses desaparecida

La noche anterior había llovido. Conseguí quedarme dormida escuchando el repiqueteo de las gotas de lluvia sobre el césped, a tan solo una capa de tierra por encima de mí. Si tan solo hubiera tenido un palo, un bate de béisbol, un hacha... podría haber derribado a mi raptor, que aquel día chapoteaba en el pasillo inundado cantando el *Cumpleaños feliz*.

—¿Qué se celebra? —le pregunté, mirándolo tras los barrotes.

—Hoy se cumplen cinco meses desde que nos enamoramos; hoy es nuestro cumple mes —contestó, mostrándome una magdalena con una vela encendida.

—¿Cinco meses enamorados? ¡Uau! —me reí.

—Ya te estás riendo otra vez de mí —replicó compungido, abriendo la verja—. Bueno, te perdono, cariño. Sopla la vela.

Cogí la vela y, sin poder parar de reír, se la acerqué a los ojos. Ojos negros como el plumaje de un cuervo, ojos negros atemorizados; la llama de la vela reflejada en su enorme pupila dilatada.

—¡No me quemes! ¡No me quemes! —chilló, retrocediendo con rapidez, saliendo al pasillo y volviéndome a encerrar—. Por haber sido mala, hoy te quedas sin comer.

Lanzó la magdalena con rabia al suelo. Cuanta mayor era su locura, mayor era mi miedo, pero sabía cómo disimularlo; ser cruel siempre se me había dado bien. Pese a las rebosantes bandejas de comida que solía traerme, llevaba días negándome a probar bocado. Necesitaba estar despierta y comer me provocaba tanto sueño... Tenía un hambre voraz, así que, cuando se fue, no me quedó otro remedio que comer las migajas imaginando que era un festín. A menudo, para huir de esa pesadilla, cerraba los ojos y me veía a mí misma con un vestido maravilloso hecho a medida en mitad de una sala atestada de gente famosa. Música, conversaciones banales, flashes capturando el momento: «¡Aquí, Anna, aquí! ¡Mira a cámara, Anna! ¡La más guapa de la fiesta!». Sentada sobre la fría piedra mojada, me imaginaba en el programa de Laura Sans. Todas las actrices moríamos por ser entrevistadas por Laura en su magazine matutino, en ese plató grande y vistoso lleno de luz y de color. Luego, abría los ojos y volvía al mundo real. Tan real que parecía imposible que algo así me estuviera ocurriendo a mí.

Cinco meses.

De fondo, la voz mecánica de mi raptor tarareaba el *Cumple mes feliz*.

*

Anna

La primera persona a la que vi cuando abrí los ojos tras lo que me pareció un larguísimo sueño, fue a la inspectora sentada a mi lado. Estaba tan quieta que parecía un espejismo. Me costó ubicarme, pero al ver a mi hermana en el pasillo, como si no se hubiese movido de ahí, me di cuenta de que seguía en el hospital. Sentía la boca seca, pastosa, pero tenía las manos atadas, por lo que, con un gesto, le indiqué a Teresa que me acercara el vaso de agua que había sobre la mesa. Me ayudó a beber.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó.

—He tenido días mejores.

—Parecía que estabas bien.

—Estuve peor. Tardasteis trece meses en encontrarme.

—Vengo a hacerte unas preguntas, Anna.

—Ahora mismo no tengo la mente muy clara.

—Responde solo a lo que sepas —me animó, mirando la libreta que sostenía entre las manos—. Tu raptor se llamaba Jesús Olmos, ¿te suena ese nombre?

—Ya le dije a mi hermana que no.

—Falleció el día que lograste escapar.

—No puede ser —murmuré echándome a temblar.

—Solo quiero saber qué ocurrió, Anna.

«Un disparo. Sangre. Miedo. Corre. Corre lo más rápido que puedas. Antes de que venga. Escóndete. Lejos, donde no pueda verte. Cuanto más corras, más lejos llegarás. Corre. Corre. No te detengas».

Era confuso.

Seguía sin recordar.

—Es posible que oyera un disparo, pero no... no tengo claro ese momento. Muchos de los momentos que he vivido a lo largo de este último año los he olvidado, ¿sabes? Estaba en mi celda. Vino, como siempre. Y, de repente, no recuerdo nada más; solo me veo a mí misma corriendo por el bosque.

—De acuerdo, tranquila. Tal y como declaraste, Jesús, que siempre te hablaba con un distorsionador de voz, dijo que las órdenes venían de arriba.

—Sí.

—Por lo tanto, Jesús no era más que un enviado por alguien que quiso hacerte desaparecer. Es duro preguntarse quién puede querer matarte, pero ¿tienes enemigos?

—¿Enemigos? —reí—. Vayas donde vayas encontrarás a gente que me odia, pero es un odio que proviene de la envidia. Es por mi éxito. Por mi carrera. Todos querían tener mi vida.

—Todos, incluida Inés Caro.

La contundencia de sus palabras me demostró que era una afirmación, no una pregunta.

—Inés.

—¿La entrevistaste antes de contratarla?

—Sí. Bueno... —murmuré haciendo memoria.

—¿Bueno qué? —se impacientó la inspectora mirando en dirección a mi hermana que, de brazos cruzados, seguía observándonos desde el pasillo.

—Mi anterior ayudante y contable desapareció de la noche a la mañana — empecé a decir—. No pudo soportar la presión, como las cinco anteriores que había tenido en tres meses. La aparición de Inés fue repentina y, ahora que lo pienso, extraña, sí, pero estaba tan desesperada por encontrar a alguien que me llevase el tema económico y gestionara mi agenda y redes sociales, que le dije que estaba contratada casi al instante.

*

Anna

Miércoles 7 de febrero de 2018

Mi teléfono no paraba de sonar. Correos electrónicos, mensajes, miles de notificaciones de redes sociales que desquiciarían a cualquiera... Llevaba cinco días sin Cintia, mi última ayudante, y creía que iba a volverme loca. La había llamado varias veces, pero no contestaba a mis llamadas. Me di por vencida. Adrián me dijo que me tranquilizara, que quizá había tenido alguna emergencia, algún problema en Venezuela, donde residía su familia. Pero yo ya sabía que no iba a volver a verla. Era una persona demasiado sensible para soportarme. Necesitaba reservar un vuelo de ida y vuelta a París para ese mismo fin de semana entre otras muchas cosas, cientos de cosas, pero la serie me tenía inmersa en una vorágine agotadora. Trabajaba de lunes a viernes, jornadas de doce horas sin parar, de seis de la mañana a seis de la tarde y, cuando llegaba a casa, tenía que estudiar las secuencias para el día siguiente, y así cada día. Le estaba contando mis desgracias a la maquilladora en el camerino, cuando entró por la puerta una mujer bajita y delgada de ojos verdes y melena castaña recogida en una coleta baja. La maquilladora le preguntó arrogantemente quién era y ella, mirándome solo a mí, se acercó y, sonriente y resuelta, se presentó:

—Mi nombre es Inés Caro y he venido a solucionarle la vida.

—¿Qué quieres? ¿Una foto? ¿Un autógrafo?

—No, no soy una fan.

—Ah.

«Qué decepción».

—Me refiero a que sí, la admiro, señora Guirao, pero vengo por un tema que sé que la tiene preocupadísima.

—Mal empezamos si me tratas de usted y me llamas señora Guirao.

La maquilladora y yo, cómplices, nos echamos a reír.

—Lo siento. Anna. ¿Mejor? —Asentí—. Soy seguidora tuya en Instagram y, en tu última foto, muy graciosa, por cierto, tirándote de los pelos y poniendo morritos, he leído que buscabas a una ayudante, que la última te ha dejado tirada. Bueno, tengo experiencia. He sido *Community Manager* durante dos años de Valeria Santorini, la modelo argentina, ¿sabes quién es?

—Cinco millones de seguidores en Instagram.

—Sí. Y también de Paulina Vega, Miss Colombia 2013, a la que además llevé la contabilidad y la agenda durante seis meses.

—¿También eres contable? —me sorprendí.

—Y de las buenas —asintió divertida guiñándome un ojo—. He estado viviendo en Miami tres años, pero ya estaba cansada del «Hola, mi *amol*» y he vuelto a Barcelona, mi ciudad. No estoy casada, no tengo novio ni hijos, por lo que podré dedicarme cien por cien a ti.

—¡Estupendo! ¿Cómo has dicho que te llamas? —pregunté maravillada, como

maravillada me había quedado al escuchar el nombre de Valeria Santorini, por la que siempre he sentido una envidia insana por sus piernas kilométricas.

—Inés.

—Inés, estás contratada. Toma, mi móvil. Retoca la última foto que me he hecho y súbela a las redes, pon lo que quieras, una frase bonita o algo así. Reserva dos billetes en primera clase a París para este fin de semana. Quiero disfrutar de la ciudad del amor; del hotel ni te preocupes, en cuanto entro por la puerta del Rochester Champs Elysees despachan a quien esté en la suite para alojarme a mí —reí—. Espérame fuera, que luego hablamos del contrato y de tu sueldo.

*

Anna

»—Me cayó tan bien... La metí en casa sin saber quién era en realidad. No me importó ni me extrañó que se colara en mi camerino; ahora entiendo que tuvo que burlar al equipo de seguridad de la entrada. Tal vez indagó en el horario de más fácil acceso. No sé. No lo pensé. Vivía tan acelerada que ni siquiera comprobé si su experiencia laboral era cierta.

—Inés Caro nunca ha cruzado el charco.

—Supongo. Y tampoco conocía a Valeria Santorini, claro —deduje sintiéndome ridícula—. No le di de alta en la seguridad social porque me dijo que, por el momento, prefería seguir cobrando el paro. Le pagaba dos mil euros en negro cada mes. ¿Voy a tener problemas por eso?

—No soy Hacienda.

—Ya.

—Anna, Inés Caro era la novia de Manuel Torres. ¿Te suena ese nombre?

—No.

—Manuel fue atropellado la madrugada del 21 de enero de 2016 por un coche que Inés recordaba grande y negro, aunque no fue capaz de dar más detalles.

Enmudecí.

—Ocurrió a las tres y media de la madrugada en un semáforo de Paseo de Colón —añadió—. El conductor se dio a la fuga. Sabemos que, en aquella época, tú tenías un Porsche Cayenne negro. Tuviste un accidente con un jabalí que te destrozó el capó y lo vendiste. ¿Fue así?

—El jabalí. Sí, me acuerdo —disimulé. Intenté decir algo más, mentir como una bellaca sin que se me notara, pero se me entrecortó la voz.

Nos sumimos en una pausa que se alargó hasta convertirse en un silencio que flotaba en el aire como una nube de niebla. Teresa crispó las facciones y prosiguió:

—Anna, ¿atropellaste a un hombre y te diste a la fuga?

—¿A un hombre? ¡No! —negué, sacando a relucir mis mejores dotes de actriz—. Pobre Inés, no sabía que tenía un pasado tan trágico. Siempre sonreía, era amable. No sé, parecía feliz.

—Nunca llegamos a conocer del todo a las personas, Anna, ni siquiera a las más cercanas.

La doctora se asomó a la puerta y le hizo un gesto a la inspectora, que cerró de inmediato la libreta, donde no había anotado nada en el rato que estuvimos hablando. Por lo visto, mi ritmo cardíaco se había acelerado, por lo que no era conveniente seguir alterándome.

—Tengo que irme.

—Teresa, diles que me desaten. No soy peligrosa y ya estoy más tranquila.

—Esa máquina no dice lo mismo —señaló—. Pero haré lo que pueda.

—¿Crees que Inés tuvo algo que ver con mi secuestro?

—Es una de las candidatas a querer verte muerta, me temo —se sinceró—.

Sobre todo, teniendo en cuenta que es posible que te reconociera la madrugada en la que atropellaste a su novio, el «jabalí» que te destrozó el capó de tu Porsche Cayenne, y no dijese nada para tomarse la justicia por su mano tiempo después.

—No, yo no...

—No me he caído de un guindo, Anna —zanjó Teresa cabreada.

*

Anna

Jueves 21 de enero de 2016

¿Cómo se llamaba?

Tenía un nombre extranjero. Frederick, creo. Se llamaba Frederick, era modelo y le gustaba presumir de sus fotografías en calzoncillos. Tenía un aire a Hugh Grant en sus buenos tiempos y, aunque no le pregunté la edad para no sentir complejo de asaltacunas, no aparentaba más de veinticinco. Lo conocí, como venía siendo habitual, en una fiesta. Enseguida se acercó, hablamos durante toda la noche, nos dimos nuestros teléfonos y prometimos volver a quedar. A mí no me sonaba de nada, pero tenía quinientos mil seguidores en Instagram, por lo que debía ser conocido en su país. Tenía sentido del humor, cuerpo de Adonis y besaba de una manera adictiva. Se notaba que tenía práctica. Se me ponía la piel de gallina cada vez que mordisqueaba mis labios cuando su lengua jugueteaba con la mía durante minutos intensos y salvajes, en un reservado oscuro de la sala Bling Bling, la más elegante y exclusiva del Eixample barcelonés.

Horas más tarde, de madrugada, cogí el coche ebria. Frederick no paraba de reír. Me iba a explotar la cabeza.

—¿Dónde vives?

—En el Born.

—Te llevo a casa.

Las calles de Barcelona eran mías. Ni un solo coche, ni una sola alma. Puse el Porsche a ciento cincuenta por hora; bordeé la estatua de Colón a ciento setenta. Un semáforo en ámbar. Aceleré. No quería detenerme. Y, de repente, un golpe.

¿Qué había pasado?

El tiempo se ralentizó.

Las estrellas titilantes en el cielo oscuro de la noche empezaron a difuminarse; solo escuchaba los gritos de Frederick:

—¡Vámonos! ¡Vámonos! Hemos matado a alguien, joder. ¡Vámonos de aquí!

Mi cabeza contra el volante. La frente sangrando. Medio cristal desquebrajado por el cuerpo que había visto volar ante mis ojos y chocar contra el capó.

Frené más adelante. Las ruedas de mi coche chirriaron impactando contra el asfalto. Temblando, salí a la calle y vi una silueta desangrándose bajo la luz mortecina de una farola. Frente a él, una mujer paralizada, horrorizada por lo que había acabado de ocurrir. Nos miramos durante un par de segundos hasta que Frederick, alterado, me agarró del brazo y me arrastró de vuelta al interior del coche.

—¡Acelera! ¡Acelera, Anna, tenemos que huir! —chilló haciendo aspavientos con las manos.

No pensé.

Simplemente, me dejé llevar y aceleré. Cuando dejé al modelo inglés en el portal

del viejo edificio donde vivía, me dijo:

—Nadie te advierte que la vida seguirá siendo complicada después de hacer lo correcto. Creo que nos hemos librado de una buena.

No volví a hablar con Frederick, pero no olvidaría sus palabras. Tampoco volvimos a vernos; compartíamos un secreto demasiado terrible. Había matado a un hombre por la imprudencia de conducir a una velocidad imposible de controlar bajo los efectos del alcohol. Solo el dinero y el poder podían sacarme de esa situación y eso fue lo que hice, aunque no dormí durante meses, imaginando que me descubrirían y vendrían a detenerme.

¿Había cámaras en ese punto que pudieran haber grabado el accidente?

¿Aquella mujer me reconoció?

¿Las ruedas de mi coche, al frenar de una manera tan violenta, dejaron algún rastro en el asfalto que pudiera identificarme?

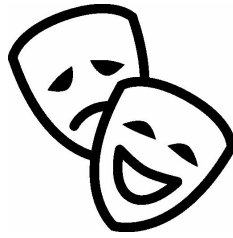
No, no había cámaras de seguridad ni dejé ninguna pista de mi paso por allí.

Tuve suerte.

Después de cuatro años, gracias a la información de la inspectora, al remontarme a esa noche helada de invierno, podía ver claramente que la mujer era Inés, pero se trataba solo de una orden de mi cerebro, porque en realidad no la recordaba y nunca la recordaría. Todo estaba muy oscuro. En mi retina solo se quedó grabado a fuego la silueta del hombre al que atropellé. Su sangre. El ruido que hizo al impactar contra el coche.

Ni siquiera, a día de hoy, sé cómo era su cara.

PARTE -2



JUNIO

En junio lloverá, pero antes tronará

Anna

Solo las personas que consiguen pasar página y tienen la fortaleza de olvidar los pasajes más traumáticos de su pasado, aunque este sea reciente, llegan al lugar que les pertenece sin secuelas ni remordimientos. Traté de ocultar mi locura por mi propio bien y hacer ver que el estrés postraumático no era tan evidente, pero lo cierto es que se trata de una secuela que puede cambiar a cualquiera, incluso a la persona más fuerte. Es un maremoto que no podemos evitar; cuando te embiste, lo hace con todas sus fuerzas.

Rodeada de periodistas, acostumbrada a sus preguntas incómodas y a la curiosidad que, después de un mes, seguía despertando, crucé el umbral de mi casa en compañía de mi hermana. Al entrar, me encontré con el vacío, con el eco de mi propia voz.

—Se han ido —murmuré al abrir la puerta. No había ni rastro de vida. Se llevaron las fotografías enmarcadas que vi sobre los muebles la última vez que estuve ahí—. ¿Tú lo sabías? ¿Sabías que ya no estarían cuando llegásemos?

—¿Y qué esperabas? Ya sabes cómo es Adrián. No se le da bien enfrentarse a situaciones incómodas.

Inquieta, me pasé los dedos por el cabello.

—No pueden hacerme esto. Samuel es mi hijo, quiero verlo.

—No quiere verte, Anna, ya lo hemos hablado muchas veces. Tiene ocho años, no tres; toma sus propias decisiones.

—Es Inés. Inés le ha comido la cabeza.

Abrí la puerta corredera de la cocina y salí al exterior. Encendí un cigarro. Una brisa cálida me recibió cuando me situé frente a la piscina, el lugar donde Jesús me robó la vida.

—Tienes suerte de no estar en la cárcel, Anna —apremió Lara detrás de mí.

—¡Ella fue la que mandó a ese loco a que me raptara! ¡Ella es la bruja! —grité perdiendo los nervios—. La inspectora lo sabe tan bien como yo y no hacen nada. ¡Nada! Están permitiendo que una desequilibrada mental viva con mi hijo.

—No, Anna —negó Lara contundente—. No hay pruebas contra ella, fue solo una sospecha no infundada. Creo que Teresa se equivocó. No han encontrado nada que la vincule con Jesús; por mucha venganza que buscara al empezar a trabajar contigo, no creo que fuese ella quien maquinara un plan tan retorcido como ese.

«Entonces, ¿quién?», me callé. Cabía la probabilidad de que ya no hubiera peligro. De que Jesús Olmos se inventara el cuento de la bruja y el comentario de «Órdenes de arriba» para no sentirse tan miserable. Dije que no estaba bien de la cabeza; la inspectora me lo confirmó. Por lo visto, tenía una discapacidad intelectual del treinta por ciento. Empecé a entender muchas cosas cuando lo supe.

—Todo está tal y como lo dejé —murmuré mirando a mi alrededor—. No ha cambiado nada.

Pero en realidad habían cambiado muchas cosas.

Me descalcé, me senté en el borde de la piscina y metí los pies en el agua. Lara, a mi lado, hizo lo mismo con la cabeza apoyada sobre mi hombro.

Estaba sola. Sola como a mí me gustaba, pero a esas alturas, después de todo lo vivido, entendí que la soledad impuesta no es una bendición, sino un castigo.

Había recuperado mi documentación, volvía a existir para el mundo. Me encontraba en mi casa, había recuperado mis propiedades, y tenía parte de mi dinero porque decidí que la mitad podía quedársela Adrián. Yo no necesitaba tanto.

—Te deseo lo mejor —le dije la última vez que lo vi.

—Yo también a ti, Anna —contestó cabizbajo, antes de recordarme que tenía que ir al juzgado para firmar los papeles del divorcio. Dolió como si me clavara un puñal en el corazón.

—¿Es eso lo que quieres?

Asintió y desapareció de mi vista como un tornado.

Desde la distancia, Inés me miraba fijamente. Sonrió triunfal cuando Adrián se acercó a ella, le susurró algo al oído y se largaron cogidos de la mano. Me vino a la cabeza la noche en la que maté a su novio sin tener la menor idea de quiénes eran. Recordé que al día siguiente compré todos los periódicos nacionales y vi los informativos del canal 24 horas, pero por lo visto, había accidentes más importantes de los que hablar. Ni un solo titular. La imagen de lo que ocurrió esa noche estaba más vívida que nunca en mi memoria, más, incluso, que los ojos negros de mi raptor. Hay momentos en la vida que te marcan para siempre y ese fue uno de ellos. La inspectora me advirtió que no le mencionase el tema a Inés pese a que yo seguía negándole que hice lo que hice.

—Haz como que no lo recuerdas —me recomendó.

—Pero es que no lo recuerdo, no sé de qué me hablas, Teresa. Yo no maté a nadie, solo atropellé a un jabalí —insistí, pensando que la inspectora me quería tender una trampa.

—Basta. No me tomes por idiota —se cabreó. Pero yo seguía sin ceder. Después de un año encerrada bajo tierra, no iban a meterme en prisión por un error que cometí hacía cuatro años. No, no podía permitirlo. Sabía que, después de tanto tiempo, no tenían pruebas para culparme, por lo que ese capítulo de mi vida no me quitaba el sueño.

—Quiero estar con mi hijo —sollocé.

—Lo sé —asintió Lara.

Nos quedamos en silencio, abrazadas. Siempre juntas, en lo bueno y en lo malo.

—¿Vas a decirme quién es tu novia?

Había estado dos semanas en el hospital, cuatro días atada de pies y manos por mis imprevisibles ataques de ira e histeria; brotes psicóticos, diagnosticaron erróneamente al principio debido a las alucinaciones que padecí. No eran más que típicos terrores nocturnos a causa del secuestro, opinaron días después. Solo yo sabía lo que veía y oía: los ojos negros de mi raptor acechándome, sus pasos de gigante viniendo a por mí, su voz mecánica, susurros y disparos. Siempre disparos, como si me atravesaran el cerebro. Luego, de vuelta a la realidad, llegaron las reuniones con abogados y un acuerdo amistoso con Adrián, que me suplicaba tiempo con respecto al

rechazo de Samuel. Y, para rematar mi ocupada agenda, interrogatorios que quise ver como charlas entre amigas con la inspectora Teresa. El tiempo no había dado para mucho más, pero en ese instante de calma, recordé que Lara dijo que, cuando me enterase de quién era la persona con la que estaba saliendo, me iba a sorprender. Lo que aún no sospechaba era que iba a ser para mal.

—Le he dicho que venga a cenar esta noche.

—¿Dónde? ¿Aquí? Pero ¿la conozco?

—Sí.

—¿Es compañera tuya en el periódico?

—No.

—¿Periodista?

—No.

—¿Cantante?

—No.

—¿Famosa?

—Pse...

—¿Modelo?

—Podría.

—¿Actriz?

—Bingo.

—Madre mía, no me dejes así. ¡Dime quién es! —reí.

Ojalá no me hubiera enterado nunca de quién era mi nueva cuñada. Ojalá me hubiera dejado un mes más con la duda.

*

Anna

Viernes 22 de noviembre de 2013

Martina Pierron era mejor actriz que yo y todo el mundo lo sabía. También mucho más guapa, pero jamás lo admitiría en público. Se movía por el plató como si todo cuanto había a su alrededor le perteneciera, algo que había aprendido de la mejor, yo, pero existía una diferencia entre ambas. Ella necesitó hacer un casting para conseguir un personaje secundario en la serie; yo no. Mi fama en la India y mis populares películas en la cumbre de Bollywood me ensalzaban; mi personaje fue creado para mí desde el minuto uno.

—¿Quieres ensayar? —preguntó un día entrando en mi camerino sin avisar.

—¿Nunca te enseñaron que hay que llamar a la puerta antes de entrar? —le dije de malas formas ignorando su petición de ensayo.

—Lo siento.

Río como una idiota, como ríen las hienas cuando un productor importante que te puede dar el papel de tu vida cuenta un chiste malo en una fiesta. Salió del camerino, tocó a la puerta dos veces y volvió a entrar.

—¿Te estás quedando conmigo?

—Yo... no... —balbuceó.

—Sal de mi vista inmediatamente.

Falsedad o masoquismo, cuanto peor trataba a Martina, más amable era ella conmigo; no lo entendía. Creía que era una estrategia para desquiciarme y de veras lo conseguía. Luego, a mis espaldas, estaba convencida de que me ponía a caer de un burro.

Por aquel entonces, no sabía que íbamos a tener que compartir tantas escenas; solo llevábamos un mes grabando y la serie aún tardaría tres meses en emitirse. A partir de ese momento, aunque conociese a Martina desde hacía años porque solía colarse en las fiestas donde no la invitaban, me gané una enemiga que cada vez iba ganando más protagonismo en una serie que me pertenecía. Sin mí, *El secreto de Amalia* nunca habría sido lo que fue, aunque cuando se empieza un proyecto televisivo nadie te asegura nada; la audiencia es la que manda. Martina, aparentemente, era una enemiga más, sin importancia e indefensa, pero a la que tenía que soportar a diario. A cada fiesta que iba, ella estaba ahí, dos pasos por delante de mí, vistiendo modelitos más caros, favorecedores y elegantes. Llegaba a los *Photocalls* antes que yo. Se ligaba a tíos que estaban más buenos que los míos. En las entrevistas lucía unas carillas blancas y perfectas que hacían que su sonrisa luciera más deslumbrante o, al menos, más sincera. Eso era lo que decían de ella, que, comparándola conmigo, tenía las de ganar porque desprendía una naturalidad que yo jamás había conseguido en todos mis años de carrera. Incluso algún programa del corazón interesado en enfrentarnos para que fuéramos a hacer uno de esos polígrafos cutres, se atrevió a decir que pronto

ocuparía mi lugar, que yo pasaría de moda porque era solo un artificio, un producto de marketing, una falsedad. Que la auténtica estrella era un personaje secundario que terminaría desbancando a la «vieja». Así me llamaban, «vieja», aunque solo fuese dos años mayor que ella.

¿En qué momento le empezaron a gustar las mujeres?

¿Por qué, de entre todas, había elegido justamente a mi hermana?

Lara

Temía el encuentro entre Martina y Anna. La estancia de mi hermana en el hospital me ayudó a retrasar el momento. Era consciente de que no se llevaban bien desde que empezaron a grabar la serie en 2013, aunque ya se conocían de antes. Ambas eran competitivas, concebían el mundo de la interpretación como una jauría de lobos hambrientos en el que tenían que ser superiores al resto, pero tenía la ilusa esperanza de que eso cambiara después de que Anna supiese que tenía una relación con «la enemiga». Desde que salió del hospital mi hermana parecía otra persona. Yo, en su lugar, habría mandado al cuerno a Adrián. Que se espabilase por su cuenta sin un puto céntimo en lugar de darle la mitad de su dinero. No estaba obligada a nada, pero lo hizo; supongo que por Samuel. Gracias al dinero de mi hermana, Adrián pudo alquilar una casa a las afueras alejando a mi sobrino de su madre y rehaciendo su vida con una mujer a la que la inspectora había dado por perdida.

—No tenemos pruebas de que Inés haya podido estar involucrada en el secuestro —comentó Teresa—. Tu hermana tiene suerte de que no haya testificado en su contra, de que no haya vuelto a mencionar el atropello de Manuel Torres.

—Sería su palabra contra la de mi hermana, Teresa. En el caso de que lo atropellara Anna, que no lo sé, después de tanto tiempo ya no hay pruebas que la incriminen —traté de defenderla.

Pero Teresa y yo sabíamos que Anna atropelló a la pareja de Inés en 2016. El tema se convirtió en un tabú entre mi hermana y yo; se negaba a hablar de ello mientras a Teresa seguía diciéndole que no tuvo nada que ver con ese accidente y que quién recuerda qué hizo hace cuatro años cuando con esfuerzo nos cuesta acordarnos qué comimos el día anterior.

—Seguiré indagando —prometió Teresa.

Hacía semanas que no sabía nada de la inspectora. Creía que el caso estaba estancado en un punto muerto; que, quizás, Jesús Olmos decía por decir lo de: «Órdenes de arriba», y simplemente se trataba de un perturbado. El único implicado. Era lo que Anna necesitaba creer para sentirse a salvo, para no seguir sufriendo alucinaciones, de las que te engañan mostrándote fantasmas que en realidad no están ahí. Y yo también necesitaba creer que solo había sido obra de un loco, que no había nadie implicado en la sombra. Teresa no tenía nada, como tampoco quedaba rastro del atropello que cometió mi hermana. Milagrosamente, la muerte de Jesús Olmos seguía sin trascender a la prensa; la única que interesaba era Anna, no el secuestrador.

«¿Quién fue el responsable de su desaparición?», seguían preguntando, elucubrando posibilidades, escribiendo mentiras, sin saber nada en realidad.

Nadie conocía su nombre y, a esas alturas, sabía que, probablemente, nunca saldría a la luz. Anna había vuelto, era lo único que importaba, y la noticia, poco a poco, dejaba de ser de interés. Seguirían persiguiéndola como perseguían a Martina por otros motivos, amoríos y poco más, pero los trece meses que Anna vivió bajo tierra

quedarían en el olvido como tantos casos de desaparición y violencia.

—Cuida de tu hermana —me aconsejó Teresa la última vez que la vi.

Le retiraron la vigilancia policial. Por si acaso, con el miedo y el trauma que le provocó el secuestro, Anna, que se lo podía permitir, contrató a un guardaespaldas de dos metros con la espalda ancha como un armario, que se convirtió, desde que salió del hospital, en su sombra. Me crispaba los nervios tener a ese hombre de mirada amenazante detrás de nosotras a todas horas.

En esos momentos, lo más doloroso para Anna era Samuel. Se negaba a verla; yo no entendía tanto odio hacia su madre cuando, antes de desaparecer, buscaba su atención constantemente y parecía adorarla.

«¿Qué se le pasa por la cabeza a un niño superdotado de ocho años?», me preguntaba.

—Pero... —balbuceó Anna, después de confesarle quién era mi pareja—. Pero ¿cómo os conocisteis?

—Ya nos conocíamos —sonreí—. A veces iba a verte a plató, ¿recuerdas? He trabajado como reportera varios años en los Goya, la he entrevistado varias veces, he cubierto fiestas donde estaba ella...

—Lo sé —asintió sin ser capaz de mirarme—. Me refiero a que ¿cómo empezasteis a...? Es que no lo entiendo. A Martina le gustan las pollas.

—No seas vulgar —le recriminé riendo—. Ocurrió hace cinco meses, en una de esas fiestas privadas a las que tú solías llegar tarde y eras la primera en irte con el primer modelo que se te pusiera a tiro.

—Oh, ya... esas fiestas —sonrió nostálgica con la mirada perdida en el horizonte.

*

Lara

Viernes 17 de enero de 2020

Como cada viernes, intenté escabullirme de la redacción antes de mi hora. Quería ir al pub, emborracharme y llevarme a cualquier tía guapa a casa, pero el jefe hundió mis planes. Mientras me hablaba de la fiesta que se celebraría esa noche en El Xalet de Montjuïc, solo podía pensar: «Por un minuto. Por un minuto no me pillan y se lo pide a otro». Pero el mundo de la farándula era mío por ser la «hermana de...». «A ti todos te contestan a cualquier pregunta que les hagas», comentaban envidiosos mis compañeros, sin pensar por un momento que mi hermana seguía en paradero desconocido. Puede que muerta. Ya habían pasado nueve meses desde que desapareció. Los peores meses de mi vida.

—¿Y qué se celebra? —pregunté.

—Nada. En realidad no se celebra nada; la fiesta la organiza la agencia Kellenfö! para juntar a unos cuantos famosos y que hablen de ella —rio Pol—. Estrategias de marketing.

—Entonces, ¿para qué tiene que ir la prensa si no se celebra nada? —lo provoqué.

—Pues para hablar con los famosos, Lara, que parece que seas novata. Para que me des alguna exclusiva succulenta el lunes, ¿sí? Silvio te acompañará para las fotos. Te irá a recoger a tu casa a las nueve.

—Anda, qué privilegio.

Con un poco de suerte, saldría de la fiesta a las once. Mi plan de emborracharme y ligarme a una tía seguía en pie. Me animé.

A las nueve, Silvio, puntual, me mandó un wasap diciéndome que estaba aparcado frente a mi portal.

—Te veo con ganas, Lara —rio arrancando el coche.

—Conduce bien, Silvio, que me mareo.

Llegamos a El Xalet media hora más tarde; la zona estaba imposible para aparcar. Actores, presentadores y famosos de todo tipo bajaban sonrientes de la parte trasera de coches negros conducidos por chóferes trajeados que parecían sacados de *Men in Black*. Silvio y yo nos unimos a la prensa, apartados tras un cordón que nos separaba de la alfombra roja por la que iban entrando los famosos al local. Tras enseñar nuestras acreditaciones a seguridad, saludamos a algún compañero de la competencia, y, una vez más, tuve que soportar sus murmullos haciendo ver que no los escuchaba.

«Se sigue sin saber nada de Anna Guirao».

«Dicen que está muerta».

«Pronto se cumplirá un año».

«Uff... pinta mal».

«Fue un fan. Seguro».

«¿No fue ese que se coló en su casa?».

«No, ese está en la cárcel».

«Era una tía detestable».

«Pudo ser cualquiera».

—¿Todo bien? —se interesó Silvio sin dejar de fotografiar a los famosos que no se detenían a saludarnos.

—Sí —asentí, atontada, sin estar muy convencida.

Agaché la mirada para buscar mi móvil en el bolso. Entre el tabaco, la petaca, el monedero, los cien mecheros, la libreta y los bolígrafos, no había manera de encontrar nada con rapidez. Entretenida en activar la grabadora del iPhone, no me percaté de que mis compañeros empezaron a chillar dándose codazos los unos a los otros. ¿Qué pasaba? ¿Había caído una bomba nuclear? ¿Se había presentado Penélope Cruz por sorpresa? Entonces la vi. Martina Pierron, la estrella del momento, la actriz protagonista de la serie *El secreto de Amalia*.

—¡Martina! —gritaron todos—. Aquí, por favor, mira a cámara.

El dedo de Silvio sobre el botón de la cámara parecía haber sufrido un telele de lo rápido que iba disparando.

—Pero ¿cuántas fotos le estás sacando?

La actriz, al contrario que otros, se detuvo sonriendo. Siempre trataba bien a la prensa y alababa su trabajo; en mi opinión era excesivamente pelota, como decía mi hermana.

«Sin vosotros no sería nadie. Gracias por acompañarme en este viaje», solía decir Pierron con ese aire místico de quien practica Yoga cada mañana o se acaba de fumar un porro.

Estar en primera fila tiene sus consecuencias cuando los de atrás codician tu espacio. Mientras le preguntaban a la actriz quién era el hombre con el que se la había visto en actitud cariñosa en un restaurante de Madrid, recibí un empujón por parte de algún cabrón que me desestabilizó provocando que mi móvil saltara por los aires y cayera sobre la alfombra roja. Tendría que haber hecho malabares para cruzar el cordón que me separaba de la pasarela, pero Martina clavó sus ojos azules en mí, me sonrió, se agachó y recogió mi móvil.

—Lara, ¿cómo estás? —me preguntó con su voz dulce y aterciopelada tendiéndome el teléfono.

—He tenido noches mejores —contesté hipnotizada. Silvio me dio un codazo. «Aprovecha para hablar con ella y sacarle algo», parecía querer decir. Pero al contrario que mis compañeros, que seguían acibillándola a preguntas, me quedé muda.

—¿Vas a estar en la fiesta? —quiso saber. Me di cuenta de que nuestras manos seguían unidas por el móvil. Ni yo lo había cogido, ni ella lo había soltado.

—Eh... no está previsto, pero...

—Espero verte dentro.

Soltó mi mano y, sin dejar de mirarme, siguió caminando con un contoneo de caderas sutil pero provocador. El corazón me latió a mil por hora, pensaba que me iba a estallar. A mi alrededor las voces, las luces, los flashes y todo ese mundo en el que

jamás conseguía sentirme cómoda, siguió su curso, pero yo, paralizada por el destello de luz que irradiaba Martina Pierron, me quedé en un segundo plano como una mera figurante de una obra teatral.

—¿Se puede saber qué te pasa?

—Sigue haciendo fotos. Entraremos en la fiesta. Hablaremos con los famosos dentro —le aseguré a Silvio mientras guardaba mi móvil, aliviada al comprobar que no había sufrido daños.

Silvio me dijo que el jefe se iba a cabrear. No había hecho ni una sola pregunta, me había limitado a quedarme allí como un pasmarote, mientras el resto de la prensa hacía su trabajo.

—Contestarán con una copita de más —contesté.

Estuvimos esperando más de media hora a que los de seguridad nos dieran el visto bueno para entrar. No toda la prensa estaba invitada a la fiesta; Silvio y yo éramos unos privilegiados.

—Sígueme —le dije, buscando con la mirada a Martina entre tanta gente.

Grabadora del iPhone en marcha, estuve más de una hora paseando por el local, bebiendo champán y entrevistando a algunos famosos que lo primero que hacían era mirarme con pena y preguntarme si se sabía algo de Anna.

—Nada —les contestaba yo—. ¿Puedo hacerte un par de preguntas?

Todos aceptaban encantados, si era por compasión me daba igual. Cuando las preguntas eran de índole personal, para las que algunos famosos se cierran en banda, conmigo no había problema, me trataban como alguien en quien poder confiar. No era una periodista más. Era la hermana de Anna Guirao; la grabadora que tenía en la mano y mis artículos en la sección más sensacionalista de *Barcelona ahora* no les importaba lo más mínimo. Hablar conmigo era como hablar con una amiga; lo mejor de todo era que yo les caía mil veces mejor que Anna.

A medianoche, cuando tenía material suficiente para presentar el lunes, vi, al fondo de la sala, junto a una barra iluminada con neones, a Martina. Sujetaba un copa de champán, hablaba con un actor, no recordaba su nombre, pero había visto su cara en alguna película de acción. No parecía divertirse mucho. Con disimulo, me fui acercando hasta ella. Silvio, cámara en mano, me seguía sin saber con qué intención caminaba lentamente hacia Martina. También la había visto; era imposible no verla. Por fin me vio. El actor hablaba sin parar, pero la mirada intensa de la actriz volvió a clavarse en mí y no la apartó durante lo que me pareció una eternidad.

—Silvio, aquí ya no hay nada que hacer. Creo que puedes irte a casa.

—He hecho como dos mil fotos.

—Genial. Tenemos material suficiente.

—¿No vienes conmigo?

—No, ya pillaré un taxi.

Le di una palmadita en la espalda y se fue. Me quedé quieta en mitad de la sala con mi acreditación colgada del cuello, ataviada con los vaqueros más desgastados de mi armario, las Converse blancas rotas y un jersey azul que distaba mucho de la elegancia que desprendían los invitados. Ese no era mi lugar.

—Ey, Lara, ¿cómo estás? —me preguntó Ramón, un periodista que tenía la virtud de aparecer en el momento menos indicado—. ¿Sabemos algo de Anna?

—No —negué, sin perder de vista a Martina, que seguía acorralada por el actor.

Ramón hablaba, no sabía qué era lo que me decía. Solo tenía ojos para Martina que, envuelta en un halo misterioso, había dado un paso hacia mí zafándose del pesado que la incordiaba. Se estaba acercando hasta donde estaba yo. Sonreía. Dejó su copa en la bandeja de un camarero despistado y, como si de un sueño se tratase, me cogió de la mano y dijo riendo:

—¿Nos vamos? Me aburro.

Ramón, petrificado, nos siguió con la mirada. Arrastrada por Martina, salimos a la terraza, donde había gente dándose el lote. Encendió un cigarrillo, me ofreció uno. Con el cuerpo echado hacia delante, dejando entrever un escote de infarto, se apoyó en la barandilla y contempló las vistas nocturnas de Barcelona. Las luces centelleantes, a lo lejos, iluminaban la ciudad. Veíamos el reflejo plateado de la luna sobre el oscuro mar.

—¿Dónde crees que está? —preguntó con la mirada perdida.

—¿Quién?

—Tu hermana.

—No... no lo sé.

—¿Cómo puede alguien desaparecer sin dejar rastro? —comentó con el ceño fruncido dándole una calada al cigarro—. Pienso mucho en ella. Cuando entro en el camerino, en el plató... las veces en las que me pongo alguno de sus vestidos... Anna sigue muy presente en el rodaje.

Tragué saliva. Me invadieron los recuerdos de lo que Anna siempre me decía. No era odio lo que sentía por Martina, sino celos, aunque se negara a reconocerlo. Celos de que fuese más guapa y cayera mejor. Celos de esa melena pelirroja que ondeaba al viento y me estaba volviendo loca. Había coincidido con ella en otros eventos, en galas, en fiestas distinguidas como en la que nos encontrábamos, pero nunca habíamos tenido ese punto de intimidad que la noche barcelonesa nos regaló. Sin apenas hablar, terminamos de fumar.

No era lo que decía, era cómo me miraba.

—¿Quieres venir a mi casa? —propuso.

Me sentía como una mosca atrapada en las redes de una telaraña.

«No sería buena idea», estuve a punto de contestar pensando en Anna, en lo mal que se llevaban.

—Sí —acepté, contradiciendo a mi pensamiento racional.

Martina vivía en un ático del Eixample. Era un piso amplio, minimalista, de un blanco impoluto. Nada más entrar, Martina, dándome la espalda, se deshizo de los tacones y se quitó el vestido, que cayó con suavidad al suelo. Contemplé su cuerpo desnudo como quien contempla una escultura perfecta. Me la comí con la mirada. Luego, se dio la vuelta, se acercó a mí y me acarició la cara. Sin tacones éramos igual de altas. Fue el momento más erótico de mi vida. En cuanto sus labios rozaron los míos, supe que no iba a poder detener lo que en un principio me parecía que era imposible que estuviera ocurriendo, pero ¿acaso lo mejor de la vida no empieza siendo una locura?

Nuestros labios se buscaban, se paladeaban, se memorizaban. Se soltó la melena. La acaricé. Una mirada, una sonrisa. Solo estábamos ella y yo; la realidad era

un mundo aparte que dejó de importar.

—Vamos a la cama —susurró.

Me dejé llevar por el momento.

En cuanto Martina me desnudó con manos expertas, supe que no era la primera vez que estaba con una mujer.

Inés

Anna fue generosa con Adrián que, por más que se esforzara, llevaba tiempo sin vender un guion, por lo que el dinero nos hacía falta. Había escrito varios capítulos pilotos, ideas para una serie, pero se los rechazaron todos. Anna Guirao ya no estaba a su lado, así que había dejado de ser un privilegiado al que le concedían favores. Se dio cuenta de que no era nadie sin su mujer en cuanto la prensa habló del inminente divorcio y salí a la palestra. Desde que Anna volvió, mi nombre estaba por todas partes; también aparecía en fotografías en las que no salía favorecida y, mientras Samuel parecía adorarme aún más si cabe, Adrián se mostraba cada vez más distante. Él creía que Anna, por fin, estaba siendo buena con él; yo opinaba que no soportaba la idea de quedar como la mala de la película.

Cuando supimos que Anna volvería a su casa, solo tardamos una hora en terminar de recoger nuestras cosas. Me sentí como una fugitiva. Guardamos en tres maletas ropa y fotografías, no necesitábamos nada más. Éramos una familia, con tenernos los tres era suficiente. En tiempo récord, me había encargado de alquilar una casa en el Masnou, frente a la playa, lo bastante lejos como para no tropezar con Anna. A Adrián le molestó.

—¿En el Masnou? ¿Lo dices en serio? ¿Voy a tener que tragarme caravanas y tardar una hora en llevar al niño al colegio? —gritó.

—Bueno, pues lo llevaré yo o podemos buscar un colegio que esté más cerca. Igual en ferrocarril se va más rápido, Adrián. Piénsalo. Viviremos tranquilos, aquí no nos agobiará la prensa, no tendremos a Anna cerca, no...

—Déjalo, Anna. Déjalo.

—¿Acabas de llamarme Anna? —me ofendí.

Se frotó la cara, salió al jardín con paso vacilante y los hombros encorvados, y encendió un cigarro. Sería la última vez que lo haría, pensé. Al día siguiente nos instalamos en la casa victoriana del Masnou que Samuel definió como un cementerio anclado en el asfalto.

—Está amueblada —dije al entrar, como si fuese un punto a favor para mí, dada la desgana de Adrián.

—Horriblemente amueblada —criticó Samuel—. ¿Este mueble cuándo se hizo? ¿En la Edad de Piedra?

—Vas a tener que ponerte las pilas con la historia —reí, alborotándole el pelo.

Al día siguiente, Samuel y yo fuimos a Ikea. Compramos algún mueble para decorar la casa a nuestro gusto. Llegamos a las ocho de la tarde cargados de cajas, pero Adrián no estaba.

—¿Dónde está? ¡¿Papá?! —preguntó el niño subiendo las escaleras. Luego escuché una puerta; indiferente, Samuel se encerró en su dormitorio.

Fui directamente a la sala que Adrián había adaptado como despacho. Había algo que tenía prohibido desde que me instalé a vivir con él en la casa de Sarriá: cotillear sus cosas. Encima del escritorio había dos montones de folios; guiones con anotaciones escritas en rojo. No sentía ni la más mínima curiosidad por ellos, pero

entonces, llevada por el morbo de poder descubrir por qué Adrián parecía tan ofuscado y cabreado con la vida, empecé a abrir cajones.

Lo que vi en uno de ellos me dejó muy impresionada.

—¿Se puede saber qué estás haciendo?

La voz de Adrián, inesperada, sonó a mi espalda. Con los ojos anegados en lágrimas, me di la vuelta. Me mantuve en silencio esperando una explicación, pero en lugar de eso, se acercó a mí hecho una furia y me arrebató de malas maneras la fotografía.

—Fuiste tú...

—¡Cállate! —ordenó, rompiendo la prueba que lo incriminaba en mil pedazos.

*

Adrián

Domingo 19 de mayo de 2019

Un mes desaparecida

Inés y Samuel habían salido a dar un paseo. Adrián prefirió aprovechar la mañana de domingo para adelantar trabajo. Le costaba concentrarse. Su vida sin Anna era mejor, más tranquila, sin gritos, sin peleas. No la echaba de menos porque jamás le dio la oportunidad de echarla de más, pero tener a la policía detrás resultaba humillante. Se le habían cerrado varias puertas tras la desaparición de su mujer, jamás imaginó que algo así pudiera pasarle a él. A veces, jadeante en el interior de Inés, la mujer que le daba todo a cambio de nada, trataba de imaginar que solo era una pesadilla, que despertaría y la vida, como siempre, volvería a ser insoportable al lado de Anna. Que su amante se evaporaría y dejaría de sentirse culpable. Sin embargo, era a ese «como siempre» a lo que él estaba acostumbrado, y Adrián nunca fue hombre de cambios. No le gustaban. Le daban pánico. Anna sabía lo que era recibir una mala noticia por teléfono, que unas simples palabras estallasen en tu cara poniendo tu mundo patas arriba, pero él no. Él siempre fue un chico con suerte, pero pecó cuando se enamoró de la mujer equivocada. Pecó al traicionarla convirtiéndose en lo que más odiaba de ella. Un infiel, un traidor, un mentiroso.

Agobiado porque ninguna idea acudía a su mente como por arte de magia para seguir con el guion, cogió un cigarrillo, se lo puso en los labios, rebuscó en los bolsillos y sacó el mechero. Salió del despacho bajando las escaleras con la mirada perdida al frente. El silencio lo invadía todo. Al llegar al último peldaño, el guionista se topó de frente con algo que no estaba ahí horas antes. Un sobre tirado en el suelo del vestíbulo; alguien lo había dejado por el hueco de la puerta de la entrada, pero ¿cómo habían accedido al jardín? ¿Habían saltado la valla a plena luz del día?

Adrián se preocupó.

Cogió el sobre y, recorriendo la casa hasta salir al jardín y llegar a la piscina, lo abrió. Una fotografía mostraba a Anna durmiendo en el interior de una celda. Era oscura, de mala calidad, pero se intuía su figura demacrada tras unos barrotes de acero. Adrián se estremeció. Le dio la vuelta y, atónito, leyó en el dorso:

AÚN PUEDES SALVARME

No era la letra de Anna; parecía la de un niño. Estaba mal escrita, en mayúsculas, torpe e indefinida, sus trazos provenían de un pulso tembloroso.

Se encendió el cigarrillo. Miró al frente, a la panorámica de la ciudad. Se remangó los pantalones, puso las piernas en el agua templada de la piscina, y estampó el cigarrillo contra la cabeza de Anna hasta ver esa parte de la imagen tostada.

Escondió la prueba de que Anna seguía viva y encerrada contra su voluntad en el bolsillo de su pantalón.

—Lo siento. No quiero salvarte —murmuró para sí.

El grito de Samuel avisando de que ya estaban en casa rompió el silencio. La cabeza de Adrián, desde ese momento, jamás encontraría la paz.

Anna

Martina entró a toda prisa en la parcela con su coche. De haber tenido figuritas de enanitos de jardín como los anteriores propietarios, las hubiera destrozado todas. No podía creerme que esa tiparraca estuviera pisando mi territorio y, encima, con mi permiso. De lejos, al otro lado de la valla, se escuchaban disparos de flashes; los *paparazzi* la habían seguido. ¿Qué dirían al día siguiente? ¿Qué especularían sobre nosotras? Mi guardaespaldas, atento a todo cuanto ocurría a mi alrededor, me miró con esa seriedad que lo caracterizaba y, con un gesto, le dije que todo estaba bien y que podía retirarse a descansar. Le había dispuesto una cama en el garaje.

Martina salió de su Mercedes rojo. Nunca me han gustado los coches rojos. En la mano sujetaba una botella de champán. Miraba sonriente a Lara; a mí me ignoró hasta que estuvo delante de las dos y no le quedó otra que dirigirme la palabra.

«Como os deis un beso me voy», pensé, sintiéndome fuera de lugar. Pero tuve que tragarme mis palabras cuando soporté estoicamente que Martina besase los labios de mi hermana.

—¡Anna! —exclamó luego con dulzura, tendiéndome la botella de champán—. Madre mía, Anna, qué alegría verte. Qué bien te veo, qué delgada estás.

Me abrazó. No correspondí a su abrazo, falso como Judas, lo sabía, pero tenía que portarme bien por Lara. Por hacerle un favor después de todo lo que ella había hecho por mí. Intuía que Martina le importaba y eso solo le ocurrió una vez cuando, con dieciséis años y convencida de su sexualidad, se enamoró de una compañera de clase que, en un último momento, no aguantó que la llamaran bollera, camionera y otras lindezas, y la dejó para irse con un chico.

—Tengo que decirte que me sorprende mucho que estés aquí —le dije a Martina con frialdad.

—Cosas que pasan —contestó sonriente cogiendo por la cintura a mi hermana—. Supongo que ya te habrá contado algo.

—No he querido saber muchos detalles.

Les di la espalda, me dirigí a la cocina, metí el champán en la nevera, y empecé a servir la cena que había traído el catering hacía media hora. Ellas pusieron la mesa. Por mi parte, no soportaba ver cómo tonteaban, cómo salían estupideces de sus bocas con la palabra «cari» incluida, y se besaban a cada momento cuando creían que no las veía. Mi papel era el de anfitriona, pero me había convertido en una insufrible aguanta velas. Fue la primera vez que eché de menos a Adrián. Durante mi matrimonio solo deseaba huir, escabullirme de sus brazos, que no insistiera en hacerme el amor cuando llegaba a casa después de haberme acostado con otro hombre. En ese momento, cuando no lo tenía y lo imaginaba con Inés quien, por otro lado, se merecía la felicidad que yo le había arrebatado hacía años, sentí que no podría soportarlo. Las ganas de meterme en la piscina y hundirme bajo el agua aparecieron repentinamente en mi cabeza enferma. Por una milésima de segundo, me pareció ver la silueta de Adrián de espaldas, fumando un pitillo, bebiendo una copa de vino, contemplando las vistas

centelleantes de la ciudad. Quise imaginar a nuestro hijo preparando la cena conmigo, mirándome con admiración, como solía hacerlo sin que yo le diese importancia. Quise vivir una vida que jamás había valorado. Volver atrás en el tiempo, hacer las cosas mejor y ser una buena madre, una buena esposa. Que el loco no hubiese aparecido nunca en mi vida. Seguía sin recordar qué había sucedido el día que logré escapar; la sombra de la duda y de la sospecha respecto a mí misma me perseguía a todas horas. La inspectora no me dio muchos detalles; por lo visto, después de dudar, su muerte quedó en suicidio. Pero ¿y si se equivocaron? ¿Y si sí lo maté? Y, en cualquier caso, si apreté el gatillo, ¿sería capaz de volver a matar?

Esa pregunta me atormentaba.

*

Anna

Domingo 28 de abril de 2019

Nueve días desaparecida

El disparo de una cámara fotográfica me despertó. Mi raptor, con la cara cubierta, me estaba haciendo fotos desde detrás de los barrotes. Me dolía la cabeza; los párpados, de tanto llorar, se me pegaban y apenas podía abrir los ojos.

—¿Qué haces, idiota? —le pregunté.

—Eres muy fotogénica.

—Tengo hambre.

—La comida llegará más tarde. Tengo que viajar para entregarle esta foto a alguien; órdenes de arriba. ¿Qué quieres que le escriba a tu marido?

—Aún puedes salvarme —contesté sin pensar.

—Ahora estás conmigo, Anna. Tienes que olvidarlo. Olvidar tu vida anterior, someterte a mí y a mis órdenes.

—Jamás.

—¿Por qué eres tan mala conmigo? —sollozó—. ¿No te gusto?

Ridículamente, se acercó a los barrotes, ladeó la cabeza y continuó hablando con su voz mecánica y arrogante.

—Saldrás de aquí por encima de mi cadáver.

Regresó al cabo de dos días.

*

Anna

—Anna. Anna, ¿estás bien? —preguntó Lara frente a mí con los codos apoyados en la isla de la cocina. Ni siquiera la había visto entrar. Levanté la mirada al techo, parpadeé un par de veces para alejar las lágrimas, y cogí dos bandejas.

—Sí. Estoy bien. Vamos a cenar, tengo hambre.

El inicio de la cena fue un tanto extraño. Martina no paraba de hablar mientras mi hermana la miraba embelesada, como una boba, como si fuese una Diosa. Apenas entendía lo que decía, pero cuando mencionó la serie, me puse en alerta. Llevaba días pensando que tenía que volver. Rehacer mi vida, trabajar de nuevo para no darle tantas vueltas al coco. Me iría bien. Fran, el director, me llamó hacía unas semanas, cuando salí del hospital, se preocupó por mi estado de salud, y me dijo que los guionistas estaban preparando mi reaparición para mi regreso a la serie si eso era lo que quería.

—Voy a volver —dije de repente, ante la atenta mirada de Martina—. Fran me llamó —añadí sonriente sin perderme un solo detalle de la expresión de mi rival—. Han vuelto a escribir sobre mi personaje. Me dijo que podía volver cuando quisiera. Mi trama ya está lista —anuncié triunfal.

Fue un momento raro y tenso en el que Lara tragó saliva, miró a Martina de reojo, y esta, a su vez, desvió la mirada evitándome. La rabia la reconcomía por dentro. No sé cómo no me di cuenta antes.

Lara

Nunca había visto a Martina tan apagada. La cena siguió su curso, en apariencia sin problemas. Mi hermana se portó más o menos bien pese a haber anunciado lo que mi chica temía. Su regreso a la serie. Yo también me quedé muy sorprendida ante la noticia, la verdad; no lo esperaba. Sabía cuánto le fastidiaba a Martina; cuánto, en el fondo de su ser, temía que Anna regresara para robarle el protagonismo que había tardado años en conseguir. Pero las quería a las dos. ¿Qué podía hacer? No sabía por quién decantarme, estaba entre la espada y la pared. A medianoche, le propuse a Martina que se quedara a dormir, que había espacio de sobra, pero contestó que no con la excusa de que al día siguiente tenía que madrugar. Sé que la casa se le quedó pequeña, que se sintió agobiada y amenazada por Anna que, en cuanto vio que Martina parecía más débil, aprovechó para envalentonarse y hablar de sus planes de futuro como queriendo demostrar que seguía siendo la mejor.

La odié.

Martina se despidió de mi hermana con una normalidad fingida. Incluso le dio un abrazo como cuando llegó sin que Anna correspondiera a su muestra de afecto. La acompañé hasta su coche, ella iba delante, yo detrás, siguiendo sus pasos, como siempre. Cabe decir que a veces me sentía un perro faldero, que era ella quien tenía el poder en nuestra relación. Los que aman más son los que suelen sufrir. Lo sabía, pero aun así asumí el riesgo.

—Martina, ¿estás bien? —le pregunté preocupada, deteniéndome frente a ella junto al coche. La rodeé por la cintura, intenté besarla, pero se zafó de mí. No me dejaba tocarla.

—Sí, estaré bien.

—Mi hermana...

—No soy nadie para evitar que vuelva a la serie y tú no has hecho nada para que cambie de opinión —me cortó.

Empezó a temblarle la barbilla; estaba haciendo un gran esfuerzo para no echarse a llorar. Le acaricié la mejilla con el pulgar, hice lo posible para que se sintiera mejor. Cuando me acerqué a darle un beso, giró la cara. Me miró de reojo, recuerdo que con desprecio, como si no valiera una mierda, y entró en su coche. No tardó ni dos segundos en arrancar el motor. Su actitud me desconcertó.

Mi hermana, desde la entrada, había contemplado la escena de principio a fin con una sonrisa en la boca. Fue otro de esos momentos en los que reprimí las ganas que me empujaban a asfixiarla.

Deseé con todas mis fuerzas que volviese a desaparecer.

La vida, mi

vida, era mejor sin ella. Eso fue lo que pensé.

*

Martina

«¿Cómo había podido ser tan estúpida?», se preguntó Martina, dando toquitos violentos al volante, mientras bajaba la calle que la devolvía al centro de Barcelona, a su hogar. Se sentía humillada, engañada por Lara, que no había cumplido su promesa. Su novia tenía que ayudarla, convencer a Anna de que aún no era el momento de volver a la serie o, mejor aún, olvidar ese trabajo esclavo para siempre. Ella no lo necesitaba. Podía volver a la India y seguir triunfando allí, como antaño. ¿Por qué fastidiarle? Si Anna volvía, estaba acabada; el destino de su personaje, después de más de un año de gloria, volvería a pasar desapercibido en un segundo plano con tramas paralelas a las que los espectadores no prestaban atención.

¿Y qué esperaba? Eran hermanas. Por mucho que Lara la deseara, no podía competir contra ese vínculo, lo sabía bien.

Cuando llegó a casa, se acomodó en el sofá ignorando el wasap que le había enviado Lara. Negó con la cabeza, lo borró y estampó el móvil contra la pared en un ataque descontrolado de ira y celos.

Adrián

Habían pasado dos semanas desde que vivía en el Masnou con Inés y su hijo. Adrián ignoró las constantes llamadas de Anna, sus mensajes en el contestador rogándole que le trajera a su hijo, amenazando con presentarse en su casa. «Sé dónde vivís —le dijo—. No quiero denunciarte, pero necesito ver a Samuel. ¡Es mi hijo!», gritaba con la voz desgarrada presa de la desesperación. Adrián no podía más. Por suerte, Inés era la que viajaba a Barcelona para llevar a Samuel al colegio y recogerlo. Él no se veía con fuerzas para coger los ferrocarriles o conducir durante más de dos o tres horas entre idas y venidas según el tráfico. Estaba cansado, hundido. Desde que Inés descubrió la fotografía que ocultó durante un año, la relación era distinta. Ella, tan distante como él, parecía temerle. El alivio que pareció sentir cuando le explicó cómo apareció la prueba de que podría haber hecho algo por Anna, no presagiaba tal comportamiento.

—Fuiste tú... —empezó a decir ella expectante.

—No. Pero soy responsable de que no dieran con ella antes. Encontré la maldita foto en el vestíbulo; alguien accedió al jardín y la coló por debajo de la puerta. Samu y tú no estabais en casa, fuisteis a dar un paseo. Ignoré el mensaje del dorso. Podría haberla salvado, presentar la foto a la policía, evitarle todo el sufrimiento, pero...

Inés se acercó a él, que lloraba a lágrima viva preso del remordimiento, y le acarició el cabello.

—Ya está, ya está... en el fondo me alegra que lo hicieras.

—Eso me convierte en una mala persona —dijo él con la voz quebrada.

Inés calló. Adrián no podía adivinar sus pensamientos, pero lo que había hecho lo llevaba muy dentro. Por muy mal que se hubiera portado Anna, no merecía ese castigo. Había roto la fotografía, por fin se había deshecho de ella, de la prueba que tendría que haber presentado a la policía en cuanto la recibió. Pero la imagen seguía lúcida en su cabeza. Solo podía pensar en Anna. Seguía siendo su mujer. Eran las doce del mediodía cuando decidió salir de casa.

—¿Dónde vas? —preguntó Inés desde la cocina.

—Tengo una reunión importante. No me esperes.

Cogió el coche y, a toda velocidad, se plantó en la zona alta de Barcelona en treinta y cinco minutos. Se adentró por las tranquilas calles de Sarriá hasta llegar a la urbanización. Se había quedado con una copia del mando a distancia de la verja y de las llaves de la puerta de la entrada de casa, por lo que no tenía necesidad de llamar; sin embargo, en cuanto entró, un hombre ataviado con una chupa de cuero negra le cortó el paso.

—Alto. Identificación.

—Venga, hombre, no me hagas reír —se burló Adrián.

—No puedo dejarle entrar.

—¡Soy su marido! —gritó.

—Deja que entre —irrumpió Anna con tranquilidad.

Adrián miró amenazante al guardaespaldas y, con movimientos seguros, bajó del coche y cruzó las baldosas hasta detenerse frente a su todavía mujer. Cogió su mano, la metió dentro de casa cerrando la puerta con el pie, y, acercando su cuerpo al de ella con imperiosa necesidad, la agarró de la nuca y la besó con furia. A ella no le dio tiempo a reaccionar, pero le gustaba ese nuevo Adrián seguro de sí mismo, rudo, estampándola contra la pared y cogiéndola en volandas para subirla hasta el dormitorio y desnudarle hasta el alma.

—Pero que... —trató de decir Anna, que tardó un rato en convencerse de que aquello era real. Su rostro, apretado contra el suyo, su boca, su calor, su aliento, tal y como había deseado desde que consiguió escapar de su secuestrador.

Adrián, encima de ella, le tapó la boca. Le quitó la ropa en segundos, luego se desnudó y la penetró. Anna nunca había experimentado un deseo semejante hacia su marido, ni unas ganas tan terribles de abandonarse a un hombre. En ese momento, gimiendo de puro placer, supo cuánto se había equivocado. Cada fibra de su ser, de su corazón y de su cuerpo lo deseaba. Adrián había sabido tomar poder sobre ella haciéndole el amor brutalmente hasta terminar sin aliento.

Recostados en la cama, desnudos y abrazados, se miraron. Adrián acariciaba las cicatrices de los muslos de Anna; señales de otra vida. Era como si hubieran viajado once años atrás en el tiempo, en el momento en que sus miradas se cruzaron por primera vez en una fiesta y se pasaron la noche en vela bebiendo, fumando y hablando de sus sueños. Él era un guionista prometedor con un gran proyecto entre manos; ella acababa de volver de la India con la ferviente idea de que nadie es profeta en su tierra y soñaba con conseguir un papel importante en una serie de televisión o en una película que la asentara como la estrella que ya era en otro país, pero más cerca, en el panorama nacional.

—Vuelve —susurró Anna acariciando el pectoral de su marido.

—Las cosas tienen que cambiar, Anna.

—Todo será distinto, te lo prometo. Empezaremos de cero —dijo con voz melosa—. Quieres...

—Sí. Sí, quiero volver —asintió más convencido que nunca. Demasiado tiempo engañándose a sí mismo y a la pobre Inés. Era el momento de tomar decisiones, de correr riesgos junto a la que aún consideraba, pese a todo, la mujer de su vida.

—Pero antes, para que veas que no van a haber más secretos entre nosotros, quiero que sepas algo sobre Inés. Algo horrible que necesito dejar atrás.

Inés

El día que Adrián hizo las maletas y se largó con Samuel que, confundido, gritó y lloró porque el pobre quería quedarse conmigo, fui al cementerio. Hacía tres años que no iba; tuve que hacer un esfuerzo grandioso para recordar dónde estaba Manuel y eso me rompió por dentro. Las lágrimas calientes me escocían en los ojos. No había cumplido la promesa que le hice cuando Anna lo mató. No había podido volverla loca y hacerle la vida imposible hasta verla desaparecer.

Alguien se me adelantó.

«Cómo inducir a alguien al suicidio», llegué a buscar en Internet antes de perder el tiempo y la energía acostándome con su marido.

Mientras ella tenía la oportunidad de rehacer su vida, yo seguiría soñando con aquella noche en la que su coche se llevó por delante a la persona que más quería. Recordaba su cara, lo fácil que fue reconocerla en la oscuridad y los gritos del hombre que la acompañaba. Anna, en lugar de socorrer a Manuel, volvió al interior del coche y se marchó a toda prisa. No dejó ni rastro de su presencia en la escena donde, en mi opinión, no hubo un accidente, no. Se cometió un crimen del que Anna salió indemne. Era injusto. Es injusto. Jamás iría a prisión por la muerte de Manuel. Nunca creí en la justicia. Sabía que, de haberla inculpado, no habría cumplido la condena que se merecía. Estando cerca de ella era más fácil hacerla sufrir, pero fallé. Durante mucho tiempo, para sentirme mejor, traté de convencerme de que no estaba en mi naturaleza hacer daño a otra persona. Que, a lo mejor, no era lo que hubiera querido Manuel.

«Finge que estás bien y te sentirás mejor. No pasará mucho tiempo hasta que de verdad lo estés», me decían. Al principio les creía, pero me di cuenta de que no servía de nada. Mi intención no era que Anna confesara o que pasara unos años en prisión; yo no estaría ahí para ver cómo se pudría y de veras necesitaba que mis ojos fueran testigos de su final. Que estuviera muerta como el hombre al que abandoné por una pasión que había decidido dejarme en la estacada por ella.

Siempre había sido ella.

Durante trece meses viví la ilusión de creer que Anna había tenido su merecido. Pero solo había sido eso, una ilusión, una mentira.

Y yo no había hecho nada para vengar la muerte de Manuel.

Compré una rosa blanca en una floristería cercana al cementerio. Caminé durante minutos por el camposanto perdiéndome entre las tumbas, hablando con los muertos, viendo fantasmas a mi alrededor, escuchando murmullos y lamentos de quienes velan a los que les velan. Cada uno en su propio mundo. Siguen estando, aunque no los veas.

Llegué a su tumba, la tercera de una hilera fantasmagórica con nombres que ya nadie recuerda. Las lápidas, cubiertas con un fino cristal, me recibieron polvorientas; las letras apenas se leían de lo descoloridas que estaban y a ninguno de los muertos

que tenía enfrente les habían ido a llevar flores recientemente.

¿Acaso existe algo más triste que el olvido?

Me puse de puntillas, acaricié la lápida de Manuel y coloqué la rosa blanca en la estrecha repisa de piedra. Una corriente de aire se la llevaría lejos en cuestión de segundos.

Mi rostro debía parecer contradictorio visto desde fuera. Mis ojos estaban anegados en lágrimas, pero dejaba entrever una sonrisa conectada con los recuerdos.

Nuestra primera cita.

*

Inés

Sábado 18 de enero de 2014

La rosa blanca

La Lola me dejó salir pronto del bar para tener tiempo de arreglarme y maquillarme antes de la primera y gran cita. ¡Estaba tan nerviosa! Volvía a tener quince años, a ensayar delante del espejo las sonrisas que le dedicaría; el flirteo nunca se me dio bien debido a mi inseguridad.

—¡Vete a la peluquería y ponte bien guapa! —exclamó Lola dándome veinte euros.

—Muchas gracias, Lola.

Me cortaron las puntas un poco más de lo que hubiese deseado, pero las ondas me otorgaban dulzura en las facciones; me sentía guapa. Fui a casa y cogí el escaso maquillaje que mi madre guardaba en el cajón de la cómoda. Temí que los polvos, comprados Dios sabe cuándo, me irritaran la piel. Enmascaré las señales del cansancio con un poco de sombra en mis párpados y apliqué una espesa capa de rímel en las pestañas. Me puse un vestido de color verde que también perteneció a mi madre, deseando que no pareciera una antigualla, y unos leotardos negros que encontré de milagro rebuscando en el armario.

Habíamos quedado cerca de mi casa y, por tanto del Bar Marsella, por donde pasé corriendo para que *la Lola* no me entretuviera. Cuando llegué a la Plaza de Salvador Seguí, Manuel me esperaba apoyado en un árbol. Me miró de arriba abajo y hundió sus ojos en los míos. Mi respiración se desbocó y la calma que pretendía fingir se rompió en pedazos. Acostumbrada a verlo con el mono de la obra, me chocó que se presentara con unos tejanos y una camisa que dejaba intuir su cuerpo grande y fuerte. Se había afeitado la barba de cuatro días que solía llevar, y, al acercarme y darle dos besos, percibí una fragancia masculina que quedaría en mi recuerdo olfativo para siempre.

—Hola.

—Hola.

Me tendió una rosa blanca. La olí acercándola a mi pecho y sonreí.

La velada terminó a las dos de la madrugada. Cenamos en un pequeño restaurante del Raval, fuimos a tomar unas copas y a bailar. Nuestra primera cita fue especial; Manuel hablaba sin parar sobre su vida, su familia... yo me limitaba a asentir y a escuchar queriendo retener esa noche en mi memoria toda la vida. Me acompañó hasta el portal de mi casa. Frunció el ceño contrariado mirando mis manos vacías.

—La rosa —dijo.

—Oh.

Miré al suelo avergonzada. Había perdido la rosa blanca, seguramente en el local de copas donde nuestros cuerpos se rindieron al son de la música. Él, sonriente,

me cogió de la barbilla obligándome a levantar la cabeza, y, aproximándose lentamente sin dejar de mirarme a los ojos con dulzura, me besó para luego hacer temblar mis rodillas susurrándome al oído:

—Quiero estar contigo todas las noches de mi vida.

*

Inés

—Siento que te he fallado, mi amor... Perdóname. —Mi voz surgía de una parte de mí que no era capaz de controlar—. Perdóname por haber querido a otro hombre, al marido de la mujer que te mató. Ahora él se ha ido, solo me quedas tú. Dime qué quieres que haga y lo haré. Dime que la mate y la mataré. Dame una señal. Protégeme.

Los jadeos ahogados por el llanto y el desaliento feroz que brotaban de mi interior no me impidió escuchar el canto embarullado que entonó un pájaro desde la rama de un árbol. Era una señal divina. Manuel seguía estando ahí, conmigo, y, de alguna manera, creí que era su forma de decirme que pasara a la acción. Que me dejara de tonterías y buscara venganza.

Anna

Adrián y Samuel no llegaron a casa en un buen momento. Tenía que ir a plató para reunirme con mi representante y el director y hablar de mi incorporación en la serie. Hacía poco más de un mes que había vuelto, pero los inesperados cambios de la última semana eran los responsables de hacerme sentir de verdad viva. Hasta podría decir que feliz. Mi raptor no solo me tuvo muerta durante los trece meses de secuestro, también lo consiguió las primeras semanas en las que el mundo, mi mundo, era confuso y amenazador. Pero por fin estaba bien, acercándome a la mejor versión de mí misma sin locuras transitorias ni enfados. Las lagunas persistentes en mi cabeza, especialmente del día que el sol volvió a alumbrar mi cara, ya no eran importantes salvo en sueños. En mis pesadillas, la voz mecánica seguía apareciendo cantando el *cumpleaños feliz*, diciéndome cuánto me amaba, lo bonito que era tenerme allí y poder verme cada día. Luego, un disparo. ¿Cuándo fue? ¿De dónde procedía? Entonces, a altas horas de la madrugada, despertaba empañada en sudor con un nudo en la garganta que se disolvía cuando miraba a mi alrededor y me ubicaba.

Gracias al regreso de mi marido y mi hijo pude sentir un atisbo de seguridad y normalidad después de todo, por lo que tomé la decisión de despedir al guardaespaldas sabiendo que, si una nueva ayudante entraba a trabajar conmigo, iba a averiguar hasta el más ínfimo detalle de su trayectoria, tanto personal como profesional. La sombra de la duda de que Inés hubiese sido capaz de enviar a un perturbado a secuestrarme y a tenerme encerrada seguía intacta en mí, pero en cuanto Adrián y Samuel entraron por la puerta, me deshice de mis miedos y aparenté felicidad. Egoístamente, ya no quería estar sola en casa. Los quería a ellos.

—Samu... —murmuré, impidiéndole el paso para que se detuviera frente a mí—. Samu, por favor, hágame.

Estaba tan alto... tan rubio, tan guapo.

—Déjalo, Anna. Dale tiempo —dijo Adrián mirando a nuestro hijo que, a su vez, mantuvo la mirada fija en algún punto de las escaleras con tal de evitarme.

Respiré hondo y me tragué las ganas de llorar.

—Tengo que salir a una reunión, pero vendré pronto. Podemos cenar pizza, ver una peli...

—Anna... —murmuró inquieto Adrián.

No me había dado cuenta de que Samuel había retirado la mirada de las escaleras para mirarme a mí. Me entraron escalofríos. El niño me odiaba, pude sentirlo.

—Samu, ve a tu habitación. Ahora te subo la maleta.

No perdimos de vista a Samuel mientras subía las escaleras con la espalda encorvada, dando puñetazos a la barandilla.

—Le ha costado separarse de Inés —explicó Adrián—. La quiere como a una madre.

Fue como si me clavara un puñal en el corazón.

—¿Y si Inés lo organizó todo para que ese loco me secuestrara?

—No, Inés no fue —contestó con seguridad.

—Te conté lo que hice, Adrián. —Enlacé mis dedos con los suyos para demostrarle cuán en serio lo decía—. Te conté que el Porsche no había sufrido un accidente con un jabalí, que lo destrocé porque atropellé y maté a su novio y me di a la fuga. Si me ocultas algo, tienes que contármelo. Nada de secretos, ¿recuerdas?

—Yo nunca he tenido secretos para ti. Me acosté con ella por venganza, por despecho. Porque mientras tú estabas con otro, yo estaba con ella, y así estábamos en paz. Por mi parte no hay más secretos, Anna.

Dudé. Había algo en sus ojos, en su manera de hablar, dura y esquiva, que me hizo ver que no solo sus caricias eran diferentes, también lo era él. ¿En qué clase de personas nos convierte tiempo? ¿Puede alguien bueno transformarse de la noche a la mañana en una mala persona? ¿Conocemos de verdad a quienes tenemos al lado? Adrián y yo siempre fuimos dos desconocidos, pero en ese momento creía que estaríamos dando el paso correcto para conocernos después de tantos años viviendo en una mentira.

—Bueno, me tengo que ir, ya llego tarde.

—Claro —aceptó—. Haz lo que tengas que hacer.

—¿No te enfadas?

—¿Cuándo te ha importado eso, Anna?

—Ahora. Ahora me importa. No quiero volver a perderos.

Me abracé a él, le di un beso en los labios y me fui sin mirar atrás.

*

Adrián

Adrián subió a la habitación de su hijo. El chico tenía la cara pegada contra el cristal de la ventana y los puños pequeños y enrojecidos sobre el alféizar. Estaba observando a su madre alejarse con el coche, sumido en sus pensamientos, con las cejas enfrascadas en una danza que Adrián no fue capaz de descifrar.

—Samu, ¿podemos hablar?

—No —negó el niño.

—Hijo, no sé qué te pasa.

—No quiero estar aquí. No quiero estar con esa mujer, no es mi madre —espetó.

—Es tu madre —insistió Adrián—. El peor error que he cometido ha sido intentar separarte de ella. Comerte la cabeza y convencerte de que Inés era mejor. Pero ¿a quién quiero engañar? Samu, sin ella no somos nadie.

—No lo serás tú, que eres un calzonazos de mierda —provocó el chico sentándose en el borde la cama y esquivando la mirada de su padre.

Adrián, rojo de la rabia, se plantó frente a su hijo y le atestó una bofetada.

—¿Lo ves? —gritó Samuel preso de la cólera—. ¿Lo ves? ¡Eres un mierda!

—¡No te permito que me hables así, Samuel! —vociferó Adrián impresionado por el arranque de su hijo.

—Ojalá estuvierais los dos muertos.

La frialdad de Samuel lo descolocó.

¿Qué había hecho?

Dejarlo en manos de Inés, eso era lo que había hecho. Permitir que todo el odio que sentía la mujer hacia Anna influyera en la mente de un niño débil, desorientado y desprotegido con unas malas y ausentes figuras paternas ofuscadas en el trabajo y en el poder. Sus profesores estaban preocupados por Samuel desde hacía más de un año. Ya no traía amigos a casa y, pese a lo mucho que le gustaba el fútbol, salía del campo de entrenamiento como si fuese a estallar una bomba. Después de saber que Anna fue la responsable de la muerte de Manuel, un nombre que ya conocía porque Inés lo nombraba en sueños, pensó que había sido una equivocación permitir que pasara tanto tiempo con un hijo que también dejó de quererlo a él.

Lara

Martina no cogía mis llamadas ni contestaba mis mensajes, así que fui hasta los platós para verla. El destino quiso que llegase en el mismo momento en el que también apareció el coche de mi hermana.

—¿Qué haces aquí? —me sorprendí.

Sabía que Adrián y Samuel habían vuelto a casa. Que, por lo visto, mi cuñado se presentó una mañana y le dijo que quería regresar. Anna cayó a sus pies y le prometió fidelidad, aunque yo sabía que sus promesas valían poco. Viéndola de nuevo recorriendo los platós como si le pertenecieran, estaba segura de que pronto volvería a las andadas. Que los trece meses de infierno que había vivido quedarían en el olvido. Anna era así. Fría e impredecible. Caprichosa y egocéntrica.

—Tengo una reunión —sonrió—. ¿Y tú? ¿Vienes a buscar a tu novia? —preguntó con guasa levantando una ceja.

No me atrevía a decirle que no sabía si Martina y yo seguíamos siendo novias. Quizás la aparición de Anna había abierto viejas heridas en Martina. Cuando mi hermana dijo que regresaría a la serie pude ver en su rostro la inseguridad. El miedo. Los celos. ¿Y si la única intención de Martina era utilizarme? Seguía sin entenderlo. Pareció enamorarse de mí en aquella fiesta de enero, cuando Anna aún no había aparecido y el mundo entero daba por supuesto que estaba muerta. Me entraron escalofríos. Una locura invadió el espacio de mi mente en un solo segundo. ¿Y si Martina sí sabía que Anna iba a aparecer? ¿Y si estaba preparando el terreno para tenerme de su parte pensando que podría disuadir a mi hermana para que no volviese a la serie? ¿Era ese el motivo? ¿Lo único que le importaba de mí?

—Vengo a ver si puedo hablar con ella, sí —logré contestar aunque, después de lo que se me había pasado por la cabeza, no sabía si podría mirar a Martina a la cara.

—¿Qué ha pasado?

—No contesta a mis llamadas desde que tuvimos aquella cena en tu casa.

—Empiezas a conocerla.

—¿Qué?

—Martina es mucho peor de lo que era yo, Lara. Es una arpía. No sé cómo no te has dado cuenta antes. Bueno, tengo que dejarte que ya llego tarde.

Me dio un beso en la mejilla, me miró como si supiese mucho más de lo que decía, y se alejó después de darme una palmadita en la espalda. Sin dejar de sonreír, subida a unos tacones con los que daba la impresión que iba a romperse los enclenques tobillos, siguió avanzando saludando a todos de una manera excesivamente amable. Mi hermana siempre lograba confundirme. Hacía escasos días estaba en el hospital atada de pies y manos para que no atacara a las enfermeras. La mirada ida; las palabras sin terminar de salir con coherencia de su boca; las pesadillas y las visiones; el balanceo de su cuerpo en cuanto podía hacerse un ovillo en un rincón.

Con un nudo en la garganta, crucé la calle que me llevaba al plató número 5, donde solía grabar Martina por la tarde. Al empujar la pesada puerta metálica, un productor terminó de abrirla y, ordenándome silencio con un gesto, me dejó pasar. Todo estaba a oscuras salvo la plaza del pueblo de cartón, donde Martina paseaba del brazo del actor que interpretaba a su marido.

—Y si todo terminase aquí y ahora —decía Martina con la voz quebrada y los ojos anegados en lágrimas— querría que fueras tú la última persona a la que vieran mis ojos.

—¡Cooooorten! —anunció el director—. ¡Bravo! Hemos terminado.

Martina, seria, salió del plató sin decir nada a nadie. Yo, oculta en la oscuridad, la miraba cuando ella, por los focos, aún no podía verme. El productor se acercó a mí y me susurró al oído:

—Su personaje muere dentro de dos capítulos.

«Porque Anna ha vuelto», pensé alarmada.

—Martina —la detuve—. Martina, espera.

—¿Qué quieres?

—¡Hablar contigo!

—No tengo nada de qué hablar contigo.

—¿Qué? No, por favor, venga. ¡Yo no tengo la culpa!

Grité demasiado. Todas las miradas estaban puestas en nosotras; mi mano agarrando su brazo, rogándole que se quedase quieta.

—Ven.

Me llevó a su camerino, se sentó frente al espejo y, con las manos hundidas en la cara, empezó a llorar.

—Dentro de una semana vuelve tu hermana y tú no has hecho nada para evitarlo. Me lo prometiste. Sabía que pasaría esto, que mi personaje nunca ha cuadrado en esta maldita serie.

—¿Y qué querías que hiciera?

—Lo único que tenías que hacer era convencer a tu hermana de que no está preparada para volver a trabajar. ¿Quién, en su sano juicio, se expone de esta manera después de haber estado encerrada durante trece meses?

Yo también lo creía y, al igual que Martina, no lo entendía. Era inverosímil; yo, en el lugar de Anna, me hubiese encerrado en casa acobardada sin querer saber nada del mundo exterior. Pero ya lo he dicho varias veces. Anna es de otro mundo. Está hecha de otra pasta.

—Tú misma dijiste que Anna es muy fuerte.

—Lara, si supieras cuánto te he llegado a querer... —dijo con un hilillo de voz—. Aun así, no puedo estar con alguien que me decepciona y que mira más por los demás que por mí. Sal de mi vida. Vete.

Asentí con la cabeza sintiéndome una completa estúpida. Quise replicar, gritarle a la cara que me sentía utilizada, que si tanto me había querido, ¿qué más daba la serie? ¿Qué culpa tenía yo? ¿Cómo era posible que, después de cinco meses, me apartara de su vida de esa forma por algo que yo no podía controlar? Aun así, durante el minuto que estuve observando su bonito rostro a través del espejo, pensé en cómo hacer recapacitar a Anna para hacerle ver que era demasiado pronto para pensar en su

regreso.

—¿Por qué yo? —pregunté—. ¿Sabías que Anna aparecería? ¿Creías que, en el caso de que mi hermana volviese, yo podía convencerla para que no regresara a la serie?

Dejó de llorar al instante. Su rostro se transformó; me pareció perverso, malvado. Puede que solo fuese fruto de mi imaginación, claro. Sin darle tiempo a contestar, abrí la puerta del camerino y me fui. Me dolía el corazón. Me dolía de verdad. ¿Por qué nadie dice que la expresión «corazón roto» no es solo una metáfora?

Evité despedirme de Anna, a la que vi a lo lejos en compañía del director en la plaza de cartón donde minutos antes estaba rodando Martina. Mi hermana, con la mano colocada en el hombro del hombre, reía. No me vio. Al llegar al coche, cogí mi móvil y marqué el número de la única persona que me podía ayudar a atar cabos.

*

En comisaría, en ese mismo momento

El caso de Anna Guirao estaba a punto de cerrarse. Con su secuestrador muerto y ni una sola pista que redirigiera la investigación a un culpable viable, el comisario ordenó a la inspectora Castro que se centrara en otros asuntos. El departamento de investigación criminal estaba hasta los topes de investigaciones en curso; hacía falta algo más que una corazonada para reabrir el caso. Habían descartado la implicación de Inés Caro y Adrián Rojas; Teresa sabía que el marido y el hijo habían vuelto a casa con Anna.

La inspectora, encerrada en su despacho, devanándose los sesos como de costumbre, vio que la luz de la pantalla de su móvil empezó a parpadear con el nombre de Lara emergiendo como llamada entrante.

—Hola, Lara —saludó.

—Teresa. —Lara parecía estar llorando—. ¿Podemos hablar en persona?

—Claro, acércate a comisaría. Te espero en mi despacho.

—Llego en media hora. Gracias.

*

Martina

Martina, desprovista de los vestidos de época de los que pronto se despediría, salió de su camerino a toda prisa. Solo quería encerrarse en su apartamento y llorar. Al salir, no esperaba ver a Anna en el centro del decorado de la plaza. Martina se quedó quieta observando cómo el director le hablaba. Ella lo miraba con una sonrisa falsa en su cara huesuda y demacrada. Durante el último año en el que lo había dado todo por la serie como la nueva y prometedorá protagonista, Fran jamás la había mirado así. Solía hablarle como a una secundaria aunque ya no lo fuese. *El secreto de Amalia* solo interesaba por Anna Guirao y, aunque el índice de audiencia no había estado nada mal, bajó unos puntos cuando Jesús Olmos se la llevó.

Jesús Olmos. Cuánto tiempo sin escuchar su nombre.

«Y ahora está muerto», pensó bajando la mirada.

«No se lo digas a nadie», le rogó Lara cuando le contó todo lo que había ocurrido.

«Jesús Olmos merece justicia», pensó entonces Martina Pierron sorprendiéndose a sí misma.

Con una sonrisa en los labios, abandonó los platós. Ya no le importaba decirles adiós; podía perder esa batalla, pero se negaba a fracasar en la guerra. Además, era conocida, ¿qué podía salir mal? Seguro que le llovían las ofertas tras abandonar una serie que lo único que hacía era ocupar todo su tiempo impidiéndole seguir escalando peldaños en su prometedorá carrera.

Ver las cosas desde otro prisma. Eso era lo que iba a hacer. Pero antes, debido a su obsesión enfermiza por Anna, necesitaba verla hundida. Hundida como lo estaba ella.

*

Lara

Puntual, llegué a comisaría, donde Teresa me esperaba sentada a la mesa de su lúgubre despacho. La inspectora era una mujer metódica, por lo que me sorprendió el desorden de papeles en su escritorio. Al entrar, cerró una carpeta que estaba hojeando y me saludó con amabilidad; entrelazó las manos, expectante por saber qué tenía que contarle.

—Martina Pierron.

—¿La actriz?

—Sí. —Decir su nombre me destrozaba. Me venía a la memoria su cuerpo entrelazado con el mío y me asaltaba una añoranza tan intensa que parecía atravesarme la piel—. La van a echar de la serie porque mi hermana ha vuelto. Es bastante probable que sea la persona que ordenó a Jesús Olmos que hiciera desaparecer a mi hermana.

—¿Por qué piensas eso? Pareces muy segura de lo que dices —comentó con el ceño fruncido.

Me avergonzaba hablar de mi vida privada, especialmente con una inspectora de policía, pero no me quedaba otro remedio. Aun así, traté de buscar otra salida.

—¿Lees la prensa rosa, Teresa?

—Cuando voy a casa de mi abuela.

—Entonces sabrás la competitividad que ha habido siempre entre Martina y Anna, sobre todo cuando empezaron a trabajar juntas en la serie.

—Algo había oído. ¿Adónde quieres llegar?

—Que Martina siempre deseó ser la protagonista y, estando Anna, eso era imposible, por lo que, seguramente, contrató a Jesús y le pagó para que la hiciera desaparecer. A lo mejor su intención era matarla, pero si al secuestrador le faltaba un tornillo, desacató sus órdenes, y, bueno, no sé bien cómo transcurrieron esos trece meses porque mi hermana apenas habla de lo que vivió, pero...

—Lara, solo es una corazonada, me temo. No podemos dejarnos llevar por la intuición si no tenemos pruebas.

—Era mi novia.

—¿Martina? —se sorprendió.

—Sí, desde enero. Ya nos conocíamos, pero una fiesta lo cambió todo. Se acercó a mí y... bueno, ¿quién le dice que no a Martina Pierron? Crees que es una mujer inalcanzable y heterosexual, pero se fija en ti. Fue inevitable caer en sus redes —me excusé, mostrando un valor que no tenía.

—Ya.

—Puede que sí, que sea una corazonada, Teresa, pero hoy lo he visto claro. La última vez que la vi fue hace una semana. Vino a cenar a casa de mi hermana y, aunque ambas adoptaron una actitud diplomática, se palpaba la tensión en el ambiente. Mi hermana le dijo que volvería a la serie y Martina salió esa noche cabreada y

disgustada. No contestaba a mis mensajes ni a mis llamadas, así que esta tarde he ido a verla al rodaje. Todo ha terminado entre nosotras.

—Lo siento. Y dices que empezasteis a salir en enero —dijo con calma.

—Sí.

—Tu hermana aún no había aparecido. No se sabía nada de ella ni se podía pronosticar que iba a aparecer.

—Exacto, he ahí la cuestión —objeté con complejo de Sherlock Holmes—. ¿Y si Martina ya lo sabía? ¿Y si era la única persona que sabía que estaba viva y que regresaría? Está claro que solo me ha querido por interés, por si podía disuadir a mi hermana de volver a esa estúpida serie y dejar que ella continuara llevándose todo el protagonismo. Si ordenó a Jesús que la matara, este igual le dijo que no había sido capaz, que...

—Es demasiado rebuscado, Lara.

—Debe ser ridículo escucharme, lo sé.

Me llevé la mano a la frente. Un dolor terrible de cabeza se adueñó de mí. Teresa debió verme mal, con la mirada cristalina por las lágrimas que querían aflorar. Llevó su mano a la mía, la acarició durante un par de segundos y tensó la mandíbula para luego añadir:

—Investigaré el pasado de Martina Pierron. Si creo que tiene algo que ver con la desaparición de tu hermana o algún vínculo sospechoso con Jesús Olmos que no hallamos con Inés, la interrogaré.

—Gracias, Teresa.

Al salir del despacho de la inspectora, miré el móvil. Al ver que tenía un mensaje de Martina, me detuve para leerlo con atención. El corazón me iba a mil por hora. No podía creer lo que me había escrito:

MARTINA_19:25
Si en 48 horas no
convences a tu hermana
de que no vuelva a la serie,
diré que Anna
mató a Jesús Olmos.
Lo voy a contar todo

Nada más terminar de leer su mensaje me dije:

«¡Fue ella! No le di el nombre del secuestrador cuando le conté que había muerto».

Pero la duda causada por la emoción de tener una prueba tangible contra Martina, se disipó en un instante en cuanto miré la puerta del despacho de Teresa para volver a tocar, entrar y mostrarle el chantaje. Lo cierto era que sí se lo conté todo, absolutamente todo; esa era la verdad. Y ella, quizás ya con malas intenciones, había retenido toda la información en su memoria. En cuanto supe cómo se llamaba el secuestrador se lo dije, necesitaba desahogarme con alguien, pero en ningún momento

le aseguré que fue Anna quien lo mató porque era algo que no estaba del todo claro; mi hermana seguía sin recordarlo o sin querer recordarlo, no tenía ni idea al respecto. Había otra posibilidad para mantener a Martina alejada de la prensa, al menos por unos días, y así vengarme por su trato interesado y sus falsos sentimientos hacia mí. No era solo por mi hermana, se había convertido en algo personal y egoísta. Sin más dilación, con el mensaje abierto en el móvil, volví a tocar a la puerta del despacho de Teresa.

—Adelante.

—Siento molestarte de nuevo, pero es que Martina acaba de escribirme. Mira. — Le tendí el móvil. Leyó el mensaje y me miró sin entender—. Es imposible que sepa que Jesús está muerto.

—¿No se lo contaste?

—No, claro que no. Y tampoco le dije cómo se llamaba. Es importante que su muerte siga sin trascender a la prensa. Puede hacerle mucho daño a Anna.

—Bien —murmuró antes de añadir reflexiva—: Me extraña que si Martina estuvo detrás del secuestro de Anna se exponga de esta manera chantajeándote, pero de todas maneras le haré una visita a ver qué nos cuenta. Gracias, Lara.

—Necesitas... —titubeé.

—No. Te mantendré informada. ¿Me puedes mandar la captura del mensaje a mi móvil?

—Claro, ahora mismo.

No tendría que haberlo hecho, lo sé.

Mentí a la inspectora para causar daño a Martina y darle tiempo a Anna, pero para eso están las hermanas, ¿no? Para ayudarse, protegerse y desechar a quienes nos quieren hacer daño. Además, no tenía nada que perder. De veras tenía el convencimiento de que fue Martina quien, de alguna forma, movió los hilos para llevarse a Anna. Siempre me ha parecido asombroso lo que uno puede encontrar cuando sabe lo que busca.

Anna

No veía el momento de volver al trabajo. Todos estaban entusiasmados con mi regreso. Todos, salvo mi hijo que, pese a tenerlo bajo mi mismo techo, seguía sin verlo.

—¿No va a bajar a cenar?

—No, Anna. No quiere verte. Bueno, ahora ya no quiere verme a mí —resopló Adrián compungido—. Cuando te has ido me ha dicho cosas horribles.

—Pero no podemos consentírselo. Solo tiene ocho años.

—Habla como si tuviera veinte. Tiene el cerebro de un adulto.

La inteligencia de Samuel siempre nos había preocupado, más a Adrián que a mí, claro. Ser superdotado también tiene sus inconvenientes, nos advirtieron, animándonos a que lo llevásemos a un colegio especial donde poder desarrollar mejor sus habilidades. Nos negamos. Dijimos que queríamos que se relacionara con niños *normales*, niños que no jugaban a ser adultos, sino que hacían cosas correspondientes a su edad. Adrián negó con la cabeza, cogió un cigarrillo y salió al jardín. Vi su silueta moverse alrededor de la piscina y, con lentitud, se colocó en el mismo punto donde mi raptor me cogió por sorpresa y me llevó al infierno. Quería olvidarlo. Dios sabe cuánto quería olvidar los trece meses que pasé a su lado, pero cada momento, salvo los últimos minutos que estuve en esa celda, se me presentaban en forma de imágenes que querían seguir haciendo daño con su huella. Me estrujaba el cerebro para recordar y, aun así, las preguntas seguían ganando a las respuestas.

¿Lo maté?

¿Se mató él?

¿Cómo pude escapar?

«Saldrás de aquí por encima de mi cadáver», dijo en una ocasión. Y así fue. Salí por encima de su cadáver.

Aproveché el silencio sepulcral de la casa para escabullirme, subir las escaleras y plantarme frente a la puerta del dormitorio de mi hijo. Sabía que si no lo hacía en la ausencia de Adrián, este me lo impediría. Parecía querer protegerlo de todo y de todos, incluido de mí, pero aún no sabía por qué. No tenía ni idea de lo que le hacían los otros niños en el colegio; siempre pensé que por ser mi hijo era popular, pero lo cierto era que a Samuel siempre le costó adaptarse. Nunca podemos dar nada por hecho.

En el momento en que escuché que la puerta corredera de la cocina se abría, giré el pomo y entré. Vi a Samuel de espaldas, mirando por la ventana. Tenía los puños apretados, el pelo revuelto; sus ojos, al mirarme, no ocultaban el odio que sentía hacia mí, por haberlo separado de Inés.

—¿Podemos hablar? —pregunté con toda la calma de la que fui capaz.

—No.

—Samu, no hay nada peor que perder a unos padres —empecé a decir cuando

me volvió a dar la espalda—. Yo perdí a los míos de la manera más horrible que te puedas imaginar. Aún los necesitaba. Aún los necesito —reconocí mirando al techo para alejar las lágrimas. No quería demostrarle a mi hijo mi debilidad. Si me hubiese esmerado más en educarle intentando estar más presente en su vida desde que nació, habría tratado de convertirlo en un chico fuerte y decidido y era así como quería que me viese.

—Anna... —la voz de Adrián a mi espalda me hizo dar un respingo—. Déjalo.

—Samu... No puedes hacerme esto. No quise irme. Nunca he querido irme. Te quiero, hijo. Te quiero mucho.

—Anna... —insistió Adrián, esta vez agarrándome del brazo y arrastrándome hasta el pasillo cerrando la puerta tras de sí—. Dale tiempo.

De repente, un estruendo en el interior del dormitorio. Samuel había lanzado algo contra la puerta. Adrián negó con la cabeza, trató de impedírmelo, pero un instinto me dijo que tenía que abrir y eso fue lo que hice. Abrí y, en el suelo, encontré la tableta gráfica con el cristal desquebrajado por el reciente golpe. Aún se podía intuir el dibujo que había hecho Samuel. Mi retrato. Y era perfecto, realista como si me estuviera mirando en un espejo. Parecía la obra de un gran artista.

—¿Has hecho tú esto? —le pregunté cogiendo la tableta. Mi hijo ni siquiera me miró. Era obvio. Lo había dibujado él; era lo que me quería enseñar dos días antes de que me llevaran a la fuerza y me alejasen de mi mundo.

Resulta curioso cómo te asaltan algunos recuerdos de improviso. Me llevé la tableta gráfica hasta el jardín, me tumbé en la hamaca y, sin dejar de mirar el dibujo de mi hijo, recordé el día que nació. El ocho de septiembre de 2012. Hacía ocho años que Samuel se abrió paso por la fuerza hasta este mundo luminoso e inhóspito, agitando los entumecidos puños en el aire como tentáculos diminutos. Olvidándome del desgarrador padecimiento del parto, lo primero que pensé al verlo fue: «Es demasiado pequeño, ¿cómo va a sobrevivir?». Palpé la fragilidad de las costillas que rodeaban su palpitante corazoncito. Lo miré a los ojos, los tenía entrecerrados y, de repente, una mueca. «¡Está sonriendo!», exclamó Adrián emocionado. «Se trata de un acto reflejo común en los recién nacidos», lo decepcionó una enfermera. Me daba miedo cogerlo en brazos. Estaba obsesionada con sus costillas; solo quería que se volvieran más fuertes, duras y gruesas en torno a esa minúscula lámpara de vida que tenía en el pecho. Por suerte, no le pasó nada. Su corazón continuó latiendo de noche y de día, sin parar, conforme las estaciones se sucedían y crecía y crecía. Nunca imaginé que preferiría viajar al pasado para volver a esos momentos de constantes ataques de pánico por si dejaba de respirar dada su fragilidad. A esos primeros días de su vida en los que me sentía rara porque no percibía en mí todo ese amor por mi hijo del que nunca se cansaban de hablar las madres. Las madres buenas. Aunque pensar en Samuel fue mi salvación durante mi secuestro, a veces dudaba que hubiera llegado a sentir ese poderoso amor maternal por mi hijo.

*

Ático de Martina Pierron, en ese mismo momento

Martina, satisfecha tras haberle enviado el mensaje a su exnovia, se dio un baño de espuma que no duró lo que a ella le hubiese gustado. Alguien interrumpió su momento de gloria tocando repetidas veces el timbre de la puerta. No esperaba a nadie; el portero, a esas horas, vigilaba con más rigurosidad quién entraba en el edificio, por lo que debía conocer a quienquiera que fuese. Se enfundó el albornoz y, descalza, dejando tras de sí un rastro de huellas mojadas por el suelo de madera, llegó hasta la puerta y miró a través de la mirilla. En un principio pensó que se trataba de Lara que, estúpidamente enamorada hasta las trancas de ella, había ido hasta su apartamento arrastrada por la desesperación de perderla, pero en su lugar se encontró con una mujer y un hombre que enseñaban unas placas. Eran policías.

—¿Quiénes son?

—¿No ve las placas, señorita Pierron? —preguntó molesta la mujer tras la puerta —. Teresa Castro, inspectora de la División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra —se presentó—. Y él es mi compañero, Ángel Salgado. Ábranos la puerta —ordenó.

Martina, blanca como el escaso mobiliario que había en su ático, les abrió. Trató de disimular su nerviosismo con una de esas sonrisas encantadoras con las que engatusaba a sus conquistas, siempre con algún tipo de interés.

—Pasen, por favor, aunque no tengo ni idea de qué hacen aquí.

Ángel Salgado la miró de arriba abajo tratando de controlar las ganas de pedirle una fotografía con él. Se convertiría en el héroe de la oficina; en un Dios para sus amigos; en la envidia de su mujer, fan número uno de la actriz. Teresa, con la espalda erguida, caminó decidida hasta los sofás de cuero observando el apartamento. Estaba casi vacío; no era un hogar, sino un espacio moderno con pretensiones de salir en una revista de decoración.

—Bueno, ustedes dirán —empezó a decir Martina.

—Explíqueme qué significa este mensaje.

Teresa, directa, le mostró una captura de imagen del mensaje que hacía unas horas le había enviado a Lara.

—Ha enviado hoy este mensaje a Lara Guirao. ¿Puede decirme cómo es posible que sepa el nombre del secuestrador de Anna Guirao? Es más, ¿cómo sabe que está muerto si no ha trascendido a la prensa?

—¡¿Cómo?!

La actriz se recostó en el sofá, cruzó las piernas, parecía cómoda, y empezó a reír.

—¿Qué le hace tanta gracia? —se molestó la inspectora.

—Me lo contó Lara. Ella y yo... bueno, fue un error.

—Lara Guirao niega que le diera ninguna información respecto al caso.

—Les juro que me lo contó todo con pelos y señales —protestó alterada—. Que ese hombre, Jesús Olmos, tuvo encerrada a mi compañera trece meses en una celda subterránea en un bosque de un pueblo de Lleida. ¿Me equivoco? Que no está claro si ella lo mató o si su raptor se suicidó, pero...

—Tiene mucha información, señorita Pierron. Conozco a Lara desde hace tiempo. Es periodista, sí, pero en lo referente a su hermana ha sido prudente y, sinceramente, no creo que le haya contado con tanto detalle qué ocurrió. ¿Va a decirme la verdad?

—¡Es la verdad! —exclamó la actriz sintiéndose impotente, desprovista de toda la seguridad de la que presumía hacía escasos minutos. Ya no le hacía gracia. La inspectora la estaba poniendo entre la espada y la pared; su incesante mirada la perturbaba. Por un momento, a Martina le pareció que la inspectora veía a través de ella, o mejor dicho, dentro de ella. Como si pudiera ver dentro de la mente de Martina todos sus secretos. Deseó envolverse el cuerpo con los brazos para repeler aquellos ojos con rayos X—. Ella me lo contó.

—Es su palabra contra la suya.

—Pero...

—Escúcheme con atención. Voy a descubrir hasta el más ínfimo detalle de su vida. Todo. Y, en cuanto a este mensaje, si la prensa se entera que el secuestrador de Anna Guirao está muerto o, peor aún, fantasean con que ella lo mató, me la llevaré a comisaría. Martina Pierron en prisión. Ese sí sería un buen titular, ¿no le parece?

Los policías se levantaron al mismo tiempo. Teresa le dedicó una última mirada que a Martina se le antojó decidida a acabar con ella si se iba de la lengua. Cuando escuchó el portazo de la puerta, Martina cogió el primer jarrón que encontró y lo lanzó contra la pared partiéndolo en mil pedazos.

Si esa inspectora descubría su pasado, lo macabro que puede llegar a ser el destino con las casualidades que se nos presentan en el camino, estaba acabada.

Inés

Habían pasado tres semanas desde que Lola me acogió en su casa y en el bar. Mi primer día de trabajo fue extraño; no daba pie con bola. Veía a Manuel en todas las caras de los clientes, especialmente en los obreros que entraban por la puerta a media mañana a beber una cerveza con el bocadillo envuelto en papel de plata que traían hecho de casa. Dejé de trabajar en el bar a los pocos meses de salir con él. Según Lola, me volví loca, pero me dejé llevar por las promesas de Manuel. Era un poco machista, la verdad; lo educaron para que el hombre trabajara y la mujer se quedara en casa para criar a los hijos, pero yo era feliz así. Íbamos a ser felices hasta que Anna Guirao nos destrozó la vida.

—¿Qué has hecho durante estos años?

La pregunta de Lola, con su hijo Martín expectante detrás de la barra, era inevitable. Para enfrentarme a su arduo interrogatorio, que finalmente no fue lo insistente que creía, estuve ensayando un poco.

—He estado trabajando como contable.

—Por eso los policías estaban interesados en si sabías algo de números — asintió Lola reflexiva.

—¿Qué te preguntaron? —quise saber.

—Hablamos de tu padre —recordó—, de Manuel y de lo que pasó aquella noche —añadió persignándose con la mirada puesta en el techo amarillento del bar—. Querían saber si me sonaba de algo el nombre de Jesús Olmos. Les dije que no. ¿A ti te suena, hija?

Medité un segundo la respuesta. No quería que me acribillaran a más preguntas de las necesarias, y si se enteraban que había trabajado con Anna Guirao, la famosa actriz que estuvo en paradero desconocido durante trece meses, estaba perdida. La prensa, en esos momentos, seguía preguntándose qué pasó. Quién la retuvo contra su voluntad tanto tiempo. Anna no había concedido ninguna entrevista; lo último que sabía de ella era que volvía a trabajar en la serie de televisión.

Su raptor, Jesús Olmos, muerto. Muerto como Manuel sin que nadie los recuerde.

«La que debería estar muerta es Anna», me callé.

—No, no me suena de nada —contesté.

—Entonces, hija, no sé por qué vinieron queriendo saber cosas de ti.

—He estado saliendo con un hombre con problemas. Puede que sea por eso — mentí.

Lola asintió creyendo mis mentiras, cogió un cigarrillo del bolsillo de su delantal y se fue a fumar al trastero donde el corazón de mi padre se rompió.

Cada noche recibía un mensaje de Samuel desde el teléfono que yo misma, con mis

ahorros, le regalé. Para él seguía siendo su madre. «No quiero verla», me escribía sin faltas ortográficas ni abreviaciones propias de su edad. Era un chico increíble, un fuera de serie. Muy maduro para los ocho años que tenía. Me sorprendía y me encantaba conversar con él. Tenía un don, era un artista. Me dejaba anonadada cuando dibujaba mi rostro en su inseparable tableta gráfica, gastada por el uso que le daba. Su madre nunca supo ver cuánto valía su hijo; para ella solo era un objeto de decoración más. Un estorbo. Tuvo a ese niño porque se supone que es lo que hay que hacer. Formar una familia. O puede que fuera un accidente, un niño no deseado. No sé.

El odio hacia Anna iba *in crescendo* con el paso de los días. Imaginaba a Adrián, con quien había compartido tanto, acostándose en la cama con ella. En la misma cama donde dormimos juntos como si yo fuera su mujer durante los meses de ausencia de Anna. Nada de eso existía. Sus «Te quiero» habían sido una mentira. Me dejó en la estacada, cuando más lo necesitaba, a él y a Samuel. Debía asumirlo de una vez por todas después de lo mucho que había hecho por él, pero por más que lo intentaba no podía. Una noche, presa del odio, me presenté en su casa con una pistola vieja que perteneció a mi padre. Ni siquiera sabía por qué la tenía, si funcionaba o estaba cargada; solo quería asustarles y hacerles pasar un mal rato.

Me lo debían, ¿no? Ellos habían destrozado mi vida, nada comparable con un ratito de sufrimiento.

Con el arma a buen recaudo en el bolso, incapaz de pensar con claridad, cogí la copia de las llaves de la casa de Anna que tenía en mi poder. Me subí a un par de autobuses y caminé más de media hora hasta llegar a la urbanización, al mundo que, inocentemente, creí que me pertenecía. Pensé en la señal que me había mandado mi Manuel en el cementerio, en aquel pajarillo que cantó para mí en lo alto de un árbol.

«Si aprieto el gatillo y funciona, la mato», me dije antes de entrar por la puerta. Jamás debería haberlo hecho.

*

Inspectora Teresa Castro

Encontrar datos sobre la vida pasada de Martina Pierron estaba resultando una ardua tarea, como si su vida se iniciase a partir del año 2010, cuando empezó a trabajar en televisión como azafata de un concurso. Era un reto para Teresa Castro, obsesionada con los secretos que ocultan quienes parecen no temer estar expuestos. Por lo menos, había logrado evitar que Martina hablase con la prensa para explicar con detalle qué le ocurrió a Anna. Tras terminar el contrato y ser despedida de la serie, no había vuelto a hacer acto de presencia, ni siquiera en alguna de esas fiestas que tanto solía frecuentar, y los *paparazzi* parecían haberla olvidado. No debía estar saliendo mucho del ático impoluto que visitaron hacía ya unas semanas.

A las once de la noche, el subinspector Ángel Salgado entró agitado en el despacho de Teresa que, sin levantar la vista de la revista que estaba leyendo porque hablaba de la nueva incorporación de Anna Guirao en *El secreto de Amalia*, preguntó:

- ¿Tenemos algo sobre Martina Pierron?
- Ha pasado algo, Teresa.
- ¿El qué?
- Adrián Rojas ha recibido un impacto de bala. Está en el hospital debatiéndose entre la vida y la muerte.
- ¿Quién ha sido?
- Inés Caro.

*

Lara

Como a todo el mundo, los hospitales me producen desazón; al fin y al cabo, pocos lugares en la vida tratan la muerte con tanta certeza. Traté de lucir mi expresión más impasible. Mantenía el miedo acechante guardado en lo más recóndito de mi ser y procuraba respirar despacio. Estaba manejándome bastante bien, o eso creía, hasta que llegué al pasillo y vi a Anna. Nunca había visto a mi hermana tan perdida, ni siquiera cuando apareció después de esos meses de locura. Su secuestro había pasado a un segundo plano, seguía sin querer mentarlo, mientras mi rabia hacia Martina crecía de manera descontrolada. No, no se sabía nada de ella desde que Teresa me dijo que fue a hacerle una visita. Desde entonces, cumplió con los días de rodaje que le quedaban y después se la tragó la tierra como le ocurrió a Anna hacía catorce meses. Pero no podía permitir que Martina siguiera ocupando todo mi pensamiento porque había ocurrido algo horrible. En cuanto me enteré que la loca de Inés le había disparado a mi cuñado, cogí un taxi y fui al hospital. Anna estaba deshecha. No paraba de repetir, una y otra vez, una y otra vez:

—¿Por qué ahora? Se va a morir, Lara. Justo cuando mejor estábamos. Incluso habíamos planeado unas vacaciones para este verano... y ahora se me va a ir... Se me va a ir...

Lo decía con tanta seguridad que daba miedo. La abracé y me limité a tratar de consolarla con las típicas palabras que se utilizan en estos casos:

—Todo va a ir bien. Tranquila. Todo va a ir bien...

*

Anna

En mi otra vida, de haber salido pronto del trabajo, me hubiese encargado de tener un plan distinto al de ir corriendo a casa para estar con mi marido y mi hijo. Pero después de todo, de lo mucho que los había echado de menos, era algo que no concebía. Lo único que quería era estar con Adrián y con Samuel, aunque el niño se encerrase en su dormitorio después del colegio, que estaba a punto de terminar, y siguiera ignorándome como si fuera basura. ¿Me lo tenía merecido? Sí, creo que sí.

—Dale tiempo —repetía Adrián. Lo había dicho tantas veces que no se lo creía ni él. Luego me daba un beso en los labios para calmar mi tristeza.

Vivía en mi propio mundo. En una burbuja libre de enemigos y raptos muertos. Seguía siendo yo, egoísta, siempre mirando por mi felicidad, pero con la diferencia de que también pensaba en hacer felices a las dos únicas personas que me importaban. Pude ver el lado positivo de mi secuestro. Jesús Olmos me había devuelto la vida que no valoré. Recordaba sus extrañas palabras tras esa voz mecánica que me estremecía: «Me recordarás cada día de tu vida». Si su finalidad era esa, lo consiguió. Aparecía en mis sueños declarándome su amor incondicional. Su obsesión. Yo me reía, él lloraba, y, entonces, cogía un arma que aparecía de la nada y le pegaba un tiro en la cabeza. Salía corriendo del zulo desorientada, llena de sangre, sudor y lágrimas, hasta desfallecer. Lo que veía en mis sueños se acercaba más a la realidad de lo que yo pensaba. Puede que esa fuera la tercera escena que había necesitado olvidar para seguir adelante. No estaba cien por cien segura. Aún no.

Tras mi secuestro, deberíamos haber tomado medidas de seguridad; ni siquiera cambiamos las cerraduras. Todas las casas tenían cámaras que sí funcionaban, que no eran de plástico como las nuestras con el único fin de intimidar, y vallas más altas difíciles de saltar. Sabiendo que mi raptor estaba muerto, no creíamos estar expuestos a ningún peligro. Jesús Olmos estaba mal de la cabeza. Cuando decía: «Órdenes de arriba», algo que tuvo en cuenta la inspectora para indagar en el caso, puede que lo hiciera para sentirse menos culpable. Eso quería seguir creyendo. «Nunca des nada por sentado», solía decir mi madre. Nadie está a salvo ni en su propia casa. Una noche de finales de julio, cuando parecía que todo había vuelto a la normalidad, Inés Caro, con una copia de las llaves de nuestra casa, entró como si nada con un revólver en la mano.

Eran alrededor de las diez de la noche. Adrián y yo estábamos tumbados en el sofá viendo una película que ni siquiera recuerdo porque me estaba quedando dormida. Samuel no había bajado ni para cenar; Adrián lo consentía demasiado y permitía que comiera en su dormitorio. Al día siguiente iríamos al colegio para reunirnos con su tutora por todos los problemas que tenía y que yo había ignorado durante todos sus años escolares. Pero no pudimos ir, claro. Inés irrumpió de nuevo en nuestras vidas y desorganizó la agenda.

—Inés, ¿qué haces aquí?

Adrián se levantó del sofá dirigiéndome una mirada con la que pretendía tranquilizarme. No hablamos, todo ocurrió demasiado deprisa, pero me hizo ver que si había un culpable era él al haberla dejado de la noche a la mañana sin darle explicaciones.

—Levántate, Anna —me ordenó Inés apuntándome con el arma. No tuve la menor duda de que vino a por mí. Por un momento, recordé a Jesús. Su pistola, su navaja, sus órdenes, sus llantos al haberle sometido a un maltrato psicológico que merecía.

Lo hice. Me levanté. Miré su cara de loca. Esa mirada que irradiaba el odio que sentía por mí con razones obvias. No se me quitaría de la cabeza esa mirada, así como tampoco aquella noche en la que maté a su pareja. Manuel. Se llamaba Manuel y no lo supe hasta hacía poco. No, Adrián no tenía la culpa de nada; era yo, yo era la única culpable de que Inés estuviera en nuestro salón provocando que el ritmo cardíaco de nuestros corazones se disparasen. Su voz sonaba diferente; ya no era pizpireta como cuando se me presentó en el camerino para trabajar conmigo. Tenía un deje oscuro, solitario. Daba miedo. El arma era vieja, me fijé en el hierro oxidado y recé para que no funcionara o estuviera sin cargar.

—No hagas algo de lo que te vayas a arrepentir, Inés —dije con cautela.

Escuchamos unos pasos. Samuel bajaba lentamente las escaleras. Eso lo precipitó todo. Su presencia, seguramente, cambió nuestros destinos.

—¡Samuel, sube a tu dormitorio! —gritó Adrián con un deje marcado de desesperación sin apartar la mirada de Inés.

—¡Mamá! —gritó feliz Samuel, corriendo en dirección a la perturbada.

Si tengo que visualizar lo que ocurrió, lo resumiría en pocas palabras. Samuel corriendo hacia Inés con los brazos extendidos para abrazarla; Adrián, al mismo tiempo, corriendo en dirección a Samuel para impedirlo, y, de pronto, un disparo ensordecedor que hizo temblar la casa. Me quedé sin respiración. Nunca he sufrido claustrofobia, pero me pareció que así es como debe ser, como si no hubiera suficiente oxígeno en el salón, como si las paredes se cerniesen sobre ti y te engulleran.

Inés miró el arma confundida.

Yo no veía nada.

—No... no tenía que funcionar —balbuceó en estado de *shock* mientras Adrián convulsionaba desangrándose en el suelo con la cabeza a los pies de nuestro hijo que, atónito y sin entender, miraba a Inés.

Nunca recordaré qué hice durante aquellos eternos minutos en los que, tras reaccionar, fui capaz de encontrar mi móvil y marcar el número de los servicios de emergencia. Aún me pregunto cómo fui capaz. De nuevo, una laguna mental royendo mi cerebro. Primera escena, segunda, cuarta. ¿Dónde estaba la tercera? Su voz mecánica. Sus caricias con tacto a guante de látex. La navaja recorriendo mi clavícula. El sonido de un disparo.

¿Fui yo la que lo mató?

No era el momento para pensar en eso.

Inés seguía paralizada, arrodillada en el suelo, con la mirada fija en Adrián. Samuel, por primera vez, acató mis órdenes y subió a su dormitorio. Me sorprendió ver

que no lloró. Ni un ápice de nerviosismo; nada. El cuerpo de su propio padre ensangrentado bajo sus pies, y él no mostró ninguna emoción. Sin saber de dónde saqué el valor, corrí hacia mi marido sin miedo a que Inés intentara matarme también a mí, y presioné en la herida para contener la hemorragia hasta que llegara la ambulancia.

A Inés se la llevaron. No quise saber nada más de ella. Me negaba a dedicarle un solo minuto de mi pensamiento mientras esperaba en una fría sala de hospital. Vino mi hermana, también Teresa, la inspectora, con su compañero, prometiéndome que Inés Caro lo iba a pagar. Horas más tarde, apareció el doctor retirándose la mascarilla de la boca para darme noticias.

—La operación ha concluido, señora Guirao. Le hemos extraído la bala y han intentado recomponer los órganos dañados. No obstante, ha sufrido una hemorragia severa, por lo que hemos tenido que inducirlo a un coma.

—¿Eso qué significa? —pregunté llorando, aferrándome al abrazo de mi hermana que no se había movido de mi lado.

—Que tendremos que estar muy pendientes esta noche. Siento ser tan sincero, pero tiene que prepararse para lo peor. Es posible que no sobreviva. Lo siento.

Fue como si me arrancaran el corazón de cuajo. De pronto, me vi en la fiesta donde lo conocí, hablándole de mis sueños, de mis proyectos más inmediatos, de lo bien que me lo había pasado rodando en la India y de las ganas que tenía de cambiar de escenario. Podía escuchar su voz hablando con pasión de sus guiones y del agobio que le provocaba tener tantas historias en la cabeza y tan poco tiempo para plasmarlas. Pude visualizar el primer beso que nos dimos en la playa. Cómo me dejó sin aliento, la sensación de flotar en una nube cuando me acariciaba. Las mariposas revoloteando en mi estómago las primeras citas; el corazón latiendo desbocado cuando nuestros cuerpos estaban en contacto; la felicidad de aquellos primeros momentos por un simple roce, por algo tan simple como ver su mano entrelazada a la mía. Luego, todo se fundió a negro al darme cuenta de que, durante gran parte de nuestra relación, lo había ignorado como si no existiera, especialmente cuando me enteré que estaba embarazada.

Fue un accidente.

*

Anna

Lunes 9 de enero de 2012

Lo primero que pensé al ver que el test de embarazo había dado positivo, fue: «¿Y si no es de Adrián?». Inmediatamente, recordé mis dieciséis años; el momento en el que, presa del pánico, les anuncié a mis padres que esperaba un bebé de un chico al que no conocía. Un embrión implantado en los baños mohosos de una discoteca.

—Joder, has tenido valor, tía —soltó mi hermana que, por aquel entonces, con las orejas llenas de piercings, no sabía formular una frase sin decir al menos un taco.

Cuatro días después, empecé a sangrar.

—Es lo mejor que pudo pasar, hija —dijo mi madre apenada, a pesar de que ya se había hecho a la idea de que iba a tener que criar a un nieto como si fuese un tercer hijo. Sabía que sí, que era lo mejor, pero durante días era yo la que sentía un vacío en el vientre. Y también en mi corazón. Me dolía como si me estuviesen clavando agujas. Me prometí que jamás tendría hijos. Hasta a mí misma me fallo a veces.

Ya no tenía dieciséis años. Tenía un buen trabajo, mucho dinero, una casa demasiado grande para dos, y una pareja que me adoraba pese a todos los cuernos que llevaba auestas sin que lo supiera. Y, si lo sabía, no parecía importarle.

—¿Embarazada?! —exclamó loco de felicidad.

Dije que sí con una sonrisa falsa. Me tragué las lágrimas y las derramé en privado durante los nueve meses de embarazo. Mi hijo ya sintió desde mis entrañas que no lo quería. Que nunca lo quise. Que, si por mí hubiera sido, jamás habría existido. Al nacer Samuel, no hubo duda alguna de que era hijo de Adrián. Sus padres comparaban las fotos y eran dos bebés idénticos aunque Samuel fuera rubio, como mi madre, y Adrián tuviera el cabello negro. Pese a alguna pequeña diferencia, nadie podía negar que eran padre e hijo. Misma forma de ojos, nariz, labios... Tuve suerte. Pero no la supe ver.

*

Anna

Samuel estaba al cuidado de sus abuelos que, aunque hubieran preferido estar junto a su hijo, traté de aliviarles diciéndoles que no tenían de qué preocuparse.

—Adrián es fuerte, la operación ha salido bien. El médico dice que si pasa de esta noche, que es lo más seguro, estará fuera de peligro.

O así lo quise entender yo.

Trasladaron a Adrián a la UCI. Los horarios de visita estaban muy controlados, una hora por la mañana y otra hora por la tarde; sin embargo, me dejaron quedarme toda la noche en el pasillo con la cabeza pegada al cristal. Mi hermana iba y venía, siempre con un café en la mano. Hasta hacía poco era yo la que estaba en una cama de hospital y la gente me miraba con pena a través de una ventana similar a la que me aferraba yo para sentirme más cerca de mi marido.

—He superado mi dosis de cafeína por hoy —le dije.

—Tienes que dormir un poco.

—No, quiero quedarme aquí —negué con la voz rota—. Vete a casa, no te preocupes. Estaré bien.

—No voy a dejarte sola. Nunca.

Esas fueron las palabras exactas que le dije cuando creía que Lara iba a ser incapaz de superar la muerte de nuestros padres. Fue un palo muy duro para ambas, pero más para ella que, por aquel entonces, se sentía perdida; no sabía qué iba a hacer con su vida. Yo siempre tuve las cosas más claras, aunque muchos pensasen que tenía pájaros en la cabeza cuando les decía que iba a ser actriz. Cómo me gustó restregárselo en las narices a todos aquellos que no confiaron en mí.

—Estás pensando en lo mismo que yo, ¿verdad?

—En papá y mamá —murmuré.

—Sí. Siempre están en mi pensamiento, pero cuando ocurren cosas malas los siento más presentes. Como si velaran por nosotras, no sé. Ni siquiera tenemos unas tumbas donde poder llevarles flores —comentó con tristeza observando el cuerpo intubado de Adrián.

Mi mirada constante a las máquinas, asegurándome de que todo funcionaba correctamente, de que los pitidos sonaban con regularidad, me había provocado jaqueca. El ruido constante resonaba en mi cabeza como un eco. Fue la peor noche de mi vida, parecía que no iba a terminar nunca, pero cuando el reloj marcó las ocho de la mañana y llegó el doctor, sus palabras me dieron aliento.

—Ha superado la primera noche. Era lo más difícil, señora Guirao. Váyase a tomar un café tranquila y descanse un rato.

Así hice. Bajé a la cafetería y llamé a mi representante para contarle lo ocurrido. La decisión estaba tomada: iba a dejar la serie aunque, por contrato, estaba obligada a darle un final decente a Amalia. ¿Que cuándo podría ir a grabar? No lo sabía. Dejé el mail sin contestar.

Cuarenta minutos más tarde, subí de nuevo a la UCI. Ya no veía a Adrián;

estaba rodeado de médicos y enfermeras que entraron corriendo para tratar de salvarle la vida. Estuvieron, no sé, cinco minutos, puede que más, hasta que el pitido de las máquinas cesaron. Antes de que el doctor saliera por la puerta, ya sabía lo que me iba a decir.

*

Inés

—Inés Caro Medina, ¿cómo se declara?

—Culpable.

«Tú eres la que tendrías que estar encerrada», pensé, mirando por última vez a Anna Guirao que, de riguroso luto y con un rostro que reflejaba la misma pena que la que sentí yo cuando mató a Manuel, se quedó sentada en el banquillo del juzgado contemplando cómo me llevaban esposada.

Siempre me quedarían aquellos trece meses en los que Anna desapareció del mundo. Aquellos dos efímeros años en los que aprendí que el amor puede salvarte. Que nunca se es demasiado mayor para suspirar por alguien. Sí, siempre me quedaría una vida que recordar durante los veinte años de condena que me habían caído encima por matar a Adrián.

Pero si me preguntan si fui responsable del secuestro de Anna, tengo que decir que no. Que no fui yo, aunque ojalá lo hubiera sido.

Repito: alguien se me adelantó.

PARTE -1



JULIO

*Julio los prepara
y agosto se los lleva*

TITULARES
Julio de 2020

INÉS CARO, EXNOVIA DE ADRIÁN ROJAS,
CULPABLE

CONDENAN A LA ASESINA DEL GUIONISTA ADRIÁN ROJAS A VEINTE AÑOS DE PRISIÓN

PRIMERAS Y ÚNICAS DECLARACIONES
DE LA ACTRIZ ANNA GUIRAO:
«ME HAN DESTROZADO LA VIDA»

¿QUIÉN SE LLEVÓ A ANNA GUIRAO?
SEGUIMOS SIN RESPUESTAS

POCO LE HA DURADO EL LUTO A LA ACTRIZ ANNA GUIRAO.
VUELVE A LA SERIE Y SE LA VE CENANDO
CON EL ACTOR GUS MARTINS

Anna

Fueron unos días difíciles. Semanas extrañas en las que apenas podía salir porque los *paparazzi* me acosaban allá donde fuera.

La casa se me hacía inmensa sin Adrián y sin Samuel que, a gritos y con una mirada perversa y cargada de odio, dijo que quería quedarse con sus abuelos, que no quería volver a verme en la vida. Los padres de Adrián aceptaron gustosos quedarse con el pequeño; los ayudaría a sobreponerse a la pérdida de su hijo, cuyos restos descansaban en el cementerio de Les Corts. Sabía que estaría mejor con ellos; tal y como decía Adrián, necesitaba tiempo para volver a quererme. No iba a desistir en mi empeño de recuperar a mi hijo, no podía quedarme de brazos cruzados, encerrada como Inés en una celda, con la única diferencia de que mi casa tenía más metros cuadrados y un bonito jardín que me recordaba a algunos momentos felices que, cómo no, no supe que lo eran hasta que fue demasiado tarde. A menudo, solía quedarme quieta en el salón, frente al mismo punto donde mi marido recibió el disparo de bala y se desangró. Quedó un pequeño cerco en el suelo a modo de recordatorio de lo que pasó aquella noche. Le dije a Ágata que no se esmerara en eliminar la mancha del todo; era la prueba tangible de que Adrián nunca volvería a casa.

El rodaje de *El secreto de Amalia* se detuvo durante tres semanas. El director y los productores se tiraban de los pelos; la cadena les había puesto un ultimátum. Me culpaban por mi falta de profesionalidad y se arrepentían de haber despedido a Martina que, cumplidora con su trabajo hasta el final, no había faltado un solo día al set durante mi ausencia involuntaria. La audiencia, molesta por la retransmisión de capítulos antiguos, exigía una continuidad que no podíamos ofrecerles, así que, empujada por mi representante y mi hermana, volví a afrontar con incertidumbre el personaje de Amalia. Más de dos mil capítulos emitidos. Era agotador. Siempre rodeada de focos, de pelotas que me agasajaban, de escenarios inexistentes de cartón que, con un solo dedo, imaginaba que derribaba. Porque mi vida, desde que Jesús Olmos me llevó a su guarida, se había desplomado como una montaña de naipes. Aun así, desde el primer día, supe que yo era carne de plató y que trabajar me iba bien para olvidar lo ocurrido. Y así fue. Me vino bien durante un tiempo hasta que empezaron las paranoias. El no sentirme segura en ningún sitio creyendo que el mal me acechaba en cualquier rincón.

La prensa no tardaría en criticarme. Era como vivir en un pueblo pequeño en el que todos se conocen y hablan sin saber, como cuando te otorgan una vida que no sabes que vives. Solo yo sabía cómo me sentía, pero tampoco podía expresarlo, lo cual hacía que ni mi propia hermana me entendiese. Mi comportamiento no era lógico, lo sabía, pero ¿qué tenía que hacer? ¿Cortarme las venas? ¿Rendirme y bajarme del mundo? No. Eso no iba conmigo. Decidí empezar de cero. Olvidar. Perdonar, si es que eso era posible, y pensar en el Adrián del pasado, el que no me guardaba rencor porque aún no lo había tratado como nunca mereció que lo tratara, y querría que continuara remando con fuerza lo que me quedase de vida.

Todo habría ido bien si alguien no hubiese empezado a dejarme esas notas en

mi camerino despertando la oscuridad que anidaba mi alma.

Lara

Estaba preocupada por Martina, de la que hacía semanas que no se sabía nada, pero demasiado ocupada con mi hermana como para pensar en una mujer que, a cada día que pasaba, más claro me quedaba que me había utilizado. La inspectora me confesó que había algo extraño en ella, como si su vida hubiese empezado en 2010 y no quedara rastro de lo que hizo con anterioridad.

—Entonces, ¿crees que puede tener algo que ver? ¿Que ella ordenó a ese loco que se llevara a Anna?

—Motivos tenía, aunque no hemos encontrado nada que la vincule a Jesús Olmos; quizá no hemos ido en la dirección correcta —rumió Teresa—. Quienquiera que contratara a ese hombre lo hizo en la sombra, con dinero negro... pero la experiencia nos dice que siempre hay una conexión entre verdugo y lacayo. La desaparición de Anna provocó que Martina cobrara más protagonismo en la serie y, con su regreso, la han despedido. No te imaginas la de cosas retorcidas que puede llegar a hacer la gente para conseguir lo que se propone. Muchos matarían a su propia madre por menos de lo que tiene tu hermana. Por cierto, ¿Anna ha recordado algo sobre su secuestrador? Si lo mató o...

—No. No habla del tema —respondí tajante.

—Me gustaría hablar con ella.

—Ha vuelto a la serie, está muy ocupada.

Sabía las pocas ganas que tenía Anna de hablar con la inspectora; suficiente había tenido con la muerte de Adrián. Solo trataba de excusarla.

—Lo sé. Pero ¿crees que podría pasarme por su casa cuando acabe de rodar?

Me encogí de hombros. Anna había rechazado todos los interrogatorios a los que Teresa quiso someterla con tanto ímpetu como las sugerencias de que acudiera a un psicólogo que la ayudase, pero no estaba obligada a nada. Parecía no necesitar la ayuda de nadie, y por eso la envidiaba. A mí una simple ruptura me tenía desquiciada. ¿Cómo podía soportar con tanto aplomo todo lo que le había tocado vivir? ¿Es que había perdido la capacidad de querer? ¿De sentir? Se excusaba y, en parte, creo que se protegía a sí misma diciendo que no había recordado nada más y que el asunto la alteraba. Tampoco le daba la gana recordar el accidente que le costó la vida a la pareja de Inés y, recientemente, a mi cuñado. Seguía negándolo todo. «Fue un jabalí, en la montaña. No tengo nada que ver con ese accidente, no sé de qué me habláis». Ojo por ojo, diente por diente, dice el refrán. No tuvo más remedio que enfrentarse a las preguntas tras la muerte de mi cuñado, pero dos semanas más tarde, como si volviera a ser la de siempre, regresó al trabajo, a las fiestas, al flirteo con hombres. Nadie la entendía. Ninguna mujer que hubiese perdido a su marido podía empatizar con Anna; era imposible. No sabía qué era lo que se le pasaba por la cabeza. Había mutado la tristeza más absoluta por la felicidad que le confería su renovada libertad. Parecía estar más viva que nunca. Ni siquiera veía a su hijo, que quiso quedarse con sus abuelos, y,

que yo sepa, no hubo ningún intento por su parte para recuperarlo. Le daba todo igual. Las ataduras y responsabilidades nunca fueron ligadas a su difícil personalidad.

—Es lo correcto. Yo tengo mucho trabajo, no podría hacerme cargo de él —comentó mi hermana fríamente—. Sus abuelos lo atienden mejor y, además, no quiere ni verme, así que poco puedo hacer —añadió resignada.

—No voy a ser capaz de comprenderte nunca —murmuré con pena.

—Es que ni tú ni nadie tiene que comprenderme, a ver si lo entiendes, Lara. Vivo mi vida de la mejor manera que sé, como todo el mundo. Ya no tengo que rendirle cuentas a nadie; hago lo que me da la gana y punto —se rebeló.

—Claro. Siempre has sido capaz de continuar con tu vida como si nada.

Envidiable la capacidad que tenía de volverse más fuerte ante las peores adversidades que le presentaba el destino.

*

Lara

Martes 28 de diciembre de 2004

Hacia tres días que no sabíamos nada de nuestros padres. Les costó decidirse, no querían dejarnos solas pese a que Anna tenía veintiún años y yo diecinueve, pero al final, con motivo de su veinticinco aniversario de bodas, viajaron a Tailandia. Las últimas palabras de mi madre fueron:

—Portaos bien.

Nuestro padre, siempre tan divertido y despreocupado, nos guiñó un ojo y añadió:

—Pero disfrutad, que solo se es joven una vez.

Salieron por la puerta cargados de maletas. El taxi los esperaba en la calle para llevarlos al aeropuerto. Aún no teníamos ni idea de que esa sería la última vez que los veríamos.

Anna y yo habíamos realizado mil llamadas con la terrible sensación de que nuestros padres habían sufrido las consecuencias del terremoto del océano Índico que provocó una serie de tsunamis devastadores a lo largo de las costas. Había más de doscientas mil víctimas, sin contar con los millones de desaparecidos. Tailandia, donde se encontraban nuestros padres, se vio gravemente afectada cuando la mañana del 26 de diciembre bajó la marea de manera rápida y sorprendente, sin saber que una ola gigantesca causada por un seísmo de nueve grados en la escala abierta de Richter se acercaba a gran velocidad a los puertos pesqueros, playas e islas, para arrasarse sin piedad con todo cuanto encontrara a su paso. Finalmente, cinco días más tarde y tras toda la confusión que el tsunami había provocado a nivel mundial, se pusieron en contacto con nosotras declarando a nuestros padres muertos. El tsunami, con su poder de destrucción, pulverizó los complejos hoteleros, donde tuvieron la mala suerte de estar en el momento de la gran ola, como en la película *Lo imposible*, de Bayona, que mi hermana y yo hemos sido incapaces de ver.

Después de pasar las peores navidades de nuestras vidas, tan solo pudimos hacer una misa en su memoria en enero. Jamás recuperaron sus cuerpos. Se pulverizaron con el paisaje desolador del paraíso. Las tumbas con sus nombres grabados que dejé de visitar hace años yacen vacías.

Y yo, cuando más hundida estaba sin ser capaz de ver la luz al final de un túnel oscuro y deprimente, me vi elevada por los brazos fuertes de mi hermana y una promesa:

—No voy a dejarte sola. Nunca.

Y eso hizo. Pese a sus triunfos, los numerosos viajes y su exigente trabajo en la industria de Bollywood que la tenía viviendo a caballo entre la ciudad de Mumbay y Barcelona, nunca me dejó sola. Sin embargo, la muerte de nuestros padres marcaría un antes y un después en su difícil personalidad y, sobre todo, en su idea de vivir la

vida como si el mundo se fuese a terminar mañana. Como si no tuviera nada que perder.

*

Lara

Anna podía tener mil defectos. No le importaba lo más mínimo las cosas malas que le ocurrieran a los demás. Ni siquiera parecía quitarle el sueño la muerte de su propio marido ni la ausencia y la indiferencia de su hijo. Cualquiera podía pensar que estaba loca, que no pensaba con la cabeza, que se dejaba llevar por los impulsos sin hacer caso a la razón. Pero para mí era mi heroína. Había intentado remover cielo y tierra para encontrarla, pero finalmente, haciendo alarde de esa fortaleza única en ella, apareció de la nada y, aunque un estado de nerviosismo constante hizo prever que le costaría superar las secuelas del secuestro, salió a flote a los pocos días de manera milagrosa.

¿Que si mató a Jesús Olmos?

Ojalá. Pero nunca lo sabremos. Ella no hablará.

Inspectora Teresa Castro

Corazonada o simple desesperación, la inspectora Castro, tras intentar ponerse en contacto sin éxito con Anna Guirao, ordenó a Salgado que indagase en la vida de Marta Antúnez, la bailarina de striptease que fue agredida sexualmente por Jesús Olmos en 2005, al salir del club nocturno donde trabajaba.

—Quiero una foto de esa mujer —ordenó.

Dicho esto, Teresa salió de comisaría y condujo cuarenta minutos hasta aparcar frente a la casa de Anna Guirao. Sabía que la actriz salía del trabajo a las seis de la tarde y que solía llegar alrededor de las siete, se lo había dicho Lara, pero lo que no esperaba, es que tendría que esperar cuatro horas hasta ver aparecer el coche de la actriz, que se perdió en la oscuridad tras cruzar el portón automático de su casa. Minutos más tarde, a las diez y veinte de la noche, la inspectora tocó al timbre. Anna tardó un par de segundos en reconocerla y abrir, pero la recibió con una sonrisa amable que distaba mucho de la imagen que vio de ella en el entierro de Adrián Rojas, donde las lágrimas no cesaban de correr por sus mejillas y sus ojos se mostraban perdidos y ansiosos entre tantas condolencias.

—Buenas noches, Anna. Siento las horas.

—No pasa nada. Me irá bien un poco de compañía.

Anna invitó a entrar a Teresa con un gesto. Lo primero en lo que reparó la inspectora fue en el cerco que había quedado en el suelo de mármol del salón. La sangre de Adrián.

—Es imposible quitarla —se disculpó Anna encogiéndose de hombros—. ¿Quieres beber algo?

—No, gracias. Estaré poco rato.

—Siéntate, por favor.

Teresa tomó asiento en el sofá, le dedicó a Anna una sonrisa forzada, y decidió que lo más sensato era ir directa al grano.

—¿Sigues sin recordar cómo escapaste?

—Nada. No recuerdo nada.

—Bueno. Tu hermana está al tanto de la investigación que estamos llevando a cabo, nos dijo que no te molestáramos si no lo creíamos conveniente.

—Ella siempre tan protectora —rio—. A veces creo que es la hermana mayor.

—Investigamos a Inés Caro, pero no había nada que la ligara a Jesús Olmos pese a que tenía motivos para querer emprender una venganza contra ti.

«¿Otra vez con esa historia?», pensó Anna.

La inspectora no apartaba los ojos de ella. La típica argucia del policía: mirarte hasta que dices algo. La primera frase que pronuncias es la más reveladora, aquella por la cual te juzgarán. Anna prefirió quedarse callada.

—No sé si tu hermana te ha contado algo, pero Martina Pierron le mandó un mensaje amenazando con que iría a contar a la prensa que habías matado a Jesús. Lara en ningún momento le contó nada, por lo que era imposible que supiese cómo se

llamaba y el punto exacto donde te tuvo encerrada.

—¿Fue ella? ¿Martina pagó a ese loco para que me raptara?

—Hoy por hoy es nuestra principal sospechosa, Anna, pero no hay manera de encontrar nada sobre su pasado. Es como si su vida, antes de 2010, cuando empezó a trabajar en televisión, no existiera. ¿Qué sabes de ella?

—Que es una arpía. Aparte de eso, nada más. Nunca nos hemos llevado bien.

—Me da la sensación de que todas sois un poco arpías, Anna —se atrevió a decir la inspectora observando todo cuanto había a su alrededor—. Para conseguir una casa así hay que tener ambición y no importarte lo más mínimo pisotear a quien haga falta por el camino. ¿Me equivoco? —Anna negó con la cabeza mirando fijamente a Teresa, como si esta la hubiera hipnotizado. Teresa dudaba mucho que Anna fuera consciente de que estaba sonriendo cuando no debería, y que esa sonrisa resultaba perturbadora—. La cuestión es que nadie secuestra a una persona por nada. La orden que le dio a Jesús Olmos, suponemos, fue otra muy distinta.

—Lo sé. La bruja, como la llamaba él, quería matarme.

—¿La bruja?

—Órdenes de arriba, la bruja, el mal..., sí. La bruja. Tienes suerte de que no le haga caso a la bruja, decía, con la estúpida excusa de que se había enamorado de mí.

—Empieza a cuadrar todo, ¿no crees? —sugirió Teresa.

Anna, quieta como una estatua, meditó durante unos segundos si sería buena idea enseñarle las notas que le habían dejado en el camerino desde el primer día que regresó a la serie. Finalmente, decidió dejarlas donde estaban, en su bolso. En ese momento, Anna recordó una cita de Benjamin Franklin sobre los secretos y que solo podían guardarse si todo el mundo estaba muerto. No existía un silencio hermético e infalible en cuestión de secretos. Acto seguido, le dijo a Teresa que estaba muy cansada, que la jornada había sido agotadora y quería irse a dormir.

—Claro. Ha sido un placer hablar contigo, Anna. Estaremos en contacto —se despidió la inspectora con un apretón de manos profesional.

Antes de arrancar el motor, Teresa permaneció en el interior de su coche observando la casa. Las luces del segundo piso, lo único que alcanzaba a ver desde su posición, no se habían encendido, por lo que Anna Guirao no iba a acostarse todavía, una mentira sin importancia; sin embargo, su invención con respecto a lo que le pasó a su coche negando que ella fuera la responsable de la muerte de Manuel Torres, le hizo pensar a Teresa que a la actriz le gustaba mentir más de lo que debería dadas las circunstancias.

*

En comisaría, a la mañana siguiente

Se percibía en las profundas ojeras que lucía el subinspector Salgado esa mañana, que no había pegado ojo en toda la noche. Tocó dos veces a la puerta del despacho de la inspectora Castro y, sin dar los buenos días, le plantó en la mesa una carpeta cuyo contenido consistía en dos fotografías: la de Marta Antúnez en 2005, con veinte años, y la de Martina Pierron en 2020, con treinta y cinco.

—Actualmente en paradero desconocido —añadió Salgado perspicaz.

Anna

Por primera vez en mi vida caminaba por los platós con la cabeza gacha. Tenía miedo. Cada mañana me esperaban en mi camerino pósitos con refranes macabros que me hacían creer que, quienquiera que fuera la persona que había ordenado a Jesús Olmos secuestrarme y matarme, estaba cerca, y de quien sospechaba la inspectora no podía ser; Martina ya no trabajaba en la serie. Preferí callarme.

Empezó con un simple: «Quien siembra vientos, recoge tempestades»; siguió con una cita de Quevedo: «Donde hay poca justicia es un peligro tener razón» y, a la semana, mentó a Edgar Allan Poe y una de sus macabras frases: «La muerte de una mujer hermosa es, sin duda, el tema más poético del mundo». A esa nota le acompañaba una fotografía mía hecha desde lejos. Tenía un agujero en la frente, como si antes de dejarla en mi camerino le hubiesen clavado un dardo. No era muy nítida y tampoco me había pillado favorecida. Se me veía tras el ventanal del restaurante donde cené con Gus, un actor con el que me acosté hacía años, pero al que le di calabazas esa misma noche cuando intentó sobrepasarse al despedirse en la puerta de mi casa. Cuando más desapercibida quería pasar para la prensa, más encima de mí estaban, como si alguien moviera los hilos y les chivara dónde me encontraba. Chivatos han habido siempre, así que no era lo que más me preocupaba. Los pensamientos se arremolinaban en mi cabeza como tornados y miraba con disimulo a todo el equipo técnico y artístico de la serie olvidándome del texto cuando tenía frente a mí a algún actor o actriz. Todos me parecían culpables y no podía dejar de pensar: «¿Habrá sido él? ¿O ella? ¿Algún figurante de los que tienen fijos en la taberna? ¿Quién, de toda la gente que se mueven como autómatas por estos platós, podía conocer al loco de Jesús Olmos?».

Cada vez me costaba más fingir.

*

Anna

Lunes 18 de mayo de 2020

Últimos minutos con mi raptor

—La muerte de una mujer hermosa es, sin duda, el tema más poético del mundo —
recitaba mi raptor de voz mecánica.

Estaba dormida cuando llegó. Abrí los ojos con lentitud, como si mis párpados,
de repente, pesaran cien kilos, y le dediqué una de mis lindezas:

—Estás más gordo.

Ladeó la cabeza enfundada en el pasamontañas y sacó la pistola del bolsillo de
su pantalón negro. No sabía qué hora era, pero por el agujero del techo se intuía de
noche. Es cierto eso que dicen que nunca sabes en qué momento va a terminar la
situación en la que te encuentras. En qué instante tu vida va a dar un giro de ciento
ochenta grados y pueden cambiarse las tornas.

¿El destino está escrito o lo escribimos nosotros día a día con nuestras
decisiones?

—La muerte de una mujer hermosa es, sin duda, el tema más poético del mundo
—repitió lentamente, regodeándose en cada palabra.

Creía que me iba a matar sin tan siquiera entrar en el zulo; la verja permanecía
cerrada y la llave en la mano que le quedaba libre. Ni un ápice de tristeza en su voz, ni
un solo llanto como me tenía acostumbrada últimamente tras decirle que jamás podría
enamorar me de alguien como él.

—¿Le vas a hacer caso a la bruja? ¿Por fin me vas a matar? —solté con una
risa burlona para disimular el terror que me estaba haciendo sentir.

No contestó. Me miraba fijamente con esos ojos negros de ultratumba, agachó la
cabeza y entró. El canto de un pájaro a lo lejos me sorprendió; hubiera jurado que era
de noche. Los pájaros no cantan de noche.

¿O sí?

—Se está haciendo de día —informó el raptor como si me hubiera leído el
pensamiento—. Me quiero morir, Anna —susurró—. Estoy cansado, no puedo más.
¿Me vas a ayudar a morir?

Me tendió el arma. La cogí sin pensar; el frío metal pareció fundirse con mi piel.
Miré la verja abierta, luego lo miré a él que, en cuclillas frente a mí, volvió a citar a
Edgar Allan Poe, y recalcó:

—Solo hay dos opciones. Que te mate y luego me suicide, o que me mates y
huyas de aquí. Si te suelto y el mal me ve, será peor. Mucho peor.

—Dime quién es el mal —supliqué.

—Prometí que le guardaría el secreto —contestó con un hilo de voz. Quise
imaginar que, tras el pasamontañas, sonrió por última vez—. Ahora, hazlo; mátame.

Con la mano temblorosa, retiré el seguro del arma y lo apunté a la zona del
pecho. Cerré los párpados con fuerza; pensé que había sido un engaño cuando él negó

con la cabeza y, con la mano derecha enfundada en el guante de látex, me obligó a dirigir el arma a su sien.

—Quiero morir en el acto —pidió—. Por cierto, me llamo Jesús.

Fue lo último que dijo. Nuestras manos unidas por un arma clavada en su sien. Mi dedo apuntando el gatillo y, de repente, un fuego imaginario en mi cerebro incendiando el revelado de la tercera escena pasando directamente a la cuarta, al instante en que corría libre por un bosque desconocido, imaginando que mi raptor, en realidad muerto, corría detrás de mí. De nuevo me veía a mí misma pestañeando varias veces hasta conseguir mantener los ojos abiertos. La luz directa del sol me cegó. ¿Cuándo se había hecho de día? ¿En qué periodo de tiempo la luna dio paso al sol? Era como un topo saliendo de su madriguera. En el momento en que estaba convencida de que me había quedado ciega, mis conductos lagrimales se activaron y vertieron un torrente de lágrimas.

Seguí corriendo.

*

Anna

Eso fue lo que sucedió. Desde que Adrián murió, la escena se me presentaba en sueños y, al despertar, creía ver al fantasma de mi raptor a los pies de la cama con el pasamontañas cubriendo su cabeza sin posibilidad de verle la cara. No sabía cómo era. Me había negado a ver la fotografía de su cadáver.

Yo lo maté. Él me pidió que lo hiciera.

¿Me convierte eso en una asesina?

No. Me convierte en una superviviente.

Conseguí huir por encima de su cadáver.

Fundido a negro.

Mi madre decía que, cuando hace calor, pasan cosas malas. Yo soy de las que cree que, cuando hace calor, la gente se vuelve loca, conduce mal, se le agria el carácter, no atina con las palabras adecuadas y es capaz de cometer cualquier acto atroz con tal de salvarse el pescuezo. Cuando entré en mi camerino, pillé a una becaria del departamento de maquillaje con la que nunca había hablado, terminando de escribir en el espejo con pintalabios rojo:

VETE, ZORRA

Al verme entrar, la chica se quedó blanca como la pared. Apreté los puños para no atestarle una bofetada impulsiva ahí mismo, sin disimular mi sorpresa ante lo que era evidente. Una simple becaria, de no más de veinticinco años, dejándome notas en mi camerino.

—¿«Vete, zorra»? —reí, confundiéndola todavía más—. ¿Perdona, dónde estamos? ¿En los baños del instituto? ¿Eres la matona de la clase?

—Anna, no... —titubeó con sus ojos marrones muy abiertos y la respiración agitada.

—¿Quién te ha ordenado que me hagas esto?

Saqué todos los pósits de mi bolso y se los lancé a la cara. Ni siquiera sabía cómo se llamaba, pero la jefa de maquillaje no tardaría en enterarse, y yo misma me iba a encargar de que esa jovencita osada no encontrara trabajo en su vida.

—¡Habla! —grité. Y, cuando lo hice, varios integrantes del equipo técnico se detuvieron para ver qué ocurría—. ¿Habéis visto lo bonito que me dejan el camerino? —les pregunté señalando el espejo. Ninguno se atrevió a decir nada.

La becaria estaba muerta de vergüenza. Bajó la cabeza y, en un murmullo apenas audible, contestó:

—Martina Pierron me pagó para que te dejara esas notas. Lo siento...

—Buena chica. Ahora voy a encender la grabadora de mi móvil, vas a decir tu nombre completo y a qué te dedicabas en esta serie antes de que te pongan de patitas a la calle, y repites lo que acabas de decir.

Cumplió mi orden, hice una fotografía al espejo, recogí los pósits del suelo y me fui a comisaría diciendo que ese día me negaba a rodar.

*

Inspectora Teresa Castro

Anna Guirao, furiosa, entró como un torbellino en el despacho de la inspectora Castro. Teresa nunca la había visto así, ni siquiera cuando, temblorosa, habló de los trece meses de cautiverio a los que le sometió Jesús Olmos. Anna le mostró el audio de una voz joven y compungida admitiendo que Martina Pierron le había dado dinero para dejarle notas y amenazas en su camerino. Su intención era clara: quería venganza por haber perdido su puesto de trabajo. Asustar a Anna. Volver a hacerla desaparecer, quizá. Por lo visto, Anna había pillado in fraganti a la becaria escribiendo: «VETE, ZORRA», en el espejo. Teresa no daba crédito a lo que escuchaba; la actriz protagonista de *El secreto de Amalia*, que no se había callado desde que entró en el despacho, no sabía aún que Martina estaba en paradero desconocido.

—¿Me vas a dejar hablar? —la interrumpió por fin Teresa—. Quería llamarte más tarde, pero ya que estás aquí te lo cuento ahora. Siéntate, por favor.

Anna, mirando la carpeta que tenía Teresa en la mesa, se sentó obedientemente.

—Encontramos una relación entre Martina y Jesús, tu secuestrador. Mira atentamente estas fotografías.

La inspectora abrió la carpeta y la volteó para que Anna tuviera de frente las fotografías de dos mujeres aparentemente distintas. Empezó por la primera.

—Marta Antúnez en 2005, con veinte años. Martina Pierron en 2020, con treinta y cinco. Como comprobarás, hay diferencias. Aparte del color de cabello y el peinado, la nariz es distinta: la de Martina es más pequeña y afilada; la de Marta, redonda y chata. El volumen de los labios de Martina —señaló— es evidente y los pómulos de la cara están más marcados dada su delgadez, pero por muchas operaciones estéticas que se hiciera, los ojos nunca mienten. Martina Pierron es Marta Antúnez. Con veinte años se escapó de casa y trabajó como bailarina de striptease en un club llamado Pussy Cat. Una noche, al salir, fue agredida sexualmente por Jesús Olmos, que estuvo en prisión por dicho delito durante cinco años. En 2010 Marta desaparece del mapa, justo cuando Martina consigue un trabajo en televisión. ¿Conoces a Agustín Reina? —Anna asintió sin dar crédito a lo que Teresa le estaba contando—. Un importante productor televisivo que le cambió la vida y la ayudó a empezar de cero. ¿A qué precio? La mala prensa que Agustín ha tenido últimamente nos hace creer que Martina sufrió abusos para llegar donde llegó. Queremos hablar con él. Que nos cuente más sobre la Martina Pierron que creó de la nada.

—Entonces, ¿Martina, Marta o quienquiera que sea, ordenó a Jesús que me matara?

—No estamos seguros, Anna, pero hay una relación con el secuestrador, que era lo que estuvimos buscando sin éxito con Inés, y Martina lleva días desaparecida. Sabemos que no ha salido del país. Si se aloja en algún hotel de la ciudad lo ha hecho con dinero en efectivo; no hay movimiento en sus tarjetas y su coche sigue en el garaje.

Ni rastro de ella en su apartamento. El portero nos dejó entrar y no encontramos absolutamente nada, como si se hubiera marchado con lo puesto.

—Tenéis que encontrarla.

—La encontraremos. Tarde o temprano cometen un error y, sin quererlo, terminan expuestos. Siempre ocurre —asintió Teresa con seguridad.

*

Martina

Volvía a ser morena. Se había cortado el cabello y dejado flequillo; su melena pelirroja, larga y ondulada, había quedado solo para el recuerdo. Nadie la reconocía por la calle. Ya no se daban la vuelta para mirarla ni para pedirle un autógrafo o una fotografía. Los *paparazzi* ya no la seguían; era una liberación. Cubría sus delicados ojos azules con enormes gafas de sol. Dormía cada noche en un hotel distinto; tenía dinero en efectivo para huir en su propia ciudad durante al menos dos meses. Si hacía falta, se acabarían las exquisiteces y se alojaría en un hostel, como antaño, como cuando era Marta Antúnez, se relacionaba con prostitutas, y no tenía un solo euro. Fue cuidadosa hasta en el más mínimo detalle. Compró un teléfono móvil de prepago para llamar a Agustín, el hombre que le había cambiado la vida, pero no existe nada más peligroso que ver cómo tus sueños se hacen realidad cuando, detrás de todo, has tenido que pasar por el mismísimo infierno.

—Agustín, tienes que ayudarme a salir de esta —suplicó, arrepentida por haberle enviado aquel mensaje a Lara que, gracias a sus contactos, la había metido en el ojo del huracán de la policía.

—Nena, no sé qué has hecho ni en qué andas metida, pero no puedo ayudarte. Ha venido la policía a verme esta mañana. Suficiente tengo con lo mío.

—Necesito huir de España.

—Bonita, eso ahora es imposible —rio Agustín con malicia.

*

Horas antes en la productora de Agustín Reina

El productor Agustín Reina, un hombre conocido por crear de la nada a las mejores actrices y presentadoras del país, tenía ante la mesa del despacho de su productora cientos de pleitos con los que no sabía cómo lidiar. ¿Después de veinte años, con todo lo que había hecho por esas mujeres, lo denunciaban por abuso de poder? ¿Por «obligarlas» a acostarse con él cuando parecía que era lo que querían? Agobiado, se llevó las manos a la cara. Se frotó con fuerza las sienes y desvió la mirada hacia su móvil con desolación. Los proyectos cinematográficos en los que trabajaba se habían cancelado desde que salieron a la luz sus trapos sucios, especialmente cuando se dio la información de que a finales de los ochenta sacó a prostitutas y bailarinas de striptease de la calle para convertirlas en estrellas. Seguidamente, contempló la puerta acristalada por la que, en un pasado no demasiado lejano, habían entrado tantas jovencitas ilusionadas con aspiraciones artísticas, muchas de ellas en la actualidad con más dinero del que podrán gastar jamás. ¿Y todo gracias a quién? A él. No entendía a qué venía tanto escándalo. Por qué esas actrices, ahora con cuarenta y tantos años, hablaban con prepotencia tras los micrófonos de las galas más importantes y todos los asistentes se ponían a aplaudir. En el momento en que abrió uno de los cajones y acarició el revólver que le ayudaría a encontrar la paz que necesitaba en un solo segundo, vio por la cristalera que un hombre y una mujer avanzaban a paso rápido hacia su despacho.

«Ya está. Vienen a por mí», pensó. Trató de coger el revólver para pegarse un tiro delante de ellos, antes de que se lo llevaran preso y fuera demasiado tarde para huir, pero el temblor de su mano, fruto del Parkinson que le habían diagnosticado hacía seis meses, justo cuando el infierno de las denuncias comenzó, le impidió llevar a cabo su propósito.

—Señor Reina, buenos días —saludó Teresa mostrando su placa—. Mi nombre es Teresa Castro, inspectora de la División de Investigación Criminal de los Mossos d'Esquadra.

—Ángel Salgado —añadió el subinspector.

—Ustedes dirán —dijo Agustín, cerrando el cajón donde escondía el arma.

—Venimos a hacerle unas preguntas respecto a Martina Pierron.

El productor asintió con una triste sonrisa. Martina era de las pocas mujeres que aún no habían hablado en su contra y eso que era la que, posiblemente, peor lo pasó.

—Sabemos que usted le cambió la vida —empezó a decir Teresa con tiento—. Que la sacó de la noche y la convirtió en la estrella que es hoy en día. ¿Podría hablarme de su pasado como Marta Antúnez?

—Marta Antúnez... —murmuró Reina, haciendo un gesto a los inspectores para que tomasen asiento—. Hacía mucho tiempo que no escuchaba ese nombre. En vista de mi actual mala reputación, no me importa reconocer que, por aquella época, era bastante asiduo a los locales nocturnos de striptease. Martina no fue la única mujer a la

que saqué de esa vida, inspectores. Fueron muchas más. Ahora todas me quieren ver muerto.

—No venimos por ese motivo —dijo Salgado—. Solo queremos saber qué recuerda de Marta —insistió.

*

Agustín Reina – Productor cinematográfico

Declaración sobre Marta Antúnez/Martina Pierron

Pussy Cat era uno de mis locales de striptease preferidos. Me daban libertad para llevarme a la cama a las bailarinas que querían cobrar un suculento extra. Allí fue donde conocí a Marta Antúnez; tenía solo veinte años cuando empezó a trabajar en ese local. Por lo visto, su padre la pegaba, era muy estricto, y se escapó de casa, aunque de eso me enteraría años más tarde. Marta era mi bailarina preferida y, aunque de vez en cuando sí se prostituía como casi todas sus compañeras, a mí me rechazaba aunque su jefe tratara de hacerla entrar en razón. Es un lugar donde no las obligan a nada y Marta, dado su éxito, podía elegir. Tenía ese poder; decía que no quería cobrar ningún extra por hacer favores sexuales a un viejo seboso como yo. Tenía los ovarios bien puestos; era valiente. Pensaba que no sabía quién era yo. Aún no sospechaba el poder que ejercería en su vida. Y yo tampoco, la verdad. Nada hacía presagiar que, con el tiempo, cambiaría de opinión, como si yo fuera un mago y hubiera obrado magia. Me gustaba. Me gustaba mucho pese a sus desplantes. Eso era lo que más me ponía de ella. Que me mandara a la mierda con tanta facilidad.

Marta desapareció durante dos meses; me preocupé por ella. Pregunté si le había pasado algo. Por lo visto, un tipo la violó y no estaba en condiciones físicas ni psicológicas para volver al trabajo. Corría el año 2005. Cuando la volví a ver, estaba mucho más delgada. Quise ayudarla y, por fin, se dejó.

—Sabía quién eras desde el principio —murmuró la primera vez que vino a mi casa de Sant Cugat.

Recuerdo cómo se desnudó delante de mis ojos. Recorrió la casa contoneando las caderas como una gata en celo, salió al jardín y se sentó en el borde de la piscina con los pies metidos en el agua.

—¿Vienes?

Era una muñeca rota a la que quería poseer. Esa fue la primera noche que Marta fue mía, pero aún tardaría cinco años en convertirla en Martina Pierron. Su pasado se esfumó del expediente de la que estaba destinada a convertirse en una de las actrices de moda del país. Nadie, bajo ningún concepto, podía enterarse de su pasado como bailarina y prostituta. Esa era la condición para triunfar. Le cambié el nombre, propuse que se afinara la nariz, un aumento de pecho y de labios, y la convertí en la deseada Pierron que empezaría a trabajar como azafata en uno de los programas de televisión que producía por aquel entonces. Cabe decir que tenía talento, pero cuando le empezaron a llover las ofertas me dijo que ya no me necesitaba. Que acostarse conmigo durante todos esos años fue lo más asqueroso que había tenido que hacer en su vida. Más traumático incluso que aquella violación de la que apenas hablaba.

—Gracias por todo —añadió.

—Volverás a necesitarme.

—Nunca, Agustín. Nunca voy a volver a necesitarte.

—Nunca digas nunca, bonita —le advertí—. Sabe más el Diablo por viejo que por Diablo.

Anna

Después de lo que me pareció un eterno día de rodaje, conduje hasta el centro de Barcelona para ir a ver a Samuel. Sus abuelos me lo habían advertido: «Sigue sin querer verte». Pero no podía cesar en mi empeño de pasar un rato con él.

—Está en su dormitorio —dijo el que aún consideraba mi suegro.

—Últimamente anda muy nervioso, Anna. Pensábamos que el campamento de verano le iría bien, pero ha ido a peor —advirtió Cora, mi suegra—. La directora del colegio insistió antes de las vacaciones en hablar contigo; no sé si tu agenda te lo permite, pero podrías llamarla y...

—Trabajo durante todo el día, Cora —la corté tajante—. No tengo tiempo.

Los padres de Adrián, más viejos y abatidos que hacía solo unas semanas, me miraron como solían hacer siempre. Juzgándome sin necesidad de palabras, como si fuera la peor madre del mundo. Y lo era. Claro que era la peor madre del mundo. «Ni siquiera nos has preguntado cómo estamos», parecían estar pensando. Me daba igual.

—No le has echado un vistazo a sus notas. Son muy bajas. Tiene problemas de conducta. Apenas se relaciona con otros niños y no volverá a hacer fútbol en septiembre, con lo que le gustaba —se lamentó su abuelo cabizbajo.

No tenía tiempo de escuchar tonterías así que, sin decir nada, avancé por el estrecho pasillo y me detuve en la puerta donde habían pegado con letras de madera el nombre de Samuel. Al abrir, encontré a mi hijo tumbado en la cama con la mirada fija en el techo.

—Hola —saludé.

No me miró. Me acerqué lentamente mirando a mi alrededor. Sus abuelos habían intentado que el dormitorio que anteriormente perteneció a Adrián tuviera un aspecto infantil con estrellas que brillaban en la oscuridad pegadas en el techo, las paredes pintadas de azul y varios muñecos de superhéroes y dinosaurios bien colocados en una estantería blanca de Ikea.

—¿Cómo estás, Samu? —pregunté, sentándome con cuidado en el borde de la cama. No sé por qué, pero me vino a la cabeza el momento en el que la señora cuyo marido me había encontrado en el bosque, tendió su mano hacia la mía para tranquilizarme el día que aparecí—. Tus abuelos me han dicho que has dejado el fútbol. ¿Puedo saber por qué?

Tras unos eternos minutos de silencio, mi hijo se levantó de la cama y, dándome la espalda, se quedó quieto mirando por la ventana con vistas a un patio de luces oscuro y deprimente.

—¿No te gustaría volver a casa? Ahora hace calor, tienes la piscina, y...

—Nos has destrozado la vida —murmuró apretando los puños—. Mi madre está encerrada en la cárcel por tu culpa. Mi padre está muerto. No quiero verte nunca más.

Sus palabras me atravesaron como rayos. ¿Mi hijo, con solo ocho años, había pronunciado todo eso? ¿Estaba soñando o había pasado de verdad?

—Samu, Inés está en prisión porque...

No pude continuar. No podía decirle a un niño que esa mujer, la que él llamaba

injustamente mamá, estaba en prisión por haber matado a su padre delante de sus ojos. Él lo vio. ¡Lo vio todo!

¿Qué demonios le pasaba?

¿En qué mundo vivía?

—Papá está muerto por tu culpa —añadió.

Fue lo último que dijo antes de salir de su dormitorio cerrando la puerta con violencia. Me quedé sola durante unos minutos absorta en las estrellas del techo. Necesitaba un trago. Fumar un cigarrillo detrás de otro; matarme lentamente. Salir de allí. Ligarme a alguien, llevármelo a la habitación de un hotel. Olvidar las penas con la compañía de un desconocido. Volver a los malos vicios. Al riesgo, a la aventura. A conducir de madrugada por las calles de Barcelona a doscientos por hora. A odiarme a mí misma como si fuera mi peor enemigo.

*

Lara

El último domingo del mes de julio fui a visitar a mi hermana después de unas semanas de locura en la redacción. El volumen de trabajo me había mantenido ocupada, lo cual me vino muy bien para superar la inesperada ruptura con Martina, a quien la inspectora Teresa estaba buscando. Mi intención era pasar el día con Anna. Relajarnos, hablar, darnos un baño en la piscina... Hacía calor.

Al ver que no me abría la verja, usé la copia del mando que perteneció a Adrián y que mi hermana me dio cuando falleció. Volví a tocar al timbre de la puerta de entrada, pero no contestó, por lo que entré directamente.

—¿Anna? —pregunté recorriendo cada estancia de la planta de abajo tras echar un vistazo en el jardín. Ni rastro de mi hermana.

Subí las escaleras con sigilo. Mi cabeza iba elucubrando varias escenas: Anna con un amante en la cama; Anna muerta en el cuarto de baño por una sobredosis de pastillas... «Nadie puede ser tan fuerte», me repetí, sabiendo que el último encuentro con su hijo la había dejado tocada. Por fin un poco de humanidad, recuerdo que pensé, después de que me contara por teléfono la frialdad que mostró mi sobrino.

—Solo tiene ocho años, no lo entiendo —dijo—. Era como estar hablando con una persona mayor.

Los traumas cambian a las personas, incluso a un niño de ocho años cuyo mundo empieza a tambalearse cuando su madre desaparece. Tiempo más tarde, disparan a su padre, que se desangra bajo sus pies. Nadie querría estar en el pellejo de ese pobre niño.

—Tienes que llevarlo a un psicólogo —le aconsejé.

—Sí. Se lo diré a Cora y a Manel.

—No lo dejes en manos de sus abuelos, Anna. Hazlo tú.

—¡Te he dicho que no quiere saber nada de mí! —gritó para, acto seguido, colgar el teléfono dejándome con la palabra en la boca.

—¿Anna? —pregunté al pisar el último peldaño de la escalera.

Las puertas estaban cerradas a cal y canto. Primero abrí la del despacho que había pertenecido a mi cuñado. Por un momento, lo imaginé sentado con la mirada fija en la pantalla del ordenador, saludándome con una mano sin prestarme demasiada atención. Pobre Adrián. Los dos cuartos de baño también estaban vacíos; uno de ellos repleto de potingues desparramados por el mármol. Se notaba que hacía días que Ágata no iba a limpiar. El dormitorio de Samuel, con la cama sin hacer, olía a cerrado. Abrí la ventana para ventilar un poco. El desorden me abrumó casi tanto como los dibujos que encontré desperdigados en el escritorio. ¿Los habría visto Anna? Eran oscuros y siniestros: personas envueltas en llamas, otras ahogándose. Lo cierto era que tenía estilo y sabía dibujar muy bien para su edad. Si mi hermana había entrado en el dormitorio los tenía que haber visto, seguro; estaban al alcance de cualquiera, por lo

que decidí no mentarlos. Suficiente tenía la pobre.

—¿Anna?

Silencio absoluto.

Con la mano temblorosa y fingiendo que el miedo no caminaba a mi lado, giré el pomo de la puerta de su dormitorio.

—Anna, ¿qué haces?

No estaba dormida. Tampoco se había quitado la vida y ningún gigoló desnudo con complejo de contorsionista yacía en su cama. Anna estaba desnuda, sentada en un rincón hecha un ovillo. Se tambaleaba de un lado a otro con la mirada perdida. El cabello le cubría medio rostro; solo me miró con un ojo cuando me detuve en seco en el quicio de la puerta, pero me bastaba para saber que había algo que no iba bien. Corrí hacia ella, me puse en cuclillas para quedar a su altura, y le retiré el cabello de la cara. Tenía el ojo izquierdo amoratado e hinchado.

—¿Qué te ha pasado?

—Salí de la ducha, tropecé y me di con el canto del mármol —respondió lúcida.

—Joder. Tiene mala pinta, Anna.

—Duele un poco, pero ya pasará.

—Es como si te hubieran dado un puñetazo.

—No... no ha sido... —tartamudeó.

No la creí. Le había pasado algo, pero le daba vergüenza contármelo. Pese al calor, estaba tiritando, por lo que fui al cuarto de baño, cogí un albornoz y la obligué a ponérselo.

Pasé el resto del día con ella. Me rogó que me quedara a dormir en su casa, que no podía soportar estar sola.

—Los fantasmas me persiguen, Lara. Me quieren hacer daño. De verdad. No estoy loca, Lara. Los fantasmas me persiguen —repitió una y otra vez.

Tendría que haberme dado cuenta de lo enferma que estaba y de lo bien que lo había disimulado durante tanto tiempo.

Efectivamente, nadie puede ser tan fuerte.

*

Anna

La noche anterior a la visita de Lara

Crees que puedes ir por ahí como una persona normal y corriente a la que nadie mira, pero cuando eres famosa lo mejor que puedes hacer es encerrarte en casa o ir solo a las fiestas donde el resto de personas son como tú. No puedes coger un taxi a la una de la madrugada y presentarte en el primer garito de un callejón perdido del centro en el que, nada más entrar, todo el mundo te observa sabiendo quién eres. Te acercas a la barra, le pides un *cocktail* al camarero que te mira como si le estuvieras pidiendo la luna, y te conformas con una cerveza fría. Te quedas en la barra mirando a tu alrededor; la gente baila, ríe, habla, discute, bebe y, en un rincón, al lado de los mugrientos lavabos, un tío lleno de tatuajes se mete coca. Te entra la locura, te preguntas cómo será. Te acercas a él, le tiendes un billete de cien y le pides un poco. Él te agarra por la cintura, te acerca a su pecho y te mete la lengua en la boca. Tú te dejas hacer; estás perdida, sola, borracha. Tu marido está muerto. La mujer a la que metiste en casa lo mató, pero tú, hace años, atropellaste a su pareja y te diste a la fuga como un ladrón. Tu hijo te odia, no quiere saber nada de ti. Un loco perturbado te encerró durante trece meses; quién maltrató a quién durante el cautiverio, te preguntas, recordando cada insulto, cada lágrima, cada momento junto a él. Por una milésima de segundo, sientes compasión por el tal Jesús y, en tu mente, después de haberlo olvidado más por cobardía que por necesidad, aparece una y otra vez la escena en la que le volaste los sesos.

«Él te lo pidió. Tú no tienes la culpa. No eres una asesina», te repites cada día al despertar.

Estás loca. Te da igual morir. Te da igual que tu cabeza explote como explotó la de tu raptor de voz mecánica con los ojos negros como las alas de un cuervo. Te da lo mismo que tu hermana se quede sola después del trauma que le ocasionó la pérdida de vuestros padres en aquel puto tsunami.

Te da igual todo.

El tío de la coca te mete polvo en la nariz. Lo aspiras, te ríes, ves doble, borroso, caes al suelo y, de repente, estás metida en un cuarto de baño sucio y maloliente. Las paredes son rojas, pero apenas distingues el color. Hay un montón de garabatos pintarrajeados con boli e inscripciones grabadas con puntas afiladas de cuchillos. Estás acorralada contra la pared. El mundo se tambalea, sigue dando vueltas a tu alrededor. El mareo no cesa. El hombre, grande y musculoso, te arrincona. Sientes su aliento apestoso en la nuca; jadea, pero tú no te enteras de nada. Sus manos alrededor de tu cintura te suben la falda y su miembro duro te penetra sin importarle que tu cabeza se dé golpes repetidas veces contra la pared. Vuelves a tener dieciséis años. Y, entonces, al pensar en aquel momento que casi te destroza la vida, apartas al hombre. Este, claro, no se lo toma nada bien; estaba a punto de correrse en tu interior. Lo has interrumpido. No se puede entorpecer el placer ajeno.

—¡Zorra! —escupe, propinándote un puñetazo en la cara que te deja tirada en el

suelo como una drogadicta.

No sabes cómo consigues salir de allí. Cómo tus pies vuelven a pisar las calles de una ciudad en penumbra llena de sombras. Cómo has terminado en el interior de un taxi es un misterio y, cuando llegas a casa con el ojo hinchado y amoratado por el golpe, te das cuenta que podría haber sido peor. Que podrías estar muerta.

PARTE 0



AGOSTO

*Agosto, por el día fríe el rostro,
por la noche frío en el rostro*

Anna

A día de hoy, me pregunto cómo fui capaz de seguir grabando la serie como si nada. Pensaba que el parón de agosto me iría bien para descansar y tomarme las cosas con más calma; en septiembre ya veríamos qué haría. Si algo me enseñó mi raptor fue a no hacer planes a largo plazo y vivir el momento; es lo único seguro que tenemos. Parecía mentira que hubiesen pasado tres meses. Era una locura lo mucho que había cambiado mi vida en ese espacio de tiempo, tan largo y corto a la vez.

Decidí poner la casa a la venta el día que Samuel terminó el campamento de verano. Ese día me di cuenta de que mi familia se había roto para siempre y que no quería vivir en un lugar en el que no quedaba nada, solo recuerdos. Estaba sola porque mi hijo no deseaba ser mi hijo y mi marido, olvidado bajo una tumba con flores marchitas, estaba muerto.

—Ni siquiera fuiste a la fiesta que celebró el colegio el último día, Anna —me recriminó Cora cuando le propuse ir a buscar a Samuel.

—Déjame intentarlo. Quiero verlo antes de que os vayáis al camping.

—De acuerdo —aceptó, mordiéndose la lengua para no decir de nuevo: «El niño no quiere verte».

Samuel salía a las cinco de la tarde del campamento, pero las ansias de verlo me hicieron llegar demasiado pronto; a las cuatro y media me planté frente a la entrada. A lo lejos, avisté a algún *paparazzi*, pero por suerte no se acercaron. Los otros padres me miraban de reojo sin atreverse a hablar conmigo y se limitaban a saludarme con un gesto o una sonrisa cordial que delataba la lástima que les daba. Agradecí estar sola en esos momentos poniendo en orden mis pensamientos. Después de todo, temía la reacción de Samuel al verme. Sabía que me odiaba, él mismo se había encargado de demostrármelo las veces en las que había intentado acercarme a él, aunque aún no había imaginado cuánto.

A las cinco en punto empezaron a salir niños con edades comprendidas entre cuatro y diez años. Todos iban en grupo, reían y hablaban animadamente de las vacaciones de verano, despidiéndose hasta septiembre. Luego se acercaban a sus padres, les daban un beso en la mejilla y empezaban a comer el bocadillo de la merienda que les habían traído. Mierda. La merienda. Se me había olvidado. «Mala madre», me reprendí nerviosa cruzándome de brazos. Podía ir a comprar un cruasán a alguna panadería cercana. Cinco minutos más tarde, Samuel bajaba las escaleras solo. Cabizbajo. Ido. Muy diferente a los anteriores niños que, en corrillo, seguían hablando en compañía de sus padres. Di un paso hacia delante. Tenía miedo. El corazón me golpeaba tan fuerte en mi pecho que parecía que se me iba a salir de la caja torácica. Cuando Samuel me vio, se colocó la mano en la frente a modo de visera para

protegerse de los rayos del sol, achinó los ojos y frunció el ceño, como si no creyera que de verdad estaba ahí. Pensaba que me abrazaría, que lloraría, que me besaría y me pediría perdón, pero en lugar de eso, cuando intenté cogerle la mano, se puso a gritar como un desquiciado.

—¡Suéltame! ¡Socorro, socorro! ¡Me secuestran!

La mirada atónita de todos los presentes me despertó del impacto de ver a mi hijo intentando zafarse de mí con todas sus fuerzas. Sus berridos se tornaron tan agudos como el ulular de una sirena, insoportable para mis oídos y para mi visión, que no dejaba de dar vueltas como si me encontrara en una espiral peligrosa que giraba en torno a él. Samuel no paraba de llorar, de agitarse, de tirarse por el suelo como cuando tenía tres años y cogía una rabieta cuando no le comprábamos lo que quería. Traté de levantarlo sin éxito hasta que la paciencia se me agotó y le solté una sonora bofetada que le dejó la mejilla colorada. Samuel se llevó la mano a la cara. Su llanto descontrolado ya no era falso, era real. Dolorosamente real.

—Samu, lo siento... Dios mío, lo siento...

—Tranquila —dijo una voz detrás de mí—. Sabía que pasaría esto.

Era Manel, mi suegro, que, tranquilo, levantó al niño del suelo y, sin decir nada, lo alejó de mí.

—Lo siento —volví a repetir, ignorando los murmullos de los otros padres y las risas escandalosas de los niños por el espectáculo infantil que mi hijo había acabado de dar.

Las lágrimas de humillación me ardían en los ojos. Me quedé allí, encorvada por la vergüenza. Quería marcharme, ¿qué hacía todavía ahí? Pero el desprecio hacia mí misma y la impresión me paralizaron las piernas. Tendría que haberme ido al instante y no permitir que el *paparazzi* siguiera sacando fotos. Había capturado el extraño momento. Al día siguiente la prensa se encargaría de hacerme recordar lo que viví.

Mi hijo seguía caminando como si nada de la mano de su abuelo. Antes de perderlos de vista, me dio tiempo a ver cómo Samuel se giraba hacia mí y me dedicaba una sonrisa maliciosa.

La voz de Adrián, como si de verdad estuviera a mi lado, me decía: «Dale tiempo, Anna».

—Ya no hay tiempo —le contesté enjugándome las lágrimas.

Lo había perdido para siempre.

Lara

La voz de Martina sonó al otro lado del teléfono. Era de madrugada, no recuerdo qué hora. Estaba despierta, dando vueltas en la cama; no podía dormir.

—Lara, necesito tu ayuda.

Estaba llorando. La voz temblorosa como jamás la había escuchado; ruido de tráfico de fondo. Ni siquiera parecía ella.

—Me han robado el dinero. No tengo nada, Lara. Tienes que hacer algo, por favor. No puedo aparecer, vendrán a por mí, me detendrán, no... Di la verdad. Si alguna vez me quisiste, di la verdad. Confiesa que sabía detalles del secuestro de Anna porque tú me lo contaste todo.

No podía escuchar su voz. Aún dolía demasiado. Nunca le perdonaría lo que me vi obligada a hacer por cumplir aquella estúpida promesa. Colgué el teléfono, me volví a tumbar y, con la mirada fija en el ventilador que colgaba del techo, conseguí conciliar el sueño; no obstante, recuerdo que la voz de Martina se me quedó tan grabada que soñé con ella. En algún momento, poco antes de que el despertador sonara, y como si de una premonición se tratara, la visualicé flotando en el agua.

Estaba muerta.

*

Martina

Podía volver a su apartamento, donde ya la habían buscado. Cabía la posibilidad de que ya no hubiera peligro, que fuera el lugar más seguro donde esconderse. Pero ¿de qué se escondía? No había hecho nada, fue un mal entendido por culpa de una mentira de Lara. ¿Por qué tenía que vivir como una fugitiva? Tendría que haber ido con más cuidado, no caminar por las calles nocturnas de Barcelona y haberse escondido a horas más decentes en un hotel en lugar de convertirse en una presa fácil para los carteristas que, al mínimo despiste, te dejan sin blanca. Desesperada, desprovista del dinero en efectivo que le quedaba y sin las llaves que le abrían la puerta de su ático, utilizó su móvil de prepago para hacer una última llamada. Si alguien podía acabar con todo eso era Lara; dependía de ella que aquella inspectora dejara de acusarla. Si su pasado salía a la luz, su carrera estaba acabada tal y como Agustín Reina le advirtió. Nadie podía descubrir que había sido Marta Antúnez, bailarina de striptease y prostituta, víctima de una violación. A esas alturas, Martina suponía que ya habían descubierto su enlace con Jesús Olmos, por lo que resultaba aún más sospechosa de haber enviado a aquel hombre horrible a secuestrar a su eterna enemiga, Anna Guirao. Qué estúpida fue dejándose llevar por la ira y el rencor al ser despedida de la serie y haberle enviado aquella amenaza a Lara creyendo que haría algo más para que su hermana no volviera. Lo había jodido todo. Ella misma se había pegado en la frente el cartel de «Sospechosa».

—Di la verdad —repitió Martina sollozando, pese a saber que Lara ya había colgado el teléfono—. Di la verdad.

Martina se derrumbó. Cayó de rodillas al suelo sin importarle la mirada de los transeúntes. Pensaban que era una borracha más o, peor aún, una drogadicta a la que era peligroso auxiliar.

—¿Necesitas ayuda, nena? —preguntó un hombre con mal aspecto que se acercaba a ella cada vez más y más...

Martina, presa de un ataque de pánico e invadida por los recuerdos de aquella maldita noche de hacía quince años, empezó a correr y a gritar.

—¡Loca! —gritó alguien a lo lejos.

Con la respiración agitada, llegó al luminoso vestíbulo de su edificio del Eixample. El portero la miró con desconcierto y, cuando estaba a punto de echarla a patadas creyendo que era una mendiga, Martina, entre lágrimas, se cogió un mechón de pelo oscuro y fue capaz de articular:

—Soy Martina. Martina Pierron.

—¡Señorita! —exclamó el portero reconociéndola por la voz—. ¿Necesita ayuda?

—Necesito esconderme. Quiero... las llaves de mi piso, por favor. Las llaves de mi piso —le rogó.

*

Tres meses antes

Lara, exhausta por todo lo que estaba viviendo desde que su hermana había aparecido, llegó al ático de Martina fingiendo una sonrisa.

—Todo va bien.

Fue lo primero que dijo antes de darle un beso en los labios.

—Siento tener tan poco tiempo para ti —murmuró, aferrando su cuerpo contra el de ella—. De hecho, tengo que irme pronto. No puedo dejarla tanto rato sola.

—Entiendo la situación, Lara. Tranquila. ¿Una copa de vino?

—Urgente —rio Lara.

—¿Cómo está Anna?

—Mal. Está mal. Delgadísima, tendrías que verla... recuerda cosas, habla, pero no parece ella. Es tan distinta...

Martina sirvió dos copas de vino. Le tendió una a Lara y colocó una mano sobre su rodilla acariciándola con suavidad para reconfortarla.

—Desahógate. Puedes confiar en mí.

Lara la miró fijamente a los ojos. Dios, ¿cómo había podido conseguir estar con la mismísima Martina Pierron? Aún le alucinaba besar sus labios, mirar su cara de cerca y hacerle el amor. Acariciar su delicada y suave piel era lo que más le gustaba en el mundo. ¿Que si confiaba en ella? Daría su vida por ella.

—La inspectora cree que el secuestrador de Anna no era más que un lacayo enviado por alguien con dinero. Alguien que quería ver fuera del mapa a mi hermana y que es probable que pensase que estaba muerta, con lo que aún puede que siga en peligro. No recuerda qué ocurrió. No saben si su raptor se suicidó en el zulo donde la tenía encerrada o ella lo mató para escapar.

—¿Se sabe algo del secuestrador?

—Se llamaba Jesús Olmos. Su pasado es un tanto truculento.

—¿Jesús Olmos?

Martina, con el corazón latiendo desbocado en su pecho, se levantó del sofá. Creía que iba a desmayarse ahí mismo, por lo que tuvo que sujetarse contra la pared para no desfallecer. Las imágenes de aquella noche en la que un desconocido con ese mismo nombre la arrastró hasta un callejón próximo al local donde trabajaba, la apaleó y la forzó desgarrando su ropa y vertiendo su putrefacto aliento por toda la piel, invadieron su mente llevándola a un estado de trance fugaz.

—¿Pasa algo, cariño?

—No, nada. No he comido, debe ser eso —disimuló Martina—. ¿Y ahora qué va a hacer Anna? —preguntó mirando al suelo, tratando de evitar las lágrimas que querían aflorar de sus ojos cristalinos—. ¿Volverá a la serie?

—Supongo —contestó Lara sin darle la importancia.

—No puede... me lo quitará todo... no puede...

Finalmente, Martina se derrumbó. Lara, sin entender el motivo de su llanto desconsolado, se acercó a ella y, rodeándola con sus brazos, le prometió que no tenía

nada que temer.

—Brillas con luz propia, Martina. Mi hermana no tiene nada que hacer contra ti. Lo sabes, ¿verdad?

—Haz que no vuelva, por favor.

—Lo intentaré.

*

Solo dos días en el hospital bastaron para hacerle saber a Lara que su hermana no tardaría en recuperarse. En ser la misma de siempre. Necesitaba hacer algo por Martina. Su contacto con Elías, un tipo al que conoció haciendo un reportaje sobre setas alucinógenas, le iba a servir de algo. Sin hacer preguntas, le vendió unas setas ecuatorianas que proceden de un hongo descubierto a más de tres mil quinientos pies de altura en los Andes de Ecuador.

—Es una de las preferidas de los amantes del mundo de la etnobotánica —añadió Elías con unas sonrisas—. Pero cuidado con la cantidad.

Esa noche, mientras Anna echaba una cabezadita en el sofá, Lara preparó una tortilla con las setas que le había vendido Elías. Anna se la comió con gusto. Horas más tarde, enloquecería. Al día siguiente, Lara, fingiendo preocupación, la llevaría de vuelta al hospital y, aunque los efectos de las setas ya había pasado, la mente de Anna tardaría en recuperarse llevándola a un estado de nervios que requirió sedarla y atarla de pies y manos para que no cometiera una locura.

«Con lo bien que parecía estar», se lamentó la doctora.

—Te he dado un poco más de tiempo, Martina —murmuró Lara sonriente desde el pasillo, observando tras el cristal cómo un par de enfermeras aplacaban a su hermana.

Anna

Estuve contemplando durante mucho rato el letrero de «SE VENDE» colgado en la fachada. Parecía el mismo que el que vimos Adrián y yo cuando vinimos a visitar la casa. La agente inmobiliaria, a mi lado, hablaba, pero tan absorta estaba en mi mundo, que no sabía qué decía. Solo alcancé a escuchar:

—Tendrás que tener paciencia. En agosto no se vende nada, a no ser que quieras alquilarla. La piscina le va a dar valor en verano y, a estas alturas, quedan pocas casas disponibles; la tendrías alquilada hoy mismo.

—No —negué—. Quiero venderla. Cuanto antes mejor.

—Está bien. Veré qué puedo hacer.

Podría haberme ido de viaje. Podría haber elegido volver al piso que dejé cuando me fui a vivir con Adrián a la gran casa de Sarriá. Podría haber planeado muchas otras cosas, no haberme quedado, y, entonces, no me vería en esta situación que se me antoja tan irreal.

*

En comisaría, en ese mismo momento

Teresa Castro necesitaba unas vacaciones que aún tardarían en llegar. Se frotó la cara, un gesto común en ella que se había repetido durante todos los días en los que a Martina Pierron se la había tragado la tierra, lo cual no había hecho más que aumentar su culpa por la desaparición de Anna Guirao. Si algo tenían claro era que no había salido del país, pero si se escondía era porque tenía algo que ocultar pese a que algunos detalles de su vida ya habían salido a la luz. Por otro lado, la prensa no hablaba de ella desde que la despidieron de la serie. Era más interesante vender la noticia de que el hijo de Anna Guirao se había vuelto loco y, para muestra, una serie de fotografías a la salida del campamento de verano en las que se veía al niño con la cara pixelada tirado en el suelo y a su famosa madre desesperada y llorando sin saber qué hacer.

LA CASA DE ANNA GUIRAO A LA VENTA
¿RECUERDOS DEL DÍA MALDITO?
SEGUIMOS PREGUNTÁNDONOS QUÉ PASÓ

Teresa Castro leía la noticia en un portal de Internet cuando el subinspector Salgado entró en su despacho.

—Martina ha aparecido.

—¿Dónde?

—El portero acaba de llamar. Está en su piso, llegó anoche.

—Genial. Vamos a hacerle una visita.

*

Martina

—Señorita Pierron, ¿dónde va? —preguntó el portero alarmado al verla salir. Había dado aviso a la policía; si acudían y Martina volvía a desaparecer, le podía caer una buena reprimenda.

Martina, sin responder a la pregunta del portero, se colocó las gafas de sol y puso en orden su nuevo flequillo al que no se acababa de acostumbrar, para que le cubriera la frente. En el Eixample no cuesta encontrar taxis libres, por lo que detuvo a uno en el momento en el que el coche policial de la inspectora Castro se detuvo frente al edificio. El portero, con cara de circunstancias al verla entrar en el vestíbulo, señaló la calle y, con un tartamudeo inesperado, dijo:

—Se... se acaba de ir en un taxi.

—Mierda —blasfemó la inspectora saliendo a la calle y mirando en todas direcciones.

*

Anna

La agente inmobiliaria tenía razón. Agosto es un mal mes para vender una casa; la ciudad parecía estar desierta. Tumbada en la hamaca tras un refrescante baño en la piscina, el silencio era abrumador y, pese a ser de día, la ciudad que veía a lo lejos también se me antojaba solitaria. Vacía. Hubo un momento de inconsciencia en el que, incapaz de adaptarme a esa nueva situación, llamé a Adrián.

—¡Adrián, ven! ¡El agua de la piscina está buenísima! —grité. Pero estaba muerto, claro. Ya no volvería. Fue como si alguien me hubiera dado una bofetada en la cara. Como si volviera a estar en aquel cuarto de baño mugriento con el desconocido de la coca que me golpeó. Me había convertido en la viuda alegre para el mundo. En una mujer sin corazón. La prensa se había hecho eco de la venta de mi casa y hasta hacía dos días había algunos *paparazzi* merodeando por la zona y sacando fotografías de la vivienda, pero incluso ellos debían estar de vacaciones y eso hacía que me sintiera muy sola y desprotegida.

En el momento en que me quedé en babia mirando el punto de la piscina donde Jesús Olmos, enmascarado, me drogó y me llevó para encerrarme en el zulo, escuché unos pasos, pero no parecían reales.

—Te estás volviendo loca —dije en voz alta riendo.

Pero me sentía observada. Una amenaza real y palpable se cernía sobre mí. Me levanté de la hamaca y, cual espectro, la vi, aunque me costó reconocerla al principio. Ya no lucía su característica melena pelirroja; se había cortado el pelo y era negro como el azabache. Llevaba un vestido de color verde anudado al cuello dejando la espalda descubierta, y del hombro le colgaba un veraniego bolso de esparto con estampado de flores. Se quitó las gafas de sol dejando entrever los ojos azules que siempre había envidiado y, con cautela, dio un paso adelante.

—Quieta —le dije, antes de que cruzase el umbral que había desde la cocina al jardín. Pero no se detuvo—. ¿Cómo has entrado? —pregunté temblorosa.

—Cualquiera que esté en forma puede saltar la valla. Tenías la puerta abierta —explicó con tranquilidad.

—Martina, vete ahora mismo o llamo a la policía.

—No, a la policía no, por favor. Deja que te explique. Cuando te cuente mi historia diles que dejen de buscarme. No es una petición, Anna, es una orden.

Conmocionada, tragué saliva y me dispuse a escuchar.

*

Martina

Antes de empezar a relatar parte de mi historia y de contar por qué hice lo que hice, quiero dejar claro que lo que menos deseo es que sientas lástima por mí. Cada paso que he dado, cada decisión que he tomado y cada error o acierto que he cometido, me han traído hasta aquí. Hasta plantarme frente a ti declarándome inocente por lo que ocurrió, con el deseo de que digas que dejen de buscarme. Que me dejen en paz. Es posible que, después de esto, tenga que huir del país y no pueda volver a trabajar. A lo mejor tú no tienes un pasado truculento que ocultar, Anna, pero tienes un presente y un futuro, y nunca sabes en qué dirección te va a llevar el destino. Si algo me ha enseñado la vida, sobre todo estos últimos días en los que he deambulado sola por la ciudad con este aspecto para que esa inspectora no me encontrara, es a no decir de este agua no beberé. Nunca digas nunca.

Me llamaba Marta Antúnez y, con solo veinte años, hui de una casa opresiva donde mi padre, un exmilitar alcohólico con depresión, me pegaba a veces y me exigía una perfección imposible de asumir. Mi madre le tenía tanto miedo que era incapaz de levantarle la voz. Lo más fácil fue irme de allí. Ninguno de los dos me buscó.

El destino y las circunstancias hicieron que, después de dormir en la calle durante varias semanas, me juntara con mala gente, drogadictos y prostitutas, que me empujaron a trabajar en un club de striptease en el que pagaban muy bien. Tenía habitación, ya no dormía en la calle, me divertía bailar restregándome en una barra de acero provocando al personal yendo ligera de ropa. De veras llegó a gustarme aquel trabajo, aunque parezca imposible de creer. No obstante, la peor parte venía cuando mi ambición crecía y quería cobrar un extra para poder pagar el alquiler de un piso y dejar la habitación del club; era bastante deprimente estar allí las veinticuatro horas del día. Llegué a acostarme con hombres por dinero. Una noche, cuando salí de trabajar, la mala suerte hizo que Jesús Olmos, el mismo hombre que te secuestró, me esperara en el callejón que había al lado del club donde siempre le negaban la entrada. Parecía un vagabundo. En cuanto lo escuché hablar supe que estaba mal de la cabeza y que ya me conocía. Me había estado observando; se había obsesionado conmigo. Recuerdo que tenía mucha fuerza. Me puse a gritar, pero nadie me oyó y, si me oyeron, decidieron pasar de largo. El hombre me arrastró, me empujó contra la pared y me golpeó la cabeza para poder hacer su trabajo. Se me quedó grabada su cara, así como también el ruido que hizo al quitarse el cinturón para bajarse la bragueta y penetrarme con fuerza. Estaba acostumbrada, pero dolió como si me desvirgara. Me susurraba palabras ininteligibles al oído, pero solo entendí una frase que recitó con voz gangosa y que, después de tantos años, aún recuerdo: «La muerte de una mujer hermosa es, sin duda, el tema más poético del mundo». Es de Edgar Allan Poe. La misma que le dije a la becaria que te escribiera para asustarte.

Minutos más tarde, cuando acabó, sudoroso y extasiado, se desplomó en el suelo, momento que aproveché para correr al interior del club. Cuando llevé al segurata

hasta el callejón donde había dejado al hombre, no esperé encontrarlo, pero ahí seguía, lo cual facilitó el trabajo de la policía que vino minutos más tarde y se lo llevó preso. Pasé por un infierno que duró dos meses. Conseguí que lo encarcelaran durante años y, después, obligándome a olvidar las secuelas que me provocaron el peor momento que marcó mi existencia, el productor Agustín Reina, con el que me negaba a acostarme, pareció estar ahí siempre, como un padre, sobreprotegiéndome. Tomé la decisión de que quería cambiar de vida a costa de lo que hiciera falta y me convertí en su putita. Pero vivía bien. Tú nunca has necesitado hacer nada de lo que yo sí elegí hacer para triunfar. No sabes lo que es que cada noche te folle un cuerpo seboso que odias más que nada en el mundo. Poco a poco me fui introduciendo en el mundillo en el que tú ya habías triunfado en la otra punta del mundo. Bollywood, ni más ni menos. Coincidir contigo me cambió la vida, Anna. Quise convertirme en ti. Necesitaba superarme a mí misma y, al mismo tiempo, ser mejor que tú. Cada persona ve el mundo desde un prisma distinto y eso fue lo que nos ocurrió, Anna. Tú me veías como a una enemiga, pero yo por ti sentía otras cosas muy distintas.

Y un día, desapareces, y por fin tengo lo que ansío pese al alto precio que tenía que pagar al no verte. Más fama, dinero y protagonismo. Me convertí en la única reina de las fiestas sin tener que competir con nadie. Tú ya habías dejado de existir. Pero eso no me hizo feliz, sino todo lo contrario, ¿sabes? Mi obsesión contigo iba a más a cada mes que pasaba sin que nadie supiera qué había sido de ti. Tu hermana era lo más cerca que tenía para seguir sintiéndote. Y luego, volviste. Tan guapa y valiente como siempre, tan competitiva, tan dispuesta a destronarme. No te voy a negar que me cabreó que me despidieran de la serie, que le rogué a Lara que hiciera lo imposible para que no volvieras a trabajar porque era lo único que creía tener seguro si quería seguir en este camino de lujo y de éxito. Sobre todo, si quería seguir coincidiendo contigo. Tampoco era capaz de volver a trabajar sabiendo cuánto me odiabas. Cuánto me odias; lo veo en tu mirada. Una parte infantil de mí quería vengarse de ti, hacerte sufrir tanto como tú me hacías sufrir a mí y, por eso, le pagué a aquella becaria para que te dejara notas que consiguiesen asustarte, aunque ya me has demostrado que no hay nada que te asuste. La rabia y el dolor me hicieron cometer el error de enviarle aquel mensaje a Lara amenazando con que iba a contar a la prensa lo que le hiciste a Jesús, mi violador. Tu raptor. Nuestra unión. Pero ella mintió. Le dijo a esa inspectora amiga suya que no me había hablado de lo que ocurrió cuando en realidad sí lo hizo, y que, por tanto, yo no debería conocer el nombre de Jesús ni el detalle de que estaba muerto. Les hizo creer que tu secuestro fue cosa mía y por eso he tenido que esconderme todo este tiempo.

¿Que si el destino me volvió a cruzar en el camino a Jesús Olmos y le pagué para que te llevara? No. Jamás haría algo así. ¿Quién lo hizo? Yo no tengo la respuesta, Anna. Puede que nadie la tenga; ya ves de lo que era capaz de hacer ese hijo de puta.

Anna, esto es una declaración de amor. ¿No te das cuenta? Siempre he estado enamorada de ti, pero solo veías lo que querías ver.

*

Anna

No podía seguir escuchándola.

«¡Cállate! ¡Cállate!», quise gritarle.

¿Enamorada de mí?

¿Me estaba tomando el pelo?

¿Se estaba riendo de mí?

Tenía que ser un sueño. No era real. No podía estar pasando.

Me tapé los oídos para no seguir escuchando su voz, negué con la cabeza y, en el momento en que la vi llevarse la mano al bolso, me abalancé contra ella y caímos a la piscina abrazadas. Inés había matado a mi marido a tan solo unos metros de distancia, en esa misma casa. No podía permitir que Martina terminara con mi vida de la misma forma.

La agarré del pelo sumergiéndola en el agua con toda la fuerza de la que fui capaz. Su cuerpo, a medida que yo iba luchando para mantener su cabeza bajo el agua, dejó de luchar y fue debilitándose hasta cesar en su empeño de sobrevivir.

Un último espasmo y luego, simplemente, se fue.

Me quedé un rato quieta, sumergida en el agua, al lado de Martina, que se encontraba bajo un mundo acuoso donde los sueños oscuros no existían, donde nada podía oírse salvo tenues borboteos.

Ojo por ojo, diente por diente, dice el refrán.

—Mira lo que me has hecho hacer —le dije al cuerpo frío e inerte que flotaba en el agua.

Sus ojos miraban de cerca la oscuridad de la muerte. Sus ojos eran el vacío. La nada más radical. Nadie reconocería ahí ningún signo de humanidad. Eran los ojos de un objeto inanimado.

Creía que podía acabar conmigo. Que era más fuerte que yo. Se equivocó. Nunca subestimes a un enemigo que, a estas alturas, después de todo lo ocurrido, no tiene nada que perder.

Encendí un cigarrillo, cogí el móvil y marqué el único número que me sé de memoria. Contestó al tercer tono, no podía ser de otra manera.

—Ya está.

—¿Qué?

—Por fin soy libre. El mal ha muerto —le conté sin un ápice de temblor en la voz.

—Dime dónde estás y voy para allá.

—En casa, estoy en casa. Te espero en la piscina; trae tus llaves.

Satisfecha con lo que había hecho, dejé el teléfono sobre la hamaca y me senté en el borde de la piscina a esperar a Lara. Pensé en la fragilidad de la vida, en lo fácil que había sido matarla antes de que ella me matase a mí.

El cuerpo de Martina, flojo como un títere, iba tambaleándose de un lado a otro. Cuando dirigí la mirada al fondo de la piscina, me percaté que lo que había ahí dentro no era una pistola, sino un mechero, y que el cigarrillo que no vi que Martina se llevó a la boca, se estaba desintegrando en el agua.

Dios... ¿Qué había hecho?

El mundo se me vino abajo. Me derrumbé. Únicamente oía mi propia sangre palpitando en mis oídos.

Una vez más, solo vi lo que quise ver.

*

Lara

Cuando llegué a casa de mi hermana, la escena se me presentó grotesca e irreal. Creía que se trataba de una broma pesada, que estaban jugando conmigo y que el cuerpo que flotaba en el agua de la piscina no era más que una muñeca. Mis ojos debían estar engañándome.

Pero no.

Era Martina. Y, como en mi sueño, estaba muerta flotando en el agua.

—¿Qué has hecho, Anna?! —grité, saltando a la piscina para ver de cerca el cuerpo inerte que tantas veces había poseído. Me puse a llorar, a gritar, a dar golpes inútiles en el agua, no recuerdo qué más. Anna, al cabo de un rato, cuando me tranquilicé, lloró conmigo. Lo tachó de accidente. Fue una confusión que la llevó a ahogar a Martina creyendo que lo hacía en defensa propia. Yo lo vi como una enajenación mental. «Nadie puede ser tan fuerte», volví a pensar.

—Pensaba que iba a sacar una pistola. Que me iba a matar como Inés mató a Adrián —contestó traumatizada, llevándose las manos a la cara.

La cabeza me daba vueltas. Anna me miraba fijamente esperando que encontrara una solución. Pero para la muerte nunca hay solución y encubrir un crimen, en ese instante, se me hacía cuesta arriba, aunque no me quedaba otro remedio.

—Te has vuelto loca, Anna... te has vuelto loca —murmuré repetidas veces saliendo del agua.

Nos quedamos en silencio contemplando el cuerpo sin vida de Martina, como si pudiera resucitar de un momento a otro, no sé, media hora, puede que más. Poco a poco, me fui tranquilizando y dejé de llorar. Pasé de odiar a mi hermana y de maldecir a Jesús Olmos por haberla dejado libre, a recordar el daño que me había causado Martina.

—Vale —resolví tras darle vueltas a la cabeza—. Creo que podemos hacer algo. ¿Tienes dinero en efectivo?

—En la caja fuerte.

—¿Hay mucho?

—Unos cien mil euros —contestó con la voz quebrada.

—Bien. Cógelo. Soborna a la agente inmobiliaria para que diga que tú no te encontrabas en casa cuando Martina vino a verla con intención de comprarla.

—No lo entiendo.

—Es un plan sencillo, Anna, y cualquiera mataría por cien mil euros. No te voy a dejar sola en esto, tranquila. Vas a sobornar a la agente inmobiliaria —repetí con calma mirándola a los ojos—. Le vas a decir que Martina vino a ver la casa y que mientras estaba en el jardín, ella subió un momento a la planta de arriba. Cuando bajó, se la encontró muerta en el agua. No sabía nadar.

«No sabía nadar», repetí para mis adentros. Era uno de los pocos detalles que conocía de la que había considerado el amor de mi vida durante los felices meses que

pasé con ella.

*

Anna

Pero cuando fui hasta la caja fuerte del despacho que había sido de Adrián, no había ni rastro de los cien mil euros. No había nada; estaba vacía.

—No están —le dije a Lara temblando.

—Mierda. Va a ser más difícil justificar que has sacado esa cantidad del banco para sobornar a la agente.

—Pero ¿quién se los ha podido llevar?

—¿Adrián? ¿Inés?

—No... no... no lo entiendo. Solo Adrián y yo conocíamos la clave.

«La fecha de nacimiento de nuestro hijo: 8/9/12», me callé.

Anna

Una semana más tarde

HALLADO EL CUERPO SIN VIDA DE LA ACTRIZ MARTINA PIERRON

El taxi me dejó en la puerta de la Terminal 4 del aeropuerto del Prat. Todo había salido bien, tal y como Lara, que se había encargado de todo, planeó. Para evitar interrogatorios sin fin, mi hermana le dijo a Teresa, la única inspectora en la que confiaba, que yo no me encontraba en Barcelona en el momento en que Martina vino a visitar mi casa y murió ahogada en la piscina, algo que, al igual que los detalles de mi secuestro, no había trascendido a la prensa. La agente inmobiliaria, horrorizada por lo ocurrido, se dejó chantajear, aunque retirar los doscientos mil euros que me había exigido fue una tarea tediosa al suponerse que yo no estaba en la ciudad. Pero había merecido la pena el esfuerzo, así como los gastos extra para mantener en silencio al director del banco. Podía huir en paz. Era libre. Lo que nadie te dice cuando matas a alguien es que, aunque puedas escapar de la justicia, los muertos te siguen allá donde vas. Te sientes presa a ellos, como si estuvierais conectados durante toda la eternidad.

Después de los nervios iniciales al pasar el control de seguridad, me sentí a salvo. Faltaban solo veinte minutos para embarcar rumbo a Jamaica, mi destino vacacional. De pie frente a la cristalera moteada de mugre, miraba los aviones avanzar por la pista bajo una mañana del color del polvo. Luego, me senté sobre mi maleta y abrí la revista del corazón que había comprado en el quiosco por la página del especial dedicado a Martina Pierron. Aparecían numerosas fotos de ella. Me detuve en una en la que aparecíamos las dos vestidas de época. En el pie de la foto había escrito: «Martina Pierron con su compañera Anna Guirao en la serie *El secreto de Amalia*». Se me formó un nudo en la garganta al vernos cogidas por la cintura; yo mirando a cámara y ella mirándome a mí con una sonrisa. No recordaba esa fotografía. Hasta ese momento, tampoco me había dado cuenta que las miradas de Martina no eran muestra de la competitividad que quise ver, sino que mostraba, tal y como me confesó, lo enamorada que estaba de mí.

—Anna Guirao.

Conocía la voz de mujer que sonó detrás, pero me asusté de todas formas. Di un respingo y se me cayó la revista al suelo; el mal karma que acumulaba quiso que Martina Pierron me mirara acusadora a través de una fotografía que ocupaba una página entera. Mi brazo oscilaba como un peso muerto en el aire y la sangre que contenía me bajaba al resto del cuerpo. Sentí, literalmente, que me iba a dar un infarto ahí mismo.

—Anna Guirao, queda detenida por el asesinato de Martina Pierron.

Teresa Castro me obligó a incorporarme. Levanté las manos, las dos, solo un instante, notando que el aeropuerto se quedaba sin aire. El tiempo se quedó

congelado. La inspectora leyó mis derechos y me esposó ante la curiosa mirada de todo el mundo, prensa incluida disfrazados de turistas, que llevaban todo ese rato siguiéndome con las cámaras preparadas para conseguir la exclusiva.

LA ACTRIZ ANNA GUIRAO DETENIDA
EN EL AEROPUERTO
COMO PRESUNTA ASESINA
DE MARTINA PIERRON

*

Horas más tarde

La agente inmobiliaria, presa del pánico por el chantaje que había aceptado, acudió a comisaría a confesar la verdad. La muerte de Martina Pierron no había sido accidental. Las hermanas Anna y Lara Guirao estaban detenidas, a punto de someterse a un arduo interrogatorio que duraría horas. Sin embargo, no eran las únicas que tenían que contar una historia. Cora y Manel, los padres del maltrecho Adrián Rojas, tuvieron que cancelar sus vacaciones. Acudieron a comisaría, donde preguntaron directamente por la inspectora Teresa Castro, mientras Samuel los esperaba en una sala bajo la supervisión de un agente. También tenían algo que declarar pese al dolor que les causaba la única verdad sobre la desaparición de Anna Guirao.

*

Samuel

Viernes 19 de abril de 2019

11 am

Cinco horas antes de la desaparición

La amistad entre el pequeño Samuel y el perturbado Jesús Olmos había comenzado hacía meses, en enero, a la hora del recreo.

Samuel, que no soportaba las humillaciones de sus compañeros por ser hijo de quien era, se quedaba en un rincón del patio, oculto tras un sauce llorón, cerca de los barrotes por donde Jesús solía detenerse a mirar la inocencia de unos niños que aún no habían sido apaleados por la vida. Era un colegio caro en la zona alta de la ciudad; una madre soltera, mayor y de pocos recursos como la que lo había adoptado nunca habría podido permitirse algo así.

Al hombre, falto de vida social y cariño, solitario y pobre como las ratas, le gustaba contemplar el patio del colegio desde la calle: la vida que había tras esos barrotes inalcanzables; los gritos infantiles cuando salían al recreo; las quejas cuando regresaban a las clases; el repiqueteo de las pelotas de fútbol o de baloncesto botando en el asfalto.

Todo empezó con un tímido:

—Hola, ¿cómo te llamas?

—Samuel. ¿Y tú?

—Jesús. ¿Quieres ser mi amigo?

—Sí —contestó el pequeño mirando los ojos negros del hombre que había al otro lado.

Con el paso de los días, esa amistad se fue afianzando sin que nadie se diera cuenta. Samuel compartía su almuerzo con Jesús que, hambriento, lo devoraba. No conforme con eso, el chico quiso premiarle por su fidelidad de otra forma así que, cuando sus padres no se daban cuenta, abría la caja fuerte del despacho cuya combinación era la fecha de su nacimiento. Qué sencillo hasta para un niño. De ahí sacaba grandes cantidades de dinero para su amigo Jesús. Era el único que le prestaba atención, que lo escuchaba y lo consolaba cuando le contaba que nadie le hacía caso, como si no le importara ni a sus propios padres, que siempre estaban centrados en el trabajo.

—Es como si no existiera. Como si fuera un fantasma —se lamentaba Samuel compungido.

—¿Qué quieres que haga por ti, chico? Pídeme lo que sea y lo haré. Somos amigos. Los mejores amigos —decía Jesús con su voz gangosa, aceptando de buena gana los billetes de cincuenta, cien o quinientos euros que Samuel le pasaba a través de los barrotes que los separaban.

—Odio a mi madre. Quiero que te la lleves y que la mates.

—Vale —aceptó Jesús, cuya demencia provocaba que la petición del niño no le resultase una amenaza.

Jesús empezó entonces a urdir un plan aunque, sin las ideas retorcidas de aquel chico inteligente y demasiado seguro de sí mismo para su edad, nada hubiera salido bien. Lo estuvieron hablando durante meses antes de pasar a la acción.

Con los diez mil euros que Jesús había acumulado, compró un coche de segunda mano y, durante cinco días, no apareció por el colegio. Samuel se había quedado solo, sin su mejor amigo, pero Jesús regresó y le dijo que había encontrado una cueva enterrada a hora y media de la ciudad donde poder hacer desaparecer a su mamá para siempre.

—Que no te asusten las cámaras que hay en casa. Son falsas, de plástico —le explicó Samuel riendo—. La valla la salta cualquiera, hasta yo.

—Vale.

Era viernes. El día en el que mamá tenía que morir. Le dio la oportunidad de salvarse hacía dos días, cuando con entusiasmo le quiso enseñar el retrato que había hecho de ella. La respuesta fue, como siempre, nefasta. Lo ignoró como a un perro callejero.

Samuel conocía la rutina de su madre a la perfección, por lo que se la contó lentamente a Jesús para que asimilara las palabras y entendiera lo que debía hacer. Este, sonriendo y previo pago, asintió y le otorgó un mote al propio Samuel: «La bruja».

—Así nadie desconfiará de ti —añadió—. Pero ¿y si nos pillan? —temió por un momento Jesús, que aún no esperaba enamorarse de la mujer a la que no se atrevería a matar tal y como le había prometido a su mejor amigo.

—Nunca nos pillarán —contestó el chico con su inocente vocecilla infantil que aún tardaría años en madurar—. Será nuestro secreto.



Azofrenick

*"La lectura hace al hombre completo;
la conversación lo hace ágil,
el escribir lo hace preciso".*

Francis Bacon

